

AKAL UNIVERSITARIA

Serie Historia moderna

Director de la Serie:
Fernando Bouza Álvarez

Maqueta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© Cambridge University Press, 1999
© del prólogo, Roger Chartier, 2005
© Ediciones Akal, S. A., 2005
para lengua española
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028
www.akal.com
ISBN-10: 84-460-1616-8
ISBN-13: 978-84-460-1616-8
Depósito legal: M. 9.249-2005
Impreso en Lavel, S. A.
Humanes (Madrid)

D. F. MCKENZIE

BIBLIOGRAFÍA Y SOCIOLOGÍA DE LOS TEXTOS

Traducción de
Fernando Bouza



PRÓLOGO

UN HUMANISTA ENTRE DOS MUNDOS: DON MCKENZIE

El 20 de octubre de 1999 se conmemoraron en la catedral antigua de San Pablo en Wellington «The Life and Achievements of Emeritus Professor Don McKenzie» [Vida y méritos del Profesor Emérito Don Mackenzie], fallecido en marzo de ese mismo año. La ceremonia comenzó con unos versos extraídos de *Cymbeline*: «Fear no more the heat o' t' sun, / Nor the furious winter's rages, / Thou thy wordly task has done» [*Cymbeline*, IV, 2, «No temas ya que te queme el sol ni que te azote el furioso invierno, tú, para quien han concluido las obligaciones de este mundo»]. Finalizó con las palabras pronunciadas en lengua maorí por Charles Te Ahukamaru Royal, de cuyo tribunal de Tesis Doctoral había formado parte Don McKenzie: «E te kaiwhataki o te kupu o te kötero / E te ngākau ki ngā hī o te ngākau / E te pātaka iringa kōrero / Haere atu rā / Kua huakina ngā tatau o te rangi / E piki atu e» («Scholar of the crafted word / Elder concerned with the hearts of men / Repository of knowledge / Depart from us. / The portals of heaven are open, / Ascend!») [«Maestro de la palabra bien formada. Preocupado desde siempre por el corazón de los hombres. Depositario del saber. Déjanos. Las puertas del cielo están abiertas. Elévate hasta ellas»]¹. Nada mejor que el arco construido por estas dos lenguas podría describir los viajes de Don McKenzie entre los dos mundos que fueron suyos: por un lado, la tierra de Aotearoa/Nueva Zelanda, habitada por dos pueblos, maorí y pakeha, nativos y colonizadores; por otro lado, la Inglaterra de Shakespeare y de

¹ A Commemoration. *The Life and Achievements of Emeritus Professor Don McKenzie, 1931-1999* y *Contributions to a Commemoration of the Life and Achievements of Emeritus Professor Don McKenzie*, antigua catedral de San Pablo, Wellington, Nueva Zelanda, 20 de octubre de 1999.

los dramaturgos que fueron sus rivales o sucesores, de los impresores y libreros de la Stationer's Company y de los operarios de los talleres de imprenta.

Este libro, traducido al español por Fernando Bouza, retoma a su manera la trayectoria de una existencia repartida entre Inglaterra y Nueva Zelanda. Nacido en 1931, en Timaru, Don McKenzie había estudiado en Wellington antes de marchar a Cambridge, donde obtuvo el Grado de Doctor en 1960. De regreso a Nueva Zelanda, enseñó en la Victoria University, en Wellington, entre 1960 y 1986, y luego en Oxford como titular de la cátedra de «Textual Criticism» a partir de 1987. Los dos textos que componen la obra ahora publicada en español ilustran esa vida entre dos universos: de una parte, las tres «Panizzi Lectures» pronunciadas por Don McKenzie en la British Library en 1985, bajo el título *Bibliography and the Sociology of Texts*; de otra, una conferencia leída ante la Bibliographical Society en 1983 y publicada al año siguiente en *The Library: «The Sociology of a Text: Orality, Literacy and Print in Early New Zealand»*². Si las conferencias de 1985 entresacaban sus ejemplos de la literatura inglesa de los siglos XVI y XVII y mostraban cómo los que habían sido sus enfoques clásicos, bibliográficos o críticos, pueden y deben ser transformados por una sociología de los textos, la conferencia de 1983 sacaba a relucir apuestas políticas y sociales vinculadas a la interpretación de los textos, al ocuparse del tratado por el que, en 1840, los jefes maoríes, supuestamente, habrían cedido a la Corona inglesa su soberanía sobre las tierras de Aotearoa.

Las tres conferencias de 1985 se han convertido ya en un clásico. Traducidas al francés³, después al italiano⁴ y ahora al español, las reflexiones de McKenzie han transformado, a su vez, la ciencia bibliográfica (en su definición como bibliografía descriptiva o analítica), la crítica textual y la historia de la lectura. Reposan sobre dos ideas esenciales. La primera busca comprender el concepto de «texto» más allá de sus acepciones al uso. Se trata de deshacer el vínculo establecido por la tradición culta occidental entre texto y libro. En efecto, no todo texto se presenta necesariamente en forma de libro: los escritos a mano, los datos digitalizados, los enunciados orales,

² Las tres «Panizzi Lectures» fueron publicadas con el título de *Bibliography and the Sociology of Texts*, The Panizzi Lectures 1985, Londres, The British Library, 1986. La conferencia dictada en la Bibliographical Society fue publicada con el título «The Sociology of a Text: Orality, Literacy, and Print in Early New Zealand», *The Library*, serie 6.^a, 6 (1984), pp. 333-365. Los dos textos fueron reunidos en *Bibliography and the Sociology of Texts*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

³ D. F. MCKENZIE, *La bibliographie et la sociologie des textes*, París, Editions du Cercle de la Librairie, 1991.

⁴ D. F. MCKENZIE, *Bibliografia e sociologia dei testi*, Milán, Edizioni Sylvestre Bonnard, 1999.

son otros tantos «non book texts» que movilizan los recursos del lenguaje sin pertenecer, por tanto, a la categoría de las obras impresas. A lo largo de su trayectoria intelectual, Don McKenzie se interesó por la articulación de estas diferentes formas de comunicación, desde el estudio consagrado a la comedia de Ben Jonson *The Staple of News* [El comercio de noticias]⁵, cuyo argumento se desarrolla en parte en un taller donde se copian noticias manuscritas, hasta una reflexión de conjunto sobre la complementariedad que une la palabra viva, el manuscrito y el libro impreso⁶. En las «Panizzi Lectures», Don McKenzie expone de manera más amplia el argumento al considerar que hay textos que no suponen utilización alguna del lenguaje verbal: la imagen, el mapa, la partitura, el territorio mismo cuando los hombres le otorgan significados, deben ser tenidos por textos «no verbales». Lo que permite designarlos así es el hecho de que todas esas producciones simbólicas han sido construidas a partir de relaciones entre signos que forman un sistema y cuyo sentido es definido por convención. El lenguaje verbal, escrito u oral, no es el único de naturaleza semántica. La extensión de la categoría de texto es, pues, necesaria, pero exige, al mismo tiempo, una atención más precisa a los mecanismos específicos por los que cada forma de inscripción de un lenguaje particular produce sentido. Es ésta una exigencia fundamental para evitar el riesgo de una proyección ilegítima de la lógica del escrito sobre las otras formas de «textos».

La segunda de las ideas defendidas por McKenzie trata de subrayar con decisión que las formas afectan al significado. Un texto (aquí en su definición clásica) tiene siempre como soporte una materialidad específica: el objeto escrito donde ha sido copiado o impreso, la voz que lo lee, lo recita o profiere, la representación que lo hace ser visto y escuchado. Cada una de estas formas de «publicación» se organiza según dispositivos propios que determinan de manera variable la producción de sentido. Así, centrándose en el escrito impreso, el formato del libro, la *mise en page*, la división del texto, las convenciones tipográficas, la puntuación, están investidos de una «función expresiva». Organizados por diferentes intenciones e interven-

⁵ D. F. MCKENZIE, «The Staple of News and the Late Plays», en *A Celebration of Ben Jonson*, William Blissett et al. (ed.), Toronto, Toronto University Press, 1982, pp. 83-128, [reimp. en D. F. MCKENZIE, *Making Meaning. «Printers of the Mind» and Other Essays*, Peter McDonald y Michael Suarez (eds.), Amherst y Boston, University of Massachusetts Press, 2002, pp. 169-197]. [Hay traducción castellana de la comedia de Jonson, *El comercio de noticias y Noticias del mundo nuevo descubierto en la Luna*, Javier Díaz Noci (ed.), Bilbao, UPV, 2002].

⁶ D. F. MCKENZIE, «Speech-Manuscript-Print», en *New Directions in Textual Studies*, D. Oliphant y R. Bradford (eds.), Austin, Harry Ransom Humanities Research Center, 1990, pp. 86-109 [reimp. en: *Making Meaning*, cit., pp. 237-258].

ciones (las del autor, el copista, el librero editor, el maestro impresor, los componedores o los correctores), estos dispositivos pretenden cualificar el texto, determinar la recepción, controlar la comprensión. Guiando el inconsciente del lector o del oyente, ellos dirigen, en parte al menos, la tarea de interpretación y apropiación del escrito. Contra todas las definiciones únicamente semánticas de los textos, totalmente indiferentes a su materialidad juzgada insignificante, Don McKenzie recuerda con insistencia que el sentido de las obras depende, también, de sus formas gráficas y de las modalidades de su inscripción sobre la página.

Estas dos ideas esenciales, ligadas la una a la otra, fundamentan la sociología de los textos, entendida como la disciplina «que estudia los textos como formas registradas, así como los procesos de su transmisión, incluyendo su producción y su recepción». Tal proposición no ha dejado de suscitar reacciones desconfiadas y hostiles por parte de los defensores más ortodoxos de la tradición bibliográfica instaurada por las obras clásicas de Walter Greg, R. B. McKerrow y Fredson Bowers⁷. Desde esta última perspectiva, el estudio material de los libros se pone al servicio del establecimiento de un texto tan fiel como sea posible a lo que el autor escribió o quiso escribir. De ahí, el análisis meticuloso de los ejemplares conservados de las diferentes ediciones de una misma obra, de los indicios que permiten reconstruir la historia de su composición tipográfica, de su corrección y de su impresión. Así pues, estableciendo los hábitos gráficos de los diferentes componedores que han trabajado en un mismo libro, o analizando ciertas particularidades de su material (letras deterioradas, iniciales, ornamentos), detectando las correcciones introducidas en el transcurso de la tirada, se trata de identificar las variantes textuales imputables, no al autor, sino a los tipógrafos o a los correctores.

Un enfoque de este tipo, que ha multiplicado los estudios eruditos, supone dos premisas. Por una parte, distingue en cada texto las variaciones consideradas como accidentales, que resultan de las operaciones en el taller y que carecen de importancia para el sentido, y la obra tal como ha sido escrita, dictada, deseada por su autor. Al insistir en el papel desempeñado por las formas gráficas y materiales en el proceso de construcción del significado, Don McKenzie ha rechazado radicalmente semejante dicotomía entre «sustantivos» y «accidentales», entre el texto en su esencia y las alteraciones producidas por las preferencias, las costumbres o los errores de cada uno de los que lo han compuesto

⁷ Cfr. las reseñas de las «Panizzi Lectures» de Hugh AMORY en *The Book Collector* 36 (1987), pp. 411-418, T. N. Howard-Hill en *The Library*, serie 6.^a, 10 (1984), pp. 151-158, y G. Thomas TANSSELLE, «Textual Criticism and Literary Sociology», *Studies in Bibliography* 42 (1991), pp. 83-143.

o corregido. Trazó así el camino a todos los estudios que, en los últimos años, han llamado la atención sobre la pluralidad de estados de una «misma» obra, en sus diferentes ediciones, o inclusive en los ejemplares de una misma edición, y sobre los significados múltiples que tal inestabilidad le asigna⁸. Si, paradójicamente, la bibliografía analítica estudió minuciosamente los ejemplares impresos para reconstruir el manuscrito ideal, desaparecido para siempre, la sociología de los textos tal como la define Don McKenzie lleva a considerar cada estado de una obra como una de sus encarnaciones históricas, que es necesario comprender, respetar y, posiblemente, editar. Para él, el concepto de un «ideal copy text», existente con carácter previo a las diferentes formas impresas (o manuscritas) de una obra, es una ilusión que la crítica textual debe abandonar en provecho del análisis de los efectos producidos sobre la obra, sus lecturas y, eventualmente, sobre su autor, por cada una de sus existencias materiales.

Por otra parte, para poder deducir el proceso de publicación de una obra a partir de las huellas que ha dejado en los mismos ejemplares impresos, la bibliografía analítica postulaba la racionalidad y la regularidad de las prácticas de composición e impresión en el taller tipográfico. Sólo tal supuesto permitía identificar a los diferentes componedores que trabajaron en una misma edición a partir de la repetición, en los diferentes cuadernos, de las mismas formas gráficas. Este enfoque suponía que cada componedor trabajaba en un solo libro a la vez, que su caja estaba asociado a una prensa en particular y que no había cambios en su ortografía, su manera de puntuar los textos y de distribuir los espacios.

Mucho antes de las «Panizzi Lectures» Don McKenzie puso en duda el conjunto de estas premisas. El estudio de los archivos de muchos talleres de imprenta (primero los de la Universidad de Cambridge, objeto de su Tesis Doctoral realizada en Oxford bajo la dirección de Philip Gaskell⁹, después los de Bowyer¹⁰ y Charles Ackers¹¹)

⁸ Cfr. como ejemplos, M. DE GRAZIA y P. STALLYBRASS, «The Materiality of the Shakespearean Text», *Shakespeare Quarterly* 44, 3, (1993), pp. 255-283; Leah MARCUS, *Unediting the Renaissance. Shakespeare, Marlowe, Milton*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996; S. ORGEL, «What Is a Text?», in *Staging the Renaissance. Reinterpretations of Elizabethan and Jacobean Drama*, David Scott Kasten y Peter Stallybrass (eds.), Nueva York y Londres, Routledge, 1991, pp. 83-87, y R. CLOUD, «“The very names of the Persons”: Editing and the Invention of Dramatic Character», en *Staging the Renaissance*, cit., pp. 88-96.

⁹ D. F. MCKENZIE, *The Cambridge University Press, 1696-1712. A Bibliographical Study*, Cambridge, Cambridge University Press, 1966.

¹⁰ *The Bowyer Ledgers. The Printing Accounts of William Bowyer, Father and Son*, Keith Maslen y John Lancaster (eds.), Londres, Bibliographical Society, y Nueva York, Bibliographical Society of America, 1991.

¹¹ *A Ledger of Charles Ackers, Printer of the London Magazine*, D. F. McKenzie y J. C. Ross (eds.), Oxford, Oxford University Press para The Oxford Bibliographical Society, 1968.

le reveló que, lejos de corresponder a un modelo ideal, único y reglado, las prácticas de trabajo de los componedores eran muy irregulares. Trabajaban, por lo general, en diversas obras al mismo tiempo —que no todas eran libros, sino también, o sobre todo, encargos como carteles, billetes, formularios, etc.— y en modo alguno estaban vinculados a una prensa en particular —los impresores imprimían las formas a medida que iban acabando su composición—. Además, como muestra el análisis de los ejemplares impresos, no se podía pretender que no se produjeran modificaciones en sus pautas de trabajo. Para refutar la idea de que cada componedor tenía una manera única de distribuir los espacios antes o después de los signos de puntuación, Don McKenzie analizó las 13.777 comas de la edición de 1702 de la *Psyche* de Beaumont y concluyó que era imposible describir principio alguno de regularidad¹².

Estas constataciones podrían parecer puramente técnicas y sin gran importancia para una sociología de los textos. Nada de eso. Al designar a los componedores e impresores de la bibliografía clásica como «printers of the mind»¹³, operarios abstractos, sin realidad, Don McKenzie ponía en cuestión los fundamentos mismos de toda la disciplina. Al análisis en exclusiva de los ejemplares impresos, oponía la necesidad del estudio y la edición de los archivos de los talleres (los de la Universidad de Cambridge o los de Charles Ackers) y de la comunidad de libreros e impresores de Londres¹⁴. A la racionalidad de los modelos abstractos, contraponía la complejidad, la irregularidad, la improvisación del trabajo real, como se llevó a cabo en los antiguos talleres por hombres de carne y hueso. A las conclusiones que del examen de los ejemplares impresos inferían las circunstancias de la publicación de una edición, oponía otro enfoque, apoyado en la epistemología de Karl Popper y fundado en un método deductivo que compara e interpreta las hipótesis iniciales, confrontándolas con los datos empíricos —tanto los aportados por los objetos como los reunidos en los archivos¹⁵—. Práctico experto de los «compositor stu-

dies» y de los «spelling analysis» al comienzo de su carrera científica¹⁶, Don McKenzie había llegado a una doble constatación: por una parte, analizar el proceso de publicación de una edición concreta implica situarla en la totalidad del trabajo tipográfico efectuado en el mismo taller en el momento de su composición e impresión; por otra, comprender la actividad de cada impresor supone reconstruir el conjunto de la actividad editorial de la ciudad en que se encuentra. De ahí, los estudios consagrados a la totalidad de la producción impresa londinense durante tres años concretos: 1644, 1668, 1689¹⁷.

En las «Panizzi Lectures», Don McKenzie propone una extensión del campo de competencia de la bibliografía que irritó a los defensores de la tradición. La disciplina, convertida en sociología de los textos, fue invitada a abordar nuevas tareas: establecer protocolos de descripción capaces de tener en cuenta todos los impresos que no son libros y todos los textos que no son escritos; considerar desde una misma perspectiva analítica el conjunto de los procesos de producción, transmisión y recepción de los textos —en todas sus formas—. Lejos de considerarla como un saber técnico y auxiliar, dedicado a la localización de datos formales puestos al servicio de la catalogación de libros y la edición de textos, la bibliografía así redefinida se convierte en una disciplina central, esencial para comprender cómo las sociedades dan sentido a los múltiples textos que reciben, producen e interpretan. Al asignar a la disciplina la tarea fundamental de articular formas materiales y simbólicas, McKenzie borra la división tradicional entre ciencias de la descripción y ciencias de la interpretación, entre morfología y hermenéutica.

Esta nueva acepción dada a la bibliografía lleva a una profunda redefinición de las misiones de las instituciones consagradas a la conservación de los textos: las bibliotecas. Es necesario recordar que las

¹² D. F. MCKENZIE, «Stretching a Point: Or, the Case of the Spaced-out Comps», *Studies in Bibliography* 37 (1984), pp. 106-121 [reimp. en: *Making Meaning*, cit., pp. 91-106].

¹³ D. F. MCKENZIE, «Printers of the Mind: Some Notes on Bibliographical Theories and Printing-House Practices», *Studies in Bibliography* 22 (1969), pp. 1-75 [reimp. en *Making Meaning*, cit., pp. 13-85].

¹⁴ D. F. MCKENZIE fue editor de tres volúmenes de *Stationer's Company Apprentices* para los años 1601-1640 (Charlottesville, Bibliographical Society of Virginia, 1961), 1641-1700 (Oxford, Oxford Bibliographical Society, 1974) y 1701-1800 (Oxford, Oxford Bibliographical Society, 1978).

¹⁵ Sobre la epistemología popperiana de D. F. McKenzie y su cercanía a las ideas expresadas por Robert C. BALD en «Evidence and Inference in Bibliography», *English Institute Annual 1941*, edición de Rudolf Kirk, Nueva York, Columbia University Press, 1942, pp. 159-183, véase el análisis de Michael F. SUAREZ, S. J., «Extended Evidence. D.F.

McKenzie and the Forms of Bibliographical Knowledge», en John Thompson (ed.), *Books and Bibliography. Essays in Commemoration of Don McKenzie*, Wellington, Victoria University Press, 2002, pp. 36-56.

¹⁶ D. F. MCKENZIE, «Compositor B's role in *The Merchant of Venice* Q2 (1619)», *Studies in Bibliography* 12 (1959), pp. 75-90, y «Eight Quarto Proof Sheets of 1594 set by Formes: A fruitful commentarie», *The Library*, serie 5.ª, 18 (1973), pp. 1-13.

¹⁷ Para 1644, cfr. D.F. MCKENZIE, «The London Book Trade in 1644», en John Horden (ed.), *Bibliographia. Lectures 1975-1988 by Recipients of the Marc Fitch Prize for Bibliography*, Oxford, Leopard's Head Press, 1992, pp. 131-152, reeditado en *Making Meaning*, cit., pp. 126-143; para 1668, D. F. MCKENZIE, «The London Book Trade in 1668», *Words. Wai-te-ata Studies in Literature* 4 (1974), pp. 75-92, reeditado en *Making Meaning*, cit., pp. 109-125; para 1689, D. F. MCKENZIE, *The London Book Trade in the Later Seventeenth Century*, The Sandars Lectures for 1975-1976, mecanografiado (estas conferencias han sido resumidas por David Gerard en *The Library*, serie 5.ª, 33 [1978], pp. 242 ss. y se pueden consultar en la British Library, en la English Faculty Library, Oxford, y en la University Library, Cambridge).

«Panizzi Lectures» fueron pronunciadas en 1985, ante un auditorio preocupado por la que iba a ser la próxima mudanza de la British Library a su nuevo edificio de Saint Pancras e, igualmente, que Don McKenzie había estado profundamente comprometido como «trustee» en la administración de las dos principales bibliotecas de su país natal, la Turnbull Library y la National Library of New Zealand, antes de representar a la British Academy en el Advisory Committee for the British Library¹⁸. En un momento en el que, por todo el mundo, se debatía el futuro, las funciones y las estructuras de las grandes bibliotecas, nacionales o no, las propuestas realizadas por Don McKenzie fueron esenciales.

Por un lado, recordaba con insistencia la responsabilidad de las bibliotecas en la recopilación, clasificación, conservación y difusión no sólo de los objetos manuscritos o impresos (libros, periódicos, diarios, mapas, láminas), sino también de los documentos multiplicados por los nuevos medios de comunicación: grabaciones, fotografías, películas, programas de televisión, cintas de vídeo, documentos informáticos, etc. Aun cuando la preservación de estas diferentes categorías de «textos» no implicará necesariamente su archivo en una institución única, ésta es también una exigencia para las bibliotecas contemporáneas, las únicas capaces de impedir la desaparición de objetos a menudo frágiles, sometidos a la lógica mercantil y descuidados o menospreciados por la cultura *legítima*. Rescatarlos de la destrucción es una tarea esencial que obliga a replantear todas las nociones formuladas para proteger, describir y clasificar la producción escrita e impresa: así, las nociones de *copyright*, depósito legal o catalogación. La extensión del concepto de texto exige necesariamente la ampliación de las funciones de una biblioteca.

Por otro, la constatación de que las formas de los textos afectan a su sentido, hace necesarios el acceso y consulta de las obras en sus diferentes estados. Contra la tendencia que querría sustituir el acceso a los documentos originales por copias fotográficas (microfilms o microfichas) o informáticas, Don McKenzie subrayaba la importancia de poder leer las obras en las diversas formas, simultáneas o sucesivas, que eran y son las suyas. Si no, se corre un gran riesgo de que el lector actual no comprenda cuáles fueron, para los lectores del pasado, los significados de las obras de las cuales se apropiaron. Tomaron posesión de éstas al leerlas sobre objetos que les imponían modalidades específicas de comprensión, dependientes del formato,

¹⁸ J. E. TRAU, «Don McKenzie: Books, Libraries and Scholarship», *Bibliographical Society of Australia and New Zealand Bulletin*, número especial: In Memoriam D. F. McKenzie 1931-1999, 25, 1-2 (2001), pp. 165-166.

de la *mise en page*, de las divisiones textuales, de las formas gráficas, de la puntuación. Por este hecho, si la biblioteca del futuro debe ser una biblioteca donde no sólo haya libros, debería ser también una biblioteca donde los textos pudieran ser consultados en sus diferentes materialidades. La lección era preciosa y premonitrice en 1985, en un momento en el que las colecciones digitalizadas y la lectura frente a la pantalla del ordenador no tenían, ni mucho menos, la importancia que tienen hoy en día. Pero su mismo desarrollo supone ahora, de manera aún más urgente, la necesidad de que las bibliotecas preserven la conservación y el acceso a los textos en sus formas manuscritas e impresas, al mismo tiempo que desarrollan ambiciosos programas de digitalización de sus fondos¹⁹. En las polémicas recientes sobre los desastrosos efectos de las políticas de conservación (o destrucción) de las grandes bibliotecas del mundo, comenzando por la Biblioteca del Congreso de Washington y la British Library, las propuestas teóricas de Don McKenzie, en cuanto a la relación entre materialidad y significación, no han perdido vigencia²⁰. Al contrario.

Mantienen, igualmente, toda su agudeza en la reformulación de las exigencias del análisis crítico de los textos, literarios o no. Para Don McKenzie se trata, ante todo, de rechazar todas las perspectivas para las que la producción del sentido es resultado del simple funcionamiento, automático e impersonal, del lenguaje. Una posición tal, que separa radicalmente el texto de su materialidad, fue la de la crítica estructuralista, la *New Criticism* y la deconstrucción. Descansa en varios principios: la reducción del texto únicamente a su estructura verbal; la desaparición del autor, a cuya intención no se le concede especial importancia; la separación entre el o los significados de la obra y las modalidades históricas de su transmisión, recepción e interpretación.

En un estudio de 1977, convertido ahora en clásico y evocado en las «Panizzi Lectures» (aunque ignorado durante mucho tiempo debido al lugar de su publicación), Don Mac Kenzie opuso una perspectiva totalmente diferente a este enfoque donde el texto carece de materialidad, de autor y de lector (con excepción del crítico literario que

¹⁹ D. F. MCKENZIE subraya con insistencia esta doble necesidad en «*What's Past is Prologue*»: *The Bibliographical Society and History of the Book*, The Bibliographical Society Centenary Lecture, 14 de julio de 1992, Munslow, Hearststone Publications, 1993 [reimp. en: *Making Meaning*, cit., pp. 259-275].

²⁰ Cfr. el artículo de R. HARVEY, «Physical Collections in a Digital World. The Librarian as Philistine?», en *Books and Bibliography. Essays in Commemoration of Don McKenzie*, cit., pp. 176-187. Sobre las polémicas abiertas por el libro de N. BAKER, *Double Fold. Libraries and the Assault on Paper*, Nueva York, Random House, 2001, véase R. DARTON, «The Great Book Massacre», *The New York Review of Books* 26 (abril 2001), pp. 16-19.

enuncia su sentido, único o plural, fijo o móvil)²¹. El estudio de las innovaciones introducidas en la edición de 1710 de las obras de Congreve, por el mismo dramaturgo, por su editor, Jacob Tonson, o por el maestro impresor, John Watts, muestra cómo las modificaciones formales, aparentemente desprovistas de significado textual (por ejemplo, el paso del formato en cuarto al formato en octavo, la numeración de las escenas, la presencia de un ornamento entre cada escena, la mención del nombre de los personajes al inicio de cada una de ellas, la indicación de los movimientos escénicos), tuvieron efectos fundamentales sobre el estatuto y la comprensión de las obras.

Por una parte, permiten una lectura de las piezas que hace posible captar algo del movimiento dramático, del juego de los actores, de la sucesión de las escenas. Por otra, las disposiciones tipográficas utilizadas en la edición, que imitan las ediciones del teatro francés, otorgan un nuevo estatuto a las obras de Congreve que lleva a su autor a suprimir los pasajes licenciosos para hacerlas más conformes a la dignidad que les concede su nueva forma impresa. Las lecciones de este estudio pionero son múltiples: contra la abstracción del texto, reducido a su estructura semántica, demuestra que el estatuto y las interpretaciones de una obra dependen de sus sucesivas formas; contra la afirmación de la «muerte del autor», subraya el papel que éste puede desempeñar, con otros (el librero editor, el maestro impresor, los componedores, los correctores), en el proceso, siempre colectivo, que da su materialidad a los textos; contra la ausencia de lectores, recuerda que el significado atribuido a un texto es un producto histórico, situado en el cruce entre las competencias o expectativas de los lectores y los dispositivos, a la vez gráficos y discursivos, que organizan los objetos leídos.

La perspectiva de Don McKenzie trata de reconstruir en su plena historicidad el proceso de construcción del sentido. Por ende, considera como central la historia de la lectura, tanto para la crítica textual como para la historia del libro. La idea de que un texto no accede verdaderamente a la existencia si un lector no se apropia de él ha fundamentado todas las aproximaciones (hermenéutica, fenomenología, estética) que han querido caracterizar las modalidades y los efectos del acto de la lectura. Don McKenzie compartía semejante constata-

ción, pero le daba una dimensión histórica y dinámica al indicar que «nuevos lectores hacen, por supuesto, nuevos textos y que sus nuevos significados son consecuencia de sus nuevas formas». Así queda definida de un modo preciso la relación que une la variación de las formas que dan a leer las obras, la definición del público de sus posibles lectores y el sentido que éstos atribuyen a los textos que hacen suyos.

Este programa de trabajo lo esbozó en las «Panizzi Lectures» a partir de diferentes estudios de casos: las transformaciones del estatuto y de la lectura de las obras de Congreve implicadas en su edición de 1710, las apuestas teológicas, fuertemente subrayadas por las inquietudes de John Locke, de la división de la Biblia en versículos, los juegos entre disposiciones tipográficas y significados textuales introducidos por Joyce en la edición original de *Uysson* de 1922 —y que se perdieron enseguida en las ediciones que han modificado la *mise en page* del texto—. En cada caso, se consideran las relaciones entre la materialidad del texto, las interpretaciones del sentido y la caracterización cultural de los lectores.

El estudio morfológico de las disposiciones tipográficas y el análisis social de los públicos, lejos de excluirse, están, pues, necesariamente asociados. Es en función de las competencias y de las supuestas expectativas de los lectores imaginadas por el autor, el editor o el impresor, como se deciden las formas que se van a dar a los textos. Pero éstas tienen una dinámica propia que puede, o no, construir un nuevo público (por ejemplo más numeroso y popular) y autorizar las apropiaciones inéditas de textos que, anteriormente, circularon de otro modo y para otros lectores. La sociología de los textos de Don McKenzie no es una sociología inmóvil en la que las divisiones sociales cristalizadas y previas dirijan imperativamente la desigual circulación de los libros e impresos. Todo lo contrario, quiere señalar cómo, gracias a la movilidad de sus formas, los textos son susceptibles de nuevos usos y de reinterpretaciones por los diferentes públicos que los reciben, o que inventan.

Por lo tanto, todos los usos y todas las interpretaciones del escrito, de la imagen o de la palabra, no son equivalentes. El control del significado y la imposición del sentido constituyen siempre una apuesta fundamental de las luchas políticas o sociales y un instrumento fundamental de dominación. El ensayo que constituye la segunda parte de este libro ilustra este hecho a partir de un episodio esencial de la historia de Nueva Zelanda: el Tratado de Waitangi firmado en febrero de 1840 por el cual cuarenta y seis jefes maoríes concedieron a la reina de Inglaterra la soberanía de sus propios territorios. Para comprender los equívocos que caracterizan este texto de crucial importancia, Don McKenzie reconstruyó la historia de la introducción de la escritura, de la alfabetización y de la imprenta en

²¹ D. F. MCKENZIE, «Typography and Meaning. The Case of William Congreve», en *Buch und Buchhandel in Europa im achtzehnten Jahrhundert*, Giles Barber y Bernhard FABIAN (eds.), Hamburgo, Hauswedell, 1981, pp. 81-125 [reimp. en: *Making Meaning*, op. cit., pp. 198-236]. Cf. también D. F. MCKENZIE, «When Congreve Made a Scene», *Transactions of the Cambridge Bibliographical Society* 7, (1979), pp. 338-342, y «Congreve Cleans Up His Act», en *Pavlova, Poetry, and Paradigms. Essays in Honour of Harry Orsman*, Laurie Bauer y Christine Franzen (eds.), Wellington, Victoria University Press, 1993.

una cultura hasta entonces exclusivamente oral. En los veinticinco años que precedieron al tratado, la población maorí se enfrentó a una triple revolución: la transcripción alfabética de su lengua²², una campaña de alfabetización en lengua vernácula (y no en inglés) promovida por misioneros de diferentes iglesias, y la introducción de la imprenta con, en 1830, la primera obra impresa publicada en Nueva Zelanda por William Yate, en Bay of Islands (en este caso, un catecismo en lengua maorí) y, en 1837, la edición de un Nuevo Testamento maorí, con una tirada de 5.000 ejemplares, por parte del impresor William Colenso, en la prensa Stanhope que llevó con él a Paihia en diciembre de 1834²³.

Pero, contrariamente a lo que pensaban (o creían pensar) los misioneros, la entrada del pueblo maorí en la cultura escrita no significó la aceptación de las categorías, usos y significados asociados al escrito en la civilización occidental. Para los maoríes, ni el libro, ni la lectura ni la escritura están investidos por los valores que reconocen como suyos los colonizadores británicos. El libro, y más particularmente la Biblia, es un objeto ritual, cuya cercanía concede poder y protección. La lectura, o escuchar una lectura en voz alta, es sólo el instrumento para almacenar en la memoria los textos, luego aprendidos de memoria y recitados. El texto escrito no tiene más que un valor secundario en relación con la fuerza de las convenciones orales. Estas prácticas culturales, de las que encontramos numerosos ejemplos en las sociedades de la Europa moderna en el momento de su aculturación al escrito, adquieren una significación política importantísima en el caso del Tratado de Waitangi. Para los ingleses, la firma por los jefes de un documento por el cual declaraban ceder «to Her Majesty the Queen of England, absolutely and without reservation, all the rights and powers of sovereignty» [«a Su Majestad la Reina de Inglaterra, absolutamente y sin reserva alguna, todos los derechos y poderes de soberanía»] constituye un reconocimiento sin reservas de su dominación sobre Aotearoa. Para los jefes maoríes, no

²² Cfr. los datos aportados por P. PARKINSON, «He Korero no New Zealand.» The Bibliography and Orthography of Printed Maori», *Turnbull Library Records* 28 (1995), pp. 23-42, y «The Grammars and Vocabularies of Thomas Kendall and John Gare Butler. Part I: 1814-1826», *Turnbull Library Records* 33 (2000), pp. 34-61.

²³ Sobre los avances posteriores de la imprenta en lengua maorí, véase J. McRAE, «Maori Oral Tradition Meets the Book» y P. LINEHAM, «Tampering with the Sacred Text. The Second Edition of the Maori Bible», en *A Book in the Hand. Essays on the History of the Book in New Zealand*, Penny Griffith, Peter Hughes y Alan Loney (eds.), Auckland, Auckland University Press, 2000, pp. 1-16 y pp. 29-45. Cfr. también J. McRAE, «From Maori oral traditions to print», en *Book and Print in New Zealand. A Guide to Print Culture in Aotearoa*, Penny Griffith, Ross Harvey y Keith Maslen (eds.), Wellington, Victoria University Press, 1997.

es lo mismo, puesto que el término indígena utilizado para traducir «sovereignty», es decir «kawanatanga», designa sólo la administración de los territorios por los ingleses, y no la renuncia a su poder sobre la tierra; y que lo esencial residía en las palabras intercambiadas y los compromisos tomados oralmente, y no en el documento firmado.

Desde la conferencia pronunciada ante la Bibliographical Society en 1983, las conclusiones de Don McKenzie se han discutido y profundizado. Por un lado, el Tratado de Waitangi fue objeto de numerosos estudios, citados en el «postscript» que adjuntó a la reedición revisada de su texto, publicado en 1999²⁴. Por otro, algunos investigadores maoríes han considerado que los conflictos surgidos a partir de 1860 en torno a la confiscación de las tierras (y su posible restitución a los indígenas) eran ejemplos más adecuados de las tensiones entre el poder del escrito y la cultura oral que el tratado de 1840. Al no dar valor alguno a los testimonios orales, las *Compensation Courts* del decenio de 1860 ignoraron, de hecho, los derechos de propiedad de las tribus conservados en la memoria colectiva y utilizaron los procedimientos escritos para justificar su desposesión²⁵. Aplicada al tratado de 1840 o a los procesos de los años de 1860, la demostración de McKenzie conserva, sin embargo, toda su fuerza. Ésta subraya que el control del escrito y su imposición implican siempre relaciones de poder desiguales, comenzando por aquello que asocia u opond, en palabras de Armando Petrucci, «el poder de la escritura (que pertenece a quien posee la capacidad de escribir y la ejerce) y el poder sobre la escritura (ostentado por la autoridad que lo delega y que ejerce algún control)»²⁶. Al conquistar el poder de la escritura, los maoríes de Aotearoa permanecen privados de todo poder *sobre* la escritura. La pérdida de su soberanía y, aún más, de sus tierras era el ineluctable resultado de una violencia simbólica perpetrada gracias a la manipulación de una irreductible distancia cultural.

Bibliografía y sociología de los textos, con sus dos partes que unen dos mundos, es un libro que trastoca las especialidades, que borra las

²⁴ Después de su publicación en *The Library* en 1984, el texto de D. F. MCKENZIE fue de nuevo publicado tres veces: en un pequeño libro titulado *Oral Culture, Literacy, and Print in Early New Zealand*, Wellington, Victoria University Press, 1985; en Peter Burke y Roy Porter (eds.), *The Social History of Language*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 161-197; y, con un «postscript», en D. F. MCKENZIE, *Bibliography and the Sociology of Texts*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 77-130.

²⁵ D. KEENAN, «Aversion to print? Maori Resistance to the Written Word», en *Book in the Hand*, cit., pp. 17-28 [reimp. como: «"Hear the Word, See the Word." A comment on *Oral Culture, Literacy, and Print in Early New Zealand: The Treaty of Waitangi*», en *Books and Bibliography*, cit., pp. 57-68].

²⁶ A. PETRUCCI, «Pouvoir de l'écriture, pouvoir sur l'écriture dans la Renaissance italienne», *Annales E.S.C.* (1988), pp. 823-847 (cita en pp. 823-824).

fronteras entre las disciplinas. Sus cimientos intelectuales son múltiples, a la vez filosóficos (Platón, Aristóteles, Hobbes, Locke), lingüísticos (Saussure, Peirce) y semióticos (Barthes, Metz, Todorov). Sus referencias asocian a los clásicos de la literatura inglesa (Shakespeare, Marlowe, Milton, Spenser, Congreve –de quien Don McKenzie había concluido la edición de las obras completas–, Pope, Sterne) a los cineastas y escritores contemporáneos (Joseph Mankiewicz, Woody Allen, Tom Stoppard, Umberto Eco). Sus análisis se asientan tanto en *Citizen Kane* como en el *Ulysses*, tanto en la geografía totémica de los aruntas de Australia como en las técnicas de comunicación actuales. Don McKenzie era un herético de la bibliografía, como ha escrito Robert Darnton²⁷, cuya experiencia no se reducía sólo a la carrera académica. En Wellington, antes de sus estudios universitarios, había trabajado en la oficina de correos. Después de entrar en la universidad, fue uno de los responsables de una compañía teatral, Downstage, y fundó una pequeña editorial, la Wai-te-ata Press, que publicaba a los poetas neozelandeses contemporáneos en una nueva prensa Stanhope llevada desde Cambridge en 1962²⁸. Él sabía asumir los riesgos y entendía que nunca debían separarse el trabajo del conocimiento, el compromiso cívico y la exigencia de justicia. El 10 de diciembre de 1997 recibió un Doctorado *Honoris Causa* de la Universidad donde había sido estudiante, la Victoria University, en Wellington. Encargado de dirigir a los estudiantes una «Graduation Address», definía así el papel de la universidad y de sus títulos: «to ensure that all who make up our society live out their lives with a civilised dignity. The humanities, after all, take their definition from those special qualities that give life a human value» [«asegurar que todos los que conforman nuestra sociedad vivan con dignidad. Las Humanidades, a la postre, toman su definición de esas cualidades especiales que confieren a la vida un valor humano»]²⁹. Comprender cómo las sociedades humanas han construido y transmitido los significados que atribuyeron a las palabras y a las cosas, era su compromiso en esta tarea común.

Roger Chartier

²⁷ R. DARNTON, «The Heresies of Bibliography», *New York Review of Books* 29 (mayo 2003), pp. 43-45.

²⁸ S. J. SHEP, «Book History and the Practice of Material Culture. The Example of Wai-Te-Ata Press», *Bibliographical Society of Australia and New Zealand Bulletin*, número especial: In Memoriam D.F. McKenzie 1931-1999, 25, 1-2 (2001), pp. 3-7.

²⁹ D. F. MCKENZIE, «Graduation Address», en *A Commemoration. The Life and Achievements of Emeritus Professor Don McKenzie*, cit.

INTRODUCCIÓN

Los conocidos procesos históricos por los cuales, a través de los siglos, los textos cambiaban su forma y su contenido se han acelerado hoy en día hasta tal extremo que apenas es imaginable seguir definiendo y estableciendo la autoridad textual a la manera tradicional. Bajo la presión de cambios sociales y tecnológicos irresistibles, los bibliotecarios profesionales redefinen su disciplina para describir, almacenar y permitir el acceso a sonidos y a imágenes fijas y en movimiento, con o sin sonido, así como a una riada de datos en registro informático. En cambio, la bibliografía académica hace sólo muy poco que ha empezado a dejarse motivar por tales cambios y a aprovechar la experiencia y los intereses nuevos de unos estudiantes para quienes los libros representan sólo una forma más de texto.

Aunque los bibliógrafos siempre habían mostrado interés no sólo por los libros como tales, sino también por las circunstancias sociales y técnicas de su producción, sólo hace, de nuevo, muy poco tiempo que la bibliografía histórica ha alcanzado reconocimiento como tal campo de estudio. El cambio, parcial pero revelador, que esto indica supone ir de las cuestiones de autoridad textual a las relativas a la difusión y a la lectura, económica y políticamente consideradas. Esas relaciones son difíciles de precisar, pero, sin embargo, se dejan sentir con toda nitidez al no propiciar ciertas formas de discurso y, en cambio, sí posibilitar otras. Además, al determinar las condiciones mismas bajo las cuales se crean los significados, tales relaciones se sitúan en el corazón mismo de lo que ha venido a conocerse como *histoire du livre*, una forma de investigación relacionada con la historia de todas las disciplinas que lleven aparejada la presencia de textos.

Desde al menos la década de 1920, la bibliografía y la crítica textual forman parte de la preparación necesaria para desarrollar la in-

investigación académica en historia de la literatura y hoy en día siguen siendo sus instrumentos indispensables. Pero la historia de la literatura y la investigación ya no se parecen mucho a lo que fueron. Pretender hacer hoy una edición definitiva ha venido a convertirse en un ideal imposible a la vista de los muchos testimonios que demuestran que los autores revisaban sus obras y que, por tanto, existe una inestabilidad textual. Cada versión reclama su derecho a ser editada a su propia manera, respetando su historicidad como tal realidad concreta; además, la variedad de formas autorizadas ha permitido nuevas opciones editoriales, incluso hasta el punto de crear, por medio de la combinación textual o incluso de formas más arriesgadas de adaptación, versiones nuevas totalmente distintas y que se consideran apropiadas para satisfacer las necesidades de mercados recién definidos. Sin duda, no es fácil dar los pasos adecuados para que la investigación bibliográfica saque partido de las recientes transformaciones habidas en la teoría y en la práctica críticas. Hay también una paradoja en la facilidad con la que las nuevas tecnologías permiten hoy que los lectores reconstruyan y difundan textos de la forma que deseen, con pocas restricciones legales de verdadera eficacia práctica, que, por supuesto, no son las de una antigua erudición que podría haber otorgado otra clase de autoridad. En más de un aspecto, tal fluidez incontrolada nos ha hecho volver al estado de una sociedad oral.

Cuando pronuncié las *Panizzi Lectures*^{*}, mi propósito era tanto expresar una necesidad como propiciar un debate, y debate ciertamente lo iba a haber. En el año 1986 acepté uno de los quehaceres más apasionantes y exigentes que cualquier profesor podría desear: la incorporación de las nuevas hornadas anuales de doctorandos a la *English Faculty* de Oxford. El arco cronológico de sus materias de trabajo y la diversidad de sus intereses exigían tanto una reducción drástica de los principios bibliográficos a una selección que sirviera a las necesidades de todos y cada uno de los estudiantes, así como, más tarde, la aplicación de esos principios a un número casi infinito de autores, periodos, géneros o medios y a unas condiciones de impresión, publicación, lectura, audición o visión sumamente diversas. Dedicamos ocho semanas a la «producción del texto» (archivo de textos conservados, mano de obra que los crearon, materiales que los forman, tecnologías y procesos presentes en su confección y fórmulas para describirlos en toda su variedad). Luego, otras ocho semanas se empleaban en «la sociología de los textos», sondeando los propios estudiantes, en una serie de estudios de casos concretos relacionados con su investigación particular, las complejas interrela-

^{*} McKenzie las pronunció en 1985. [N. del T.]

ciones de tales condiciones de producción y los tipos de conocimiento que generaban.

Mi propia andadura hacia esa meta se produjo gracias a la generosidad y al magisterio de Philip Gaskell. Todo el mundo reconoce su autoridad en la brillantez expositiva de su *New Introduction to Bibliography*^{*} y su *From Writer to Reader*, pero fueron su profundo conocimiento de los documentos de fines del XVII relativos a la Cambridge University Press y su característica generosidad para compartirlos los que hicieron posible la resurrección de la primitiva imprenta, sus tipos y prensas y de las actividades cotidianas de sus administradores, componedores, impresores, correctores, carpinteros y fundidores. Sus detallados registros de precios, tipos, pliegos impresos y salarios pagados ofrecieron cuantas pruebas se necesitaban para reconstruir los procesos de trabajo comunes a todas las tipografías del periodo de la imprenta manual, así como la complejidad de las relaciones de trabajo que se desarrollaban dentro de ellas. Por vez primera, los investigadores dispusieron de un modelo dinámico de cómo se hacían los libros. Teniendo en cuenta que el principio económico de competencia productiva que entonces se sacó a la luz implicaba que ningún libro podría contener nunca todas las pruebas necesarias para explicar cómo había sido hecho, el nuevo modelo iba completamente en contra de muchos principios que entonces asumía la bibliografía analítica y textual. Sólo si se estudiaba la producción total en un momento dado sería posible distinguir realmente la existencia de un modelo, pero, como el tiempo y los intereses de la mayor parte de los que tienen que editar un texto se limitan normal y comprensiblemente a un único texto, parecía más inalcanzable que nunca aquel tipo de certeza «científica» en el estudio de la impresión del texto objeto de edición que una vez se había ansiado. Al no conservarse fuentes comparables para el estudio de otras tipografías, se concluyó que sería imposible obtener un conocimiento detallado de cuál había sido el proceso de producción material en el caso de la mayoría de los libros. Había además otra importante consecuencia. Mientras los *procesos* de composición, corrección e impresión eran universales, las *relaciones* entre ellos cambiaban día a día en el número de hombres y su rendimiento, en los medios que podían desplegar y en el número, calidad y cantidades de edición de los trabajos que tuviesen entre manos.

Paradójicamente, esta ampliación del conocimiento sobre el contexto de la producción del libro, al tiempo que provocó escepticismo sobre la certeza que algunas formas de bibliografía analítica podían

^{*} Hay traducción española, *Nueva introducción a la bibliografía material*, Gijón, Trea, 1998. [N. del T.]

llegar a alcanzar, abrió la disciplina en al menos tres vías. Primero, como las condiciones de producción eran mucho más complejas de lo que hasta entonces se había pensado, la materia quedaba liberada de la camisa de fuerza de la inducción, dándole una nueva vida imaginativa en el marco especulativo que ahora exigía. En segundo lugar, y forzosamente, al pretender recuperar las complejas condiciones en las que se construían los textos y sus múltiples sentidos, la investigación se encaminó hacia ámbitos de contexto histórico cada vez más amplios. La necesidad de tal ampliación puede verse incluso en la práctica, común en el Londres del siglo xvii, de dividir un libro en distintas partes para que varias imprentas pudieran trabajar en él al mismo tiempo. De nuevo, esto tenía que ver con los principios de la competencia, cuya complejidad en tales casos exigía que se estudiase el comercio en su conjunto, si no se quería perder la esperanza de llegar a comprender las condiciones reales de producción. En tercer lugar, dirigió la atención crítica hacia otras formas de realidad visual dentro de los mismos libros consideradas elementos que determinaban sentido, especialmente el papel de los principios artesanales en la elección de tamaños y tipos en consonancia con la materia, su disposición en la página para lograr dar claridad o énfasis, la función del espacio en blanco y de la decoración, la relación entre formato y calidad del papel con género y lectura, etcétera, etcétera.

Un libro nunca es simplemente un *objeto* extraordinario. Como todas las otras tecnologías, siempre es el producto de la actuación humana en contextos complejos y altamente volátiles que una investigación cabal tiene que intentar recuperar si desea entender mejor la creación y la comunicación de significados como característica definitoria de las sociedades humanas. A ese fin, es aconsejable reproducir formas parecidas de investigación para ocuparse de manuscritos, películas, sonido grabado, imágenes fijas, archivos generados por ordenador e, incluso, textos orales, no para lo que constituye su diferencia, sino para lo que es común a todos ellos en su construcción de significados. El reconocimiento de que esas formas de registro y comunicación no están separadas entre sí, sino que son interdependientes, en un momento dado y también con el paso de los años, implica una estructura de relaciones tan compleja que no hay modo capaz de abarcarlas a todas. En el mejor de los casos, quizá podemos reconocer los vericuetos de semejante mundo textual y los problemas casi insuperables de describirlos de forma adecuada y, con todo, viajar a través de ellos imaginativa y responsablemente. Porque en último término lo que le confiere el más alto significado a la historia de todas esas formas y a su producción es que son elocuentes testimonios de la riqueza de la experiencia humana cuya recuperación es el principal objetivo de nuestro conocimiento. Por lo que se

refiere al impreso, su estudio podría ser llamado *histoire du livre*, o sociología de los textos, o incluso (puesto que los libros han sido tradicionalmente su fuente y su sustancia) bibliografía.

Lo más importante de una conferencia es conseguir que promueva la reflexión: las ideas se ofrecen con el implícito ruego de que el auditorio use la «fuerza de su imaginación». Espero que estas *Panizzi Lectures* consigan transmitir esta sensación de ser abiertas y responsablemente ensayísticas. Las he acompañado de un texto de carácter más descriptivo sobre el Tratado de Waitangi. En principio, también se trataba de una conferencia, en este caso pronunciada en la Bibliographical Society de Londres, donde pretendía mover a un auditorio europeo que conocía de forma más directa la llegada de la imprenta a otras culturas manuscritas algunos siglos antes. Así, extendía mi noción de sociología de los textos a un contexto bastante distinto al del comercio librario londinense. Sigue teniendo para mí un valor personalísimo ayudar a explicar cuál es el sentido de los textos orales, manuscritos e impresos en la determinación de los derechos de los pueblos indígenas sujetos a la colonización europea y a las imposiciones comerciales y culturales de la poderosa tecnología tipográfica. La interpretación del tratado continúa siendo un asunto político sumamente sensible y el significado de sus repercusiones para la sociedad de Nueva Zelanda exige, contrariamente a las *Panizzi Lectures*, el subtexto de una documentación exhaustiva sobre la que en esta ocasión se fundamenta.

William Congreve escribió en 1691, al final del prefacio a su primer libro: «*He recompensado al Librero pretextando una Ocasión para un Prefacio*»*. Siguiendo esa vieja costumbre, yo también lo he hecho. Sólo me queda ahora expresar mi gratitud, primero, a Nichol Wade porque ha dado su permiso para reproducir su imagen «El Shakespeare de Droeschout en el *First Folio*» que se ve a través del texto del poema de Ben Jonson a sus lectores; y a los patronos de la Alexander Turnbull Library, de Wellington, por las ilustraciones del ensayo sobre el Tratado de Waitangi. Entre los muchos otros a los que debo agradecer su apoyo y consejo, alocionador y correctivo, menciono en particular a Albert Braummuller, Tom Davis, Mirjam Foot, Linda Hardy, John Kidd, Harold Love, David y Rosamond McKittrick, David Norton, Brian Opie, Sarah Tyacke e Ian Willison. Tengo una deuda especial con Roger Chartier por haber dado al libro una difusión mucho más amplia en francés que la que hasta entonces te-

* En «The preface to the reader» de su novela *Incognita or love and duty reconciled*. [N. del T.]

nía en inglés y por su perspicaz prefacio para esa edición. Los estudiantes graduados a los que tuve el privilegio de enseñar en Oxford durante diez años fueron una constante fuente de inspiración. En su categoría intelectual, su entusiasmo, dedicación y, ante todo, quizá su ingenuidad al hacer que ampliásemos tan creativamente nuestras investigaciones hacia el tipo de bibliografía que hoy demandamos, ellos han orientado la disciplina hacia áreas completamente nuevas al tiempo que continúa demostrando que juega un papel central en nuestra comprensión de todas las formas de textos. Por último, esta nueva edición de la primera serie de las *Panizzi Lectures* es ante todo bienvenida por la oportunidad que me brinda de mostrar a la señora Catherine Devas, una amante de los libros y de la investigación a ellos dedicada, mi agradecimiento de forma pública como merece porque hasta ahora había sido sólo su «ONLIE.BEGETTER»*. Oxford tiene desde hace mucho tiempo sus Conferencias Lyell y Cambridge las Sandars, pero Londres no ofrecía ningún ciclo comparable dedicado a la investigación del libro hasta que la señora Devas propuso que la British Library pudiera albergar tal proyecto. La generosidad de su acción benemérita ha hecho que sea una conferencia muy reconocida, cuya íntima relación con la British Library es justamente celebrada en el nombre de sir Anthony Panizzi, el gran bibliotecario victoriano y verdadero creador de la British Museum Library en Bloomsbury. Su brillantez administrativa y su astucia política, pero, ante todo, su inteligencia moral, al afirmar y asegurar el compromiso nacional con el principio de libre acceso al conocimiento como condición esencial de una verdadera democracia todavía mantienen su fuerza admonitoria y ejemplar. A los patronos del *Panizzi Lectures Trust* expreso de nuevo mi gratitud por la amabilidad de su invitación y mi esperanza de que sus expectativas y las de su benefactora puedan haber sido en alguna medida cumplidas.

BIBLIOGRAFÍA Y SOCIOLOGÍA DE LOS TEXTOS

* Shakespeare dedicó sus *Sonetos* a un «desconocido» cuya personalidad ha hecho correr ríos de tinta. El nombre de la señora Devas no figuraba en la primera edición de las *Panizzi Lectures* de McKenzie. [N. del T.]

EL LIBRO COMO FORMA EXPRESIVA

Para Stuart Johnston

Lo que pretendo con estas conferencias –ojalá les parezca apropiado para una ocasión inaugural como ésta– no es más que volver a considerar qué es la bibliografía y cómo entra en relación con otras disciplinas. Para empezar a dar respuesta a estas dos preguntas, me gustaría recordar un aserto ya clásico de sir Walter Greg. Es éste: «De lo que se ocupa el bibliógrafo es de piezas de papel o de pergamino cubiertas con ciertos signos escritos o impresos. Se ocupa de esos signos nada más que como marcas arbitrarias; cuál sea su significado no es asunto suyo»¹. Todavía hoy en día esta definición de bibliografía, o al menos de bibliografía «pura», goza de amplia aceptación y, en esencia, sigue sirviendo de fundamento a cuantos defienden que el método de la bibliografía es científico.

Un estudio de Ross Atkinson apoya esta concepción inspirándose en la obra del semiótico americano C. S. Peirce². Puede sostenerse, por ejemplo, que los signos en un libro, como ha de leerlos un bibliógrafo, son o bien icónicos, o bien indiciarios. En pocas palabras, los signos icónicos son aquellos que conllevan semejanza; representan un objeto, como un retrato representa al modelo. En la bibliografía enumerativa, e incluso más en la descriptiva, las entradas son icónicas. Representan el objeto que describen. Puede decirse también que la bibliografía textual es icónica porque pretende, como señala Atkinson, «reproducir el objeto con la máxima precisión en cada uno de

¹ «Bibliography – an Apologia», en J. C. MAXWELL (ed.), *Collected Papers*, Oxford, Clarendon Press, 1966, p. 247; publicada originalmente en *The Library*, 4.^a serie, 13 (1932), pp. 113-143.

² R. ATKINSON, «An Application of Semiotics to the Definition of Bibliography», *Studies in Bibliography* 33 (1980), pp. 54-73.

sus detalles». De esta forma, de la bibliografía textual, la descriptiva y la enumerativa cabe decir que constituyen tres sistemas de signos *referenciales*. La bibliografía analítica, sin embargo, formaría una clase distinta de signos indiciarios. El significado de éstos se basa en las diferencias materiales existentes entre ellos como indicio de las formas en que un documento en particular ha llegado materialmente a ser lo que es. Es su *status causal* lo que, en términos de Pierce, hace que los signos sean *indiciarios*. En palabras de Fredson Bowers, a propósito de la bibliografía analítica, las características materiales de un libro son «significantes en el orden y en el modo de sus formas, pero son indiferentes en significación simbólica»³.

Me apresuro a decir que esta presentación es, de cuantas conozco, la que está más cerca de justificar la definición de la disciplina según Greg. Estoy convencido también, sin embargo, de que la premisa sobre la que se basaba el clásico aserto de Greg, y por tanto esta afirmación que es corolario suyo, ha dejado de ser válida como definición de lo que es y de lo que hace la bibliografía.

Intentando escapar de las ataduras que impone una definición tan férrea, a menudo se dice que la bibliografía no es una materia en sí, sino tan sólo, como G. Thomas Tanselle señaló en cierta ocasión, «un grupo de materias emparentadas a las que normalmente nos referimos con el mismo término»⁴. De hecho, el Profesor Bowers admite que se puede dividir en bibliografía enumerativa o sistemática y en bibliografía histórica, textual, analítica y descriptiva⁵. La pureza de la disciplina a la que Greg aspiraba está hasta este extremo limitada por sus aplicaciones concretas y, a su vez, éstas implican que su clásica definición no responda completamente a los que son sus usos reales.

A mi entender el problema radica en que, cuando se nos pide que expliquemos los signos en un libro como algo distinto a la acción misma de describirlos o de copiarlos, éstos adoptan un *status* simbólico. Si el medio siempre repercute sobre el mensaje, la bibliografía no puede excluir de sus propios fines la relación entre forma, función y significado simbólico. Si la bibliografía textual fuese simplemente icónica, sólo podría producir facsímiles de versiones distintas. Como le sucede al análisis bibliográfico, depende absolutamente del conocimiento histórico anterior porque sólo puede operar «con la ayuda de la información previamente disponible sobre las técnicas de pro-

ducción de libros»⁶. Pero la mayor debilidad de la definición es, precisamente, su incapacidad para encontrar un lugar a la historia. Atkinson es completamente sincero a este respecto. Admitiendo que, presuntamente, los bibliógrafos no tienen que ocuparse del significado de los signos, escribe «hoy sólo nos queda sin resolver el problema de la bibliografía histórica». Cita con elogio el comentario de Bowers de que numerosos campos relativos al estudio de la imprenta y sus procesos como artes y oficios no son más que «auxiliares de la bibliografía analítica»⁷. Se ve, por tanto, obligado a sostener que

la bibliografía histórica no es, propiamente hablando, bibliografía. Esto es así porque no tiene como objeto de estudio sistemas materiales de signos o documentos. Su objeto consiste, más bien, en ciertas técnicas mecánicas y por tanto no debe de ser considerada parte de la bibliografía, sino integrante de campos tales como historia de la tecnología o, quizá, de la ciencia de la información.

Tales comentarios, aunque intentan vincular la bibliografía y la semiótica como ciencia de los signos, están en las antípodas de iniciativas como, por ejemplo, la creación por parte de la Library of Congress de The Center for the Book, el programa de la American Antiquarian Society para Historia del Libro en la Cultura Americana o propuestas de publicación de historias nacionales del libro, de las que la más notable es, con mucho, *L'Histoire de l'Édition Française*.

No me atrevo a hablar de cambio de paradigma, pero creo que no me equivoco si afirmo que los intereses particulares de quienes reconozco como bibliógrafos ya no se satisfacen totalmente con la descripción ni, incluso, con la edición, sino con el estudio histórico de cómo se han hecho y se han usado los libros y otros documentos. Pero ¿para llevar a buen puerto proyectos como, por ejemplo, una historia del libro en Gran Bretaña hemos de dejar de ser bibliógrafos y cambiar de disciplina? Es aquí, ante todo, donde otras disciplinas como la historia y, en especial, la historia cultural están dirigiendo su atención hacia la bibliografía. Lejos de aceptar que «la bibliografía histórica no es, propiamente hablando, bibliografía», es tentador reclamar que hoy toda la bibliografía, propiamente hablando, es bibliografía histórica.

En un mundo como éste, la definición de Greg del fundamento teórico de la bibliografía resulta demasiado limitada. Mientras continuemos considerándola reducida en exclusiva al estudio de las fun-

³ *Bibliography and Textual Criticism*, Oxford, Clarendon Press, 1964, p. 41; citado por Atkinson, p. 63.

⁴ «Bibliography and Science», *Studies in Bibliography* 27 (1974), p. 88.

⁵ En especial «Bibliography, Pure Bibliography, and Literary Studies», *Papers of the Bibliographical Society of America* 47 (1952), pp. 186-208; también en «Bibliography», *Encyclopaedia Britannica* (1970), III, pp. 588-592.

⁶ Atkinson, cit., p. 64.

⁷ *Encyclopaedia Britannica*, III, p. 588.

ciones no simbólicas de los signos, corre el riesgo de verse relegada. Las salas de raras de las bibliotecas se harán, simplemente, más raras. Aunque sólo fuese para no desaparecer, sería necesario una justificación más general de la función de nuestra disciplina en la promoción de nuevos conocimientos.

Si, en cambio, estuviéramos dispuestos a delimitar el campo de manera puramente pragmática, adoptásemos una visión panóptica y describiésemos lo que de forma individual *hacemos* como bibliógrafos, observaríamos que la nuestra es la única disciplina que ha estudiado de manera convincente la composición, el diseño formal y la transmisión de textos por parte de escritores, impresores y editores; su distribución por medio de diferentes colectivos de vendedores al por mayor, minoristas y profesores; su compilación y clasificación por bibliotecarios; su significado para, y —he de añadir— su creativa regeneración por, los lectores. Definámosla como la definamos, ninguna de esta serie de interacciones humanas e institucionales le resulta ajena a la bibliografía tal como la hemos venido practicando tradicionalmente.

Enfrentados, como también lo estuvo Panizzi, a todo lo impreso en un mundo en cambio, se ha alcanzado un punto donde el incremento de temas, así como la acumulación de libros, exige que también busquemos un nuevo principio para ordenarlos. Algunos cambios recientes que se han producido en la teoría crítica, incluidas la lingüística, la semiótica y la psicología de la lectura y de la escritura, en la teoría de la información y en los estudios de la comunicación, en el *status* de los textos y las formas de su transmisión, constituyen un desafío formidable para la práctica tradicional, pero también pueden, a mi entender, dotar a la noción de bibliografía de una centralidad que hasta ahora no disfrutaba.

La noción que me gustaría sugerir como básica es simplemente ésta: la bibliografía es la disciplina que estudia los textos como formas registradas, así como los procesos de su transmisión, incluyendo su producción y su recepción. Así definida, no parece demasiado sorprendente. Lo que la palabra «textos» lleva aparejado, no obstante, supone también la ampliación de nuestras actuales prácticas al incluir todas las formas de textos, no solamente los libros o los signos sobre pergamino o papel de Greg. También acepta abiertamente que los bibliógrafos deberían ocuparse de demostrar que las formas repercuten en el significado. Más allá de esto, nos lleva a describir no sólo los procesos técnicos, sino también los procesos sociales de transmisión. De manera completamente específica, se ocupa de los textos no librarios, sus formas materiales, versiones textuales, transmisión técnica, control institucional, sus significados tal como son percibidos y sus repercusiones sociales. Se refiere a una historia del libro y, de hecho, de todas las formas impresas, incluidos los textos efímeros como re-

gistro de los cambios culturales, bien en la civilización de masas, bien en la cultura minoritaria. Porque una historia del libro que excluyera el estudio de las motivaciones sociales, económicas y políticas de la edición, las razones por las que los textos fueron escritos y leídos como lo fueron, el porqué fueron escritos de nuevo y rediseñados, o se dejó que muriesen, degeneraría en insignificante listado de libros y nunca llegaría a ser una historia que verdaderamente mereciera la pena. Una definición como ésta también se acomoda a lo que en la reciente teoría crítica se suele llamar producción del texto y, por tanto, abre la posibilidad de poner la disciplina también al servicio de ese campo.

Dada la amplitud de lo que hoy se espera de ella y de los diferentes intereses de quienes se consideran a sí mismos bibliógrafos, me parece que lo más práctico sería definir la bibliografía como el estudio de la sociología de los textos. Si el principio que la distingue es ocuparse de los textos en cualquier forma material y de su transmisión, no puedo imaginar otra definición que describa de manera tan adecuada su esfera de actuación. No obstante, tanto la palabra «textos» como «sociología» han de ser explicadas con algún detalle.

Entiendo por «textos» los datos verbales, visuales, orales y numéricos en forma de mapas, impresos y música, archivos de registros sonoros, de películas, vídeos y la información computerizada; de hecho, todo desde la epigrafía a las últimas formas de discografía. No es posible ignorar el reto que suponen esas nuevas formas.

Es posible hallar en el origen de la palabra «texto» alguna ayuda que nos permita ampliar su significado de lo manuscrito e impreso a otras formas. Deriva, claro, del latín *texere*, «tejer», y, por tanto, se refiere no a una clase específica de material como tal, sino a su condición de tejido, a la trama o textura de materiales. De hecho, no se restringía a la urdimbre de textiles, sino que podía ser igualmente aplicado a la acción de entrelazar o entrecruzar cualquier tipo de material. El *Oxford Latin Dictionary* sugiere que está probablemente vinculado con el védico «tāṣṭi», «labrado por carpintero» y, en consecuencia, con los griegos τέκτων y τέχνη.

El cambio que supone pasar de acción de moldear un medio material a sistema conceptual, de tramar una tela a tejido de palabras, está también implícito en el griego ἕφος, «tejido o red», de ὑφαίνω «tejer». Como en latín, sólo mediante un cambio metafórico aplicado al lenguaje el verbo «tejer» se emplea con el sentido de «escribir», la trama de palabras se convierte en texto. En todos los casos, por tanto, el sentido original define un proceso de construcción material. Crea un objeto, pero no es exclusivo de una sustancia o una forma. La idea de que los textos son registros escritos sobre pergamino o papel deriva sólo del sentido secundario y metafórico de que la escritura de palabras es como el tejido de hilos.

Lo mismo se podría decir de muchas construcciones que no están en forma escrita, pero para las que, no obstante, sería correcto aplicar el mismo cambio metafórico. Hasta llegar a nuestros días, los manuscritos e impresos eran los únicos registros textuales creados en gran número. Ampliar ligeramente el principio básico de la bibliografía —a mi entender, es el mismo principio— para ocuparse también de los nuevos tipos de construcciones materiales en forma de textos no librarios y que hoy nos rodean, informan y complacen, no me parece alejarnos radicalmente de lo anterior.

Pasando ahora a comentar brevemente la palabra «sociología», quizá no sería inoportuno observar que su historia inicial corre paralela a la de Panizzi. Neologismo acuñado por Auguste Comte en 1830, un año antes de que Panizzi se incorporara al British Museum, hizo una aparición fugaz en Gran Bretaña en el *Blackwood's Magazine* de 1843, el cual se refería a «una nueva ciencia, que será llamada ética social o sociología». Ocho años después todavía luchaba por ser admitida. En 1851, el *Fraser's Magazine* reconocía su función, pero ridiculizaba su nombre al referirse a «la nueva ciencia de la sociología, como se la denomina bárbaramente». Sólo en 1873 sentó sus reales y ganó respetabilidad. *The Study of Sociology* de Herbert Spencer, publicado ese año, ofrece una sucinta descripción de su papel: «La Sociología ha de ocuparse de reconocer las realidades del desarrollo, la estructura y la función sociales».

En mi opinión, este hacer hincapié en la estructura y la función es de gran importancia, aunque deberíamos resistirnos a abstraer la sociología hasta el extremo de que pierda de vista la actividad humana. De un lado, una sociología de los textos nos recuerda todo el abanico de realidades sociales a las que la imprenta como medio tenía que servir, de los talonarios de recibos a las biblias. Pero, de otro, también nos conduce hacia una consideración de los motivos e interacciones humanos que los textos llevan aparejados en cada uno de los estadios de su producción, transmisión y consumo. Nos alerta sobre el papel de las instituciones, y de sus propias estructuras complejas, en cuanto afectan a las formas de discurso social, pasado y presente. Ésas son realidades que hasta hace muy poco los bibliógrafos y los críticos textuales como tales o desatendían o, al definir las como estrictamente no bibliográficas, se sentían incapaces de reconocer, con toda lógica y coherencia, como algo central para nuestro trabajo. La bibliografía histórica, se nos decía, no era bibliografía en sentido estricto.

Una «sociología de los textos», por tanto, sería lo contrario de una bibliografía reducida a inferencia lógica a partir de signos impresos considerados marcas arbitrarias hechas sobre pergamino o sobre papel. Como ya he señalado, se ha reclamado el *status* «científico» de la bibliografía precisamente porque trabajaba sólo a partir de las evi-

dencias materiales de los libros mismos. Reducida a los valores no simbólicos de los signos, intentaba excluir las perturbadoras complejidades de la interpretación lingüística y de la explicación histórica.

Esta concepción ortodoxa de la bibliografía es menos imponente, y también menos sorprendente, si observamos sus afinidades con otras corrientes de pensamiento propias de la época en la que Greg escribía, durante las décadas de 1920 y de 1930. Se trata de ciertas teorías formalistas del arte y la literatura que pretendían excluir del análisis de una obra de arte todo significado intencional o referencial. Estaban en boga cuando Greg formuló sus definiciones, pero también podemos encontrar su presencia en la teoría de la *New Criticism* cuando Fredson Bowers desarrolló la suya. La coincidencia entre bibliografía y esta escuela crítica reposa precisamente en que comparten la consideración de la naturaleza autosuficiente de la obra de arte o del texto y que una y otra aceptan la significación de todos sus detalles verbales, por menores que éstos sean. En ningún caso, los procesos precedentes o subsiguientes son considerados esenciales para la práctica crítica o bibliográfica. La *New Criticism* daba muestras de una gran ingenuidad al querer distinguir en los poemas la existencia de modelos que funcionarían como estructuras verbales autónomas. Tampoco sorprende encontrar en la bibliografía analítica algunas analogías con ciertas corrientes de investigación. Algunos estudios sobre componedores, por ejemplo, han mostrado similar virtuosismo al apreciar la existencia de modelos sobre la base de testimonios que son de naturaleza completamente intrínseca, si no del todo ficticia.

Volveré después a la analogía con la *New Criticism*, pero ahora estoy más interesado en subrayar que reducir la bibliografía al estudio de los significados no simbólicos, con la intención de dotarla de alguna clase de *status* objetivo o «científico», ha impedido en buena medida que se desarrollase como disciplina. Al haberse optado por ignorar que de todas todas depende de estructuras interpretativas, se ha ocultado el papel de los agentes humanos y virtualmente negado la vinculación con la bibliografía de lo que hoy entenderíamos como historia del libro. La bibliografía material —el estudio de los signos que constituyen textos y los materiales sobre los que se registran—, por supuesto, el punto de partida. Pero no puede servir para definir la disciplina porque no dispone de los medios adecuados para hacerse eco de los procesos, las dinámicas sociales y técnicas, de la transmisión y de la recepción, bien por un lector aislado, bien por todo el público.

Al hablar de bibliografía como sociología de los textos, no intento inventar nuevos términos, sino sólo llamar la atención sobre la que de hecho es su naturaleza. La «Gramatología» de Derrida, la hoy de moda «Textualidad», la «Textología» francesa o incluso la «Hypho-

logie» (una sugerencia hecha, no sin humor, por Roland Barthes)* nos harían excluir más de lo que desearíamos perder. La bibliografía no es un subcampo de la semiótica, precisamente porque sus funciones no son simplemente descriptivas de forma sincrónica. Mantengamos nuestra propia palabra «Bibliografía». Nos une como coleccionistas, editores, bibliotecarios, historiadores, productores y lectores de libros. Incluso, es afortunadamente apropiada en su significado literal de «la escritura de los libros», generadora de copias nuevas y, por tanto, con el tiempo de nuevas versiones. Su vinculación tradicional con los textos como formas registradas y con los procesos de su transmisión le permitirían acoger las nuevas formas. Ningún término nuevo, por tanto. Concebir la disciplina como una sociología de los textos es, creo, tanto describir como bibliografía lo que ya hacemos como, al mismo tiempo, permitir su evolución natural.

Tengo ahora que volver a considerar el caso particular de los textos impresos. Al hacerlo, la cuestión en concreto que deseo plantear es si las formas materiales de los libros, los elementos no verbales de los signos tipográficos, la disposición del espacio mismo, tienen una función expresiva al transmitir significado y si su estudio constituye propiamente un cometido bibliográfico.

De nuevo, me parece que la teoría va muy por detrás de la práctica. En un extremo del espectro, reconozcamos, por supuesto, que Erwin Panofsky hizo este tema familiar hace ya mucho tiempo a propósito de la perspectiva como forma simbólica**; en el otro, encontramos que con su *Understanding Media* Marshall McLuhan ha hecho de esta cuestión un principio básico de los estudios sobre los medios de comunicación***. En nuestro propio campo, Nicolas Barker, en «Typography and the Meaning of Words: The Revolution on the Layout of Books in the Eighteenth Century»; David Foxon, con su estudio sobre la tipografía de Pope; Giles Barber, a propósito de Voltaire y la presentación tipográfica de *Candide*; o Roger Lauffer, sobre la «escriturización» o «el surgimiento material del sentido», son todos bibliógrafos reconocidos que, de una u otra manera, demuestran no las funciones icónica o indicaria, sino la función simbólica de los signos tipográficos como un sistema interpretativo⁸. Palabras como «articulación» o «enunciación» del libro

* En su *Le plaisir du texte* (1973), BARTHES proponía «nous pourrions définir la théorie du texte comme une hypologie (hypnos), c'est le tissu et la toile d'araignée»; París, 2001, p. 126. [N. del T.]

** E. PANOFSKY. *Die Perspektive als Symbolische Form*, publicado en 1924-1925 [ed. cast.: *La perspectiva como «forma simbólica»*, Barcelona, Tusquets, 1973]. [N. del T.]

*** [Ed. cast.: *Comprender los medios de comunicación*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1996.] [N. del T.]

⁸ N. BARKER, «Typography and the Meaning of Words», G. Barber y B. Fabian (eds.), *Buch und Buchhandel in Europa im achtzehnten Jahrhundert; Wolfenbütteler Schriften zur Geschich-*

en este sentido suponen presupuestos similares. Los estudios sobre la morfología del libro en relación a su género o a tipos especiales de lectores y mercados presuponen la existencia de una relación compleja entre el medio y el significado. Publicaciones periódicas como *Visible Language* y *Word & Image* fueron fundadas específicamente para el estudio de estas cuestiones. El renovado ejemplo de la tipografía bibliofílica de lujo y el resurgir del manuscrito caligráfico, así como numerosos y recientes estudios sobre la complicada relación entre texto y miniatura en la producción del manuscrito medieval, comparten también el presupuesto básico de que las formas crean sentido⁹.

Quizá, en esta ocasión, ofrecer un caso ejemplar sea la forma más sencilla de analizar algunas de estas cuestiones tal y como se relacionan con la función expresiva de la tipografía en las formas librerías, como pesan sobre la edición y como se vinculan con la teoría crítica. He elegido los cuatro versos que se citan al frente de «The Intentional Fallacy» [La falacia intencional], el conocido artículo de W. J. Wimsatt, Jr., y M. C. Beardsley publicado por vez primera en *The Sewanee Review* en 1946¹⁰. Creo que sería difícil encontrar otro ensayo que haya influido tanto en la teoría crítica y en la enseñanza de la literatura durante los cuarenta años más o menos que siguieron a su publicación. En resumen, proponían que preguntarse por cuáles habían sido las intenciones del autor era algo inútil a la hora de decidir qué significa una obra literaria o si ésta es buena o si no lo es. Por supuesto, exactamente la misma objeción, si se considera correcta, habría de aplicarse a la posible interpretación de las intenciones de un escritor o de un impresor cuando presentan un texto en una forma particular o, también, a las intenciones de un editor al publicarlo.

te des Buchwesens 4 (Hamburg, 1981), pp. 126-165; D. F. FOXON, *Pope and the Early Eighteenth-Century Book Trade*, rev. y ed. de James McLaverty, Oxford, Clarendon Press, 1991; G. BARBER, «Voltaire et la présentation typographique de *Candide*», *Transmissione dei Testi a Stampa nel Periodo Moderno I* (Seminario Internazionale, Roma 1985), pp. 151-169; R. LAUFFER, «L'Énonciation typographique au dix-huitième siècle», *ibid.*, pp. 113-123; «L'Espace visuel du livre ancien», *Revue Française d'Histoire du Livre* 16 (1977), 569-81; «L'Esprit de la lettre», *Le Débat* 22 (Noviembre 1982), 147-59; véase también B. R. WOSHINSKY, «La Bruyère's *Caractères*: A Typographical Reading», *TEXT: Transactions of the Society for Textual Scholarship* 2 (1985), pp. 209-228. Estos ejemplos del pasado, que implican una conciencia de los recursos no verbales de las formas librerías para incrementar y transmitir significados, pueden ser puestos en paralelo a otros de la actual investigación sobre diseño del texto. Útil síntesis es la de J. HARTLEY, «Current Research on Text Design», *Scholarly Publishing* 16 (1985), pp. 355-368; véase también J. HARTLEY y P. BURNHILL, «Explorations in Space: A Critique of the Typography of BPS Publications», *Bulletin of the British Psychological Society* 29 (1976), pp. 97-107.

⁹ Véase un ejemplo excelente en M. CAMILLE, «The Book of Signs: Writing and Visual Difference in Gothic Manuscript Illumination», *Word & Image* I, n.º 2 (abril-junio 1985), pp. 133-148.

¹⁰ *The Sewanee Review* 54 (verano, 1946), pp. 468-488; posteriormente recogido en *The Verbal Icon*, Lexington, University of Kentucky Press, 1954.

Permítanme decir, de entrada, que mi único propósito al recurrir a un ejemplo tomado de ese artículo es demostrar que en algunos casos se pueden hacer lecturas llenas de significado a partir de los signos tipográficos tanto como de los verbales, que éstas tienen que ver con decisiones editoriales respecto a cómo se ha de reproducir un texto, así como que una lectura de tales signos bibliográficos puede repercutir gravemente en nuestro juicio sobre la obra de un autor. Pienso que también se puede sugerir que sus propios prejuicios llevaron a Wimsatt y a Beardsley a leer equivocadamente un texto, que su error de lectura puede haber sido en parte resultado de la forma en que dicho texto estaba impreso, así como que el estilo tipográfico de éste fue, a su vez, influido por su propia época. Mi razonamiento, por tanto, gira en torno a la defensa del significado autoral, sobre la base de que éste, en alguna medida, es recuperable, pese a reconocer que, para bien o para mal, los lectores inevitablemente construyen sus propios significados. En otras palabras, todas las lecturas son características de sus circunstancias temporales pudiendo, al menos parcialmente, ser reconstruidas a partir de las formas materiales del texto, constituyendo estas diferencias de lectura una historia muy reveladora. Ninguna historia del libro puede ignorar cuestiones como qué pensaron que estaban haciendo los escritores al componer textos, los impresores y librereros al diseñarlos y publicarlos o los lectores al crear sentido a partir de ellos.

«The Intentional Fallacy» se abre con una cita tomada del prólogo de Congreve a *The Way of the World* (1700). Wimsatt y Beardsley lo citan así:

He owns with toil he wrote the following scenes;
But, if they're naught, ne'er spare him for his pains:
Damn him the more; have no commiseration
For dullness on mature deliberation.

WILLIAM CONGREVE, Prologue to
The Way of the World

[Confiesa que con esfuerzo escribió las siguientes escenas; / pero, si no os sirven de nada, nunca le ahorréis a él sus penas: / Maldecidlo cuanto podáis; no tengáis conmiseración / por una torpeza hecha con consciente reflexión.]

Donde la versión autorizada de Congreve de 1710 lee:

*He owns, with Toil, he wrought the following
Scenes,
But if they're naught ne'er spare him for his Pains:
Damn him the more; have no Commiseration
For Dulness on mature Deliberation.*

[Confiesa que, con Esfuerzo, trabajó las siguientes Escenas, / pero si no os sirven de nada nunca le ahorréis a él sus Penas: / Maldecidlo cuanto podáis; no tengáis Conmiseración / por una Torpeza hecha con consciente Reflexión.]

Creo que hasta ahora no se ha reparado en que, si incluimos la cita inicial, el famoso estudio sobre la interpretación de la literatura comienza con un error en su mismísima primera línea. Wimsatt y Beardsley dicen que Congreve escribió [«wrote»] las escenas que seguían, pero Congreve era un consumado artesano. Dijo que las había trabajado [«wrought»]. Desde el momento en que las palabras citadas le son adjudicadas a Congreve, creo que se nos pide que las aceptemos como suyas, incluso aunque este ensayo nos persuade más tarde de que no se puede presumir lo que Congreve quería que significasen. Al introducir este simple cambio de «wrought» a «wrote», Wimsatt y Beardsley nos fuerzan a crear nuestro propio significado a partir de su lectura incorrecta. La cita, por tanto, nos lleva a reducir el valor del énfasis que Congreve ponía sobre su propio trabajo de composición: escribe sobre las penas [«Pains»] que le cuesta forjar *su* significado. Las palabras cambiadas destruyen la rima interna creada con todo cuidado, la resonancia entre lo que, en el primer verso, Congreve decía que había «wrought» y, en el segundo verso, su destino al ser corrompidas, reducidas a «naught», por quienes lo citan mal, lo interpretan mal, lo juzgan mal. El prólogo de Congreve a *The Way of the World* señala, en 1700/1710, exactamente el punto de vista opuesto al que se supone que apoyan los versos citados.

Menos obvias son, quizá, las implicaciones de la forma en la que se imprimió la cita. Frente a la precisa anotación de pronunciación, puntuación y letras mayúsculas hecha por Congreve, la versión de 1946 ofrece una forma plana incluso insidiosamente abierta. Congreve escribió que «*He owns*» —coma— «*with Toil*» —coma— «*he wrought the following Scenes*». En su presentación del verso, Wimsatt y Beardsley eliminan las comas. Al aislar y subrayar la frase entre comas, Congreve puede ser leído como quien afirma la seriedad de su propósito, la deliberación de su arte. Wimsatt y Beardsley pasan rápidamente sobre esto, puestos sus ojos quizá en una frase más adecuada a sus propósitos y que se encuentra en el siguiente verso. Lo que su lectura subraya por contra, al rodearla de comas donde Congreve no había puesto ninguna, es la frase sobre su falta de valor [«if they're naught»]. Por medio de este ligero cambio, realzan la concesión irónica de Congreve sobre que las intenciones de un autor sirven de poco si el público o un lector lo consideran torpe. Congreve, sin comas, hubiera preferido que se pasara con toda rapidez sobre esta idea. Wimsatt y Beardsley nos permiten detenernos en ella, porque

su lectura parecería justificar su razonamiento, que es completamente distinto.

Esos cambios de significado que resultan de las variaciones observadas son serios, aunque sean muy livianos los signos que los crean. Pero hay más. En su segundo pareado, Congreve escribe:

*Damm him the more; have no Commiseration
For Dulness on mature Deliberation.*

De nuevo, sirve al propósito de quienes citan eliminar la ironía de Congreve, pero como la ironía depende básicamente del contexto, quizá aquí la pérdida es inevitable. Leyendo las palabras literalmente, Wimsatt y Beardsley hacen que signifiquen: «Si realmente piensan que mis escenas son torpes, no reservéis vuestra piedad para con su autor». Pero observarán que Congreve utiliza la «D» mayúscula para «*Dulness*» y «*Deliberation*». Esas formas personalizadas permiten dos lecturas que se elevan para decirnos algo sobre la propia experiencia vital de Congreve. La primera es que esas abstracciones tienen perfiles humanos (se las podía ver allí, en el teatro); la segunda alude al viejo combate entre Torpeza y Reflexión o Estupidez y Sensatez. Al reducir toda su sustantividad a la letra minúscula y, por tanto, al destruir una convención propia de comienzos del xviii, la cita elimina las formas personificadas buscadas por Congreve y, transformando su ironía, le da la vuelta a su significado. Donde la ironía de Congreve opone su propia «consciente reflexión» con la «torpeza» de sus críticos, el significado de Wimsatt y Beardsley le hace decir que ya sabrá el lector juzgar mejor que nadie.

Si consideramos de nuevo la forma y relación de las palabras «*Toil*», «*Scenes*» y su palabra rimada «*Pains*», vemos que también van en mayúsculas. La convención de época por tanto nos da impresa una identidad visual, semántica y en último término moral entre la propia descripción de Congreve de sus trabajos («*Toil... Pains*») y los productos humanos que pueblan sus obras. El texto tal y como se imprimió en la cita rompe esos vínculos visuales al suprimirles la mayúscula a esas palabras. Un conjunto de significados que insisten en la presencia de un autor en su obra es amortiguado en favor de una lectura preconcebida que vendría a eliminarlo de ella.

Pequeño como es, este ejemplo es tan elocuente que me gustaría continuar sacándole partido más tarde. Tiene que ver con los intereses más obvios de la crítica textual —colocar las palabras correctas en el orden correcto; la semiótica de lo impreso y el papel de la tipografía en la creación de significado; las teorías críticas sobre la intención del autor y la respuesta del lector; la relación entre los significados

pasados y los usos presentes de los textos verbales—. Es un ejemplo tanto de la transmisión de textos como de la creación de nuevas versiones que, a su vez, dan forma a nuevos libros, producciones de los impresores posteriores y materia del ulterior control bibliográfico. Son los elementos básicos de toda historia del libro. Si leemos una forma del texto de Congreve (1700/1710), podemos con cierta autoridad considerar ciertas lecturas como suyas. Si leemos otras formas de dicho texto (1946), podemos vislumbrar significados que han hecho lectores posteriores bajo unos imperativos históricos que eran diferentes.

Puedo afirmar —como, de hecho, hago— que Wimsatt y Beardsley han errado el significado de Congreve; que han comprendido mal cuál era su relación con su propia tradición; que han transmitido mal cuál era su actitud hacia su propio público teatral y sus lectores. Al mismo tiempo, su mala lectura se ha convertido en un documento histórico por derecho propio. Expresando lo que, en 1946, percibieron como necesidades de su propio tiempo, no las de Congreve en 1700/1710, han registrado el gusto, el pensamiento y los valores de una escuela crítica que definió significativamente nuestra propia elección de los libros, la forma en la que los leemos y, en mi propio caso, la forma en que los enseño. La historia de los objetos materiales como formas simbólicas funciona, por tanto, en dos vías. Puede falsificar ciertas lecturas; y puede manifestar otras nuevas.

Para ampliar esta línea de argumentación, me gustaría comentar brevemente la palabra *escenas* [*Scenes*]. Recordemos en primer lugar que las «*Scenes*» de Congreve le cuestan penas, «*Pains*». Luego, deberíamos hacer notar que sus editores y críticos han sustituido, casi sin excepción, el significado dieciochesco de la palabra con el que fuera más común a su respectiva época. Las han definido por la localización y el decorado, como cuando en una escena se pasa desde un bosque al palacio. Para Congreve, por contra, eran escenas neoclásicas: no lugares impersonales en mutación, sino grupos distintos de seres humanos en conversación. Son estos quienes ponen en pie sus escenas. Para él, era la intrusión de otra voz humana, otra mente, o su pérdida, lo que cambia la escena por completo. La sustancia de sus escenas, por tanto, lo que tanto trabajó, «*with Toil, he wrought*», eran hombres y mujeres. Una vez que recuperamos ese contexto y seguimos el significado bastante literal de Congreve en ese sentido, la rima de «*Scenes*» con «*Pains*» brilla con una fuerza aún más sutil. Lo que insinúa es un serio juicio crítico sobre toda su obra; bajo la superficie susurrante de su comedia fluye una sombría corriente oculta de dolor humano. De manera más práctica, una percepción como ésta puede llevar a un editor a adoptar una tipografía que divide las obras de Congreve en escenas neoclásicas, como él mismo hizo en su edición de 1710, donde las restableció.

Con ese último ejemplo, podría argüirse que alcanzamos la línea divisoria entre bibliografía y crítica textual, de un lado, y crítica literaria e historia de la literatura, del otro. Mi propio punto de vista es que no existe tal frontera. En la búsqueda de significados históricos, nos desplazamos desde el más pequeño de los rasgos de la forma material del libro a cuestiones de contexto social, autoral y literario. Todos se refieren, a su vez, a las formas en las que los textos son más tarde releídos, reeditados, rediseñados, reimpresos y republicados. Si una historia de lecturas sólo es posible por medio de una historia comparada de los libros, es igualmente cierto que una historia de libros no será posible si no consigue hacerse eco de los significados que más tarde éstos van a crear.

Aunque a veces puedan pretender ir en otra dirección, sospecho que pocos autores, con el tipo de dedicación a su obra que Congreve reclama haber tenido, son indiferentes a las formas en las que su arte es presentado y recibido. Hay sin duda una ironía cruel en el hecho de que el propio texto de Congreve fuera redefinido y mal leído para apoyar un razonamiento contrario a lo que él mismo defendía. Lejos de dar licencia a sus espectadores y lectores para que no tuvieran en cuenta el significado del autor, Congreve defiende, con una ironía exasperada, el derecho de los autores, como dice en otro verso de su prólogo, «para afirmar su sentido» contra el gusto de la ciudad. Cuando Jeremy Collier desvirtuó en beneficio propio* el significado de unas palabras de Congreve, éste replicó con unos *Amendments of Mr. Collier's False and Imperfect Citations* [Correcciones a las citas falsas e imperfectas de Mr. Collier, 1698]. También él sabía de citas y eligió para la ocasión una de Marcial que, traducida, dice: «Este libro que recitas, Fidentinus, es mío. Pero tu pésima recitación empieza a hacerlo tuyo».

Con esta idea en mente, me gustaría avanzar hacia una ulterior dimensión del significado de la cita de 1946 que no es en sí misma un asunto de formas librarias. Sitúa a Congreve en esa tradición de autores que piensan en los detalles más pequeños de su obra una vez impresa y que dirigen, colaboran con o braman contra sus impresores y editores. Un autor de esa misma tradición es Ben Jonson. Wimsatt y Beardsley también podrían haberlo citado para ilustrar su postulado de que las intenciones de un autor son irrelevantes. Así, por ejemplo:

*Playes in themselues haue neither hopes; nor feares,
Their fate is only in their hearers eares [...]*¹¹.

* En su *A Short View of the Immorality and Profaneness of the English Stage*, 1698 [N. del T.].

¹¹ B. JONSON, *The New Inne*, epílogo, II, 1-2.

[Las obras en sí mismas no tienen ni esperanzas ni temores, / su suerte está sólo en los oídos de sus oyentes (...)]

Concuerdia perfectamente con el fin del prólogo de Congreve, aunque aquí su ironía es demasiado fuerte para pasar inadvertida:

*In short, our Play shall (with your Leave to shew it),
Give you one Instance of a Passive Poet.
Who to your Judgements yields all Resignation;
So Save or Damm, after your own Discretion.*

[En suma, nuestra obra (con vuestro permiso para que se represente) / os dará ejemplo del poeta pasivo. / Quien a vuestro juicio cede toda resignación; / Salvadlo o condenadlo, a vuestra propia discreción.]

Vincular a Congreve con Jonson supone la inclusión del prólogo de aquél en la tradición que, a lo largo de los siglos, defiende que la presencia del autor se mantiene en sus obras impresas. En ese contexto, los versos de Congreve se convierten en una forma de homenaje a su mentor, una aceptación de la sucesión y un recordatorio de que la lucha por el derecho del autor a no ser mal leído en último término puede ser arruinada incluso por los mejores de nosotros. Porque Jonson no sólo ha lanzado sus invectivas contra la usurpación de sus significados en beneficio de los de sus estúpidos críticos, sino que fue un dramaturgo que temporalmente abandonó de hecho la escena pública para estar, como él dijo, «a salvo de las negras dentelladas de los lobos y de las pezuñas de los torpes asnos». El rechazo de Jonson de la libre interpretación es venenosa:

*Let their fastidious, vaine
Commission of the braine
Run on, and rage, sweat, censure, and condemm:
They were not meant for thee, lesse, thou for them*¹².

[Deja que fastidioso y vano / lo que les manda su cabeza / haga de las tuyas, y estrague, sude, censure, y condene: / No fueron pensados para ti, menos, tú para ellos.]

Las ironías de Congreve le permiten una despedida más decorosa, de más tacto. Menos duro, más delicado que Jonson, dejó la escena

¹² «Ode to himselfe», II, 7-10.

cómica sintiéndose expulsado por la equivocada apropiación de sus obras, convencido de que sus significados difícilmente sobrevivirían a su recepción. Lo inminente de esa decisión conforma su prólogo a *The Way of the World*. Iba a ser su última comedia, aunque no su última gran obra. Con «*consciente Reflexión*», encontró que no podía soportar por más tiempo la mortal «*Torpeza*» de sus críticos. Resistiendo no sólo las palabras que Congreve usa —simple cortesía— sino también los significados de su precisa anotación, podemos, si así lo deseamos, recuperar su ironía y leer su pena en un acto de erudición bibliográfica.

En esa larga serie de victorias pírricas que registra los triunfos de los críticos y las muertes de los autores, «*The Intentional Fallacy*» se ha ganado un lugar preferente por la argumentación que continúa después de su impostura inicial. Su cita no es una celebración de la lucidez de Congreve al prever una nueva causa; es, más bien, un epitafio a su propio texto desmembrado. Este ensayo ha generado una amplia literatura crítica, pero soy consciente de que ésta no contiene ni una mención a las ironías textuales que lo abren. Con lo que parece ser una reverencia injustificada hacia el corrupto texto impreso por Wimsatt y Beardsley, la cita ha sido reproducida reimpresión tras reimpresión con excepcional fidelidad, resistiendo su error a todas las nuevas reelaboraciones de lo que constituye un hito clásico de la mala exposición, resistiendo incluso a la fuerza del razonamiento que a continuación le sigue. Se ha incorporado hoy a la historia de Congreve y a la de nuestra propia época.

Si los menores detalles de tipografía y composición, los signos materiales que constituyen un texto, crean significado de la manera que he intentado sugerir, se tiene que deducir que toda historia del libro —sujetos como están los libros al cambio tipográfico y material— también tiene que ser una historia de errores de lectura. No es tan extraño como puede sonar. Cada sociedad reescribe su pasado, cada lector reescribe sus textos y, si éstos gozan de una fortuna continuada, hasta cierto punto cada impresor los rediseña. Las modificaciones en la impresión del texto de Congreve como cita inicial fueron pensadas para corregir un estilo de impresión tardovictoriano que había llegado a considerarse demasiado remilgado. En 1946, la buena impresión había de tener una apariencia limpia, clara e impersonal. Dejar que el texto hablara por sí mismo.

Esta manera de impresión, elegida como algo novedoso, se había conjurado con algunos cambios en la opinión crítica. La teoría de Eliot sobre la impersonalidad del poeta conllevó la disociación entre el escritor y su texto. Las palabras compuestas sobre la página impresa se convirtieron en lo que Wimsatt llamaba un «icono verbal», un artefacto independiente con su propia coherencia interna, lo que Cleanth

Brooks iba a denominar (casualmente) una «*well-wrought Urn*», una «*urna bien trabajada*», una estructura completa en sí misma que contenía en sí todos los signos lingüísticos precisos para la consideración de su significado*. El inusitado incremento de los estudios sobre literatura inglesa y la decadencia de los estudios clásicos supusieron la aparición de exigencias completamente nuevas para los profesores de literatura. A un nivel, el análisis crítico de una serie de textos canónicos se presentaba como una forma eficaz de practicar la enseñanza basándose en lo que sin duda alguna era conocido por todos los alumnos, el texto mismo se desplegaba sobre la página en una suerte de estado lapidario. A otro nivel, llamaba la atención mucho más que antes que diferentes lectores dieran vida al texto en formas distintas. Si un poema *es* lo que sus lectores individuales hacen de él en su acción de construir significados a partir de él, un buen poema será el que haya motivado en mayor medida su propia destrucción en aras de las nuevas construcciones de sus lectores. Cuando la elucidación de significados coincide con su descubrimiento por parte de la práctica crítica de la escritura, la fuerza generativa de los textos es más activa. En ese contexto, la mala lectura de Congreve hecha en 1946 puede ser considerada casi como una cuestión de necesidad histórica, un interesante documento en sí mismo sobre la naturaleza de la lectura y sobre la historia del libro.

Y *es* un documento material. Podemos datarlo; podemos localizarlo en el contexto de *The Sewanee Review* y de los intereses de sus lectores; podemos interpretarlo razonablemente de acuerdo con las intenciones propositivas del ensayo antiintencional que bajo él subyacen. Es, espero, innecesario multiplicar los ejemplos. Ese fragmento de prólogo, esa parte de texto, ilustra muchos de los temas de los que tenemos que ocuparnos cuando pensamos en los libros como textos a los que se les ha dado una particular forma material.

Pero como tal texto dramático, fue originariamente escrito para ser hablado y, así, se plantean otras preguntas. ¿Podemos oír al actor Thomas Betterton prestándole voz a las ironías que hoy leemos visualmente? En las cartas autógrafas de Congreve no se descubre ninguna preocupación por esas sutilezas en la forma de la cita que he sugerido. ¿Estoy, por tanto, leyendo una interpretación de lo que quería decir Congreve hecha por su impresor John Watts? ¿Está Watts simplemente siguiendo una serie de convenciones impuestas en la época por Jacob Tonson, el editor de Congreve, con o sin la aproba-

* Referencias a los títulos de dos obras célebres en la historiografía en lengua inglesa, *The Verbal Icon. Studies in the meaning of poetry* de W. WIMSAIT, Lexington, 1954 y *The Well-Wrought Urn. Studies in the structure of poetry*, de C. BROOKS, Nueva York, 1947. [N del T.]

ción de éste? ¿Quién, en suma, «autoriza» a Congreve? ¿Qué concepto de lector implican esas formas del texto: la del autor, la del actor, la del impresor o la del editor? ¿Y qué pasa con el lector? ¿Conocer a Jonson, Betterton, Congreve, Watts y Tonson es una condición necesaria para una lectura «correcta»? ¿Mi propia lectura revela una necesidad personal de probar que un interés técnico sobre los libros y la enseñanza de textos no se oponen radicalmente, que la investigación y la crítica bibliográficas son de hecho una misma cosa? Acuciado por tales preguntas, un autor se diluye en sus colaboradores, aquellos que produjeron sus textos y sus significados.

Si volvemos a la cita de 1946, otras preguntas similares insisten en encontrar respuesta. ¿Haberla sacado de contexto la priva por entero de su ironía? ¿Los cambios ligeros de forma alteran su sustancia? ¿No son más que un caso de impresión descuidada a la luz de una nueva convención de época? Pero las cuestiones cruciales para la historia de la lectura y de la reescritura de los textos son éstas: ¿las intenciones de esos dos autores (algo extrínseco a su texto) les llevaron a crear a partir de los versos de Congreve un pre-texto para su propia escritura?; y, si fue así, ¿lo hicieron consciente, inconsciente o accidentalmente?

Aventurarse a dilucidar si las intenciones son conscientes o inconscientes sería meternos en aguas turbulentas. La respuesta probable es, me temo, banal, pero necesaria para ilustrar las extravagancias de la transmisión textual. La antología de obras dramáticas editada por Nettleton y Case, que Wimsatt utilizó con toda seguridad en sus clases, incluye *The Way of the World*, cuyo prólogo en esa edición inexplicablemente lee «wrote» por «wrought»*. Por lo tanto, creo que deberíamos eximir a Wimsatt y a Beardsley de responsabilidad inmediata y, sin duda, deberíamos liberarlos de cualquier sospecha de haber deformado los versos intencionadamente. Pero, no obstante, me pregunto si se hubieran arriesgado a elegir precisamente esos versos si hubieran estado editados con más cuidado¹³.

Sin embargo, esto no cambia nada. Si pensamos en la construcción material del texto de Congreve en la edición en cuarto de 1700 o en octavo de 1710 y su representación material de 1946, de inmediato encontramos al menos dos evidencias. Una nos presenta la

* Se trata de *British dramatists from Dryden to Sheridan*, edición de George H. Nettleton y Arthur E. Case. Boston-Nueva Cork, ca. 1939. [N. del T.]

¹³ Estoy en deuda con el Profesor Albert Braunmuller por sugerirme la que había sido la probable fuente del error. Para ser justos con Wimsatt y Beardsley, cuyo ensayo «The Subjective Fallacy», relacionado con el de 1946, alerta contra las lecturas incontroladas más allá de los límites formales de las palabras dispuestas en la página, hay que decir que hubieran podido saludar y admitir como texto más aceptable los versos como se imprimieron originalmente.

perspectiva histórica de un autor intercambiando un conjunto de significados con sus coetáneos. Otra nos da una perspectiva igualmente histórica de dos lectores creando otro conjunto contrario de significados para una lectura académica —de hecho, erudita— cuyos intereses respecto al texto eran distintos. Cada uno de estos dos puntos de vista pueden ser estudiados específicamente en los signos del texto tal y como fue impreso. El significado de esos signos se mueve desde lo trivial a lo serio, pero lejos de suponer la irrelevancia del autor, dirigen nuestra atención hacia intenciones y motivos humanos. En el caso de Congreve, revelan un hombre compasivo cuyas escenas recogen la lucha humana que brota de la misma condición de su escritura.

En un sentido al menos, la teoría crítica ha cambiado poco desde 1946. El formalismo y el estructuralismo de la *New Criticism* de un lado, el postestructuralismo y la deconstrucción del otro, comparten idéntico escepticismo acerca de la posible recuperación del pasado. Una de las más imponentes objeciones a este ensimismamiento crítico, que llega hasta el punto de ignorar las complejidades del factor humano en la producción de textos, es *The World, the Text, and the Critic* de Edward Said. No puedo menos que compartir su juicio de que: «Como se practica hoy en el mundo académico americano, la teoría literaria, en la mayoría de los casos, ha aislado la textualidad de las circunstancias, los hechos, los sentidos físicos que la hicieron posible y la hacen inteligible como resultado de la obra humana»¹⁴. A propósito de Said, Robert Scholes, en su *Textual Power*, continúa desarrollando la cuestión: «En la actualidad hay dos grandes posturas que se pueden adoptar en relación a este problema y [...] es extremadamente difícil combinarlas o encontrar un territorio intermedio entre ellas»¹⁵. Scholes describía esas dos posturas como la hermética y la civil.

Volviendo ahora al que es mi tema principal: según la definición de Greg, la bibliografía sería por completo un saber de naturaleza hermética. Al dar entrada a la historia, la hacemos civil. Las dos posiciones no son antagónicas, porque los libros mismos constituyen un territorio intermedio que los bibliógrafos vienen desde hace ya mucho tiempo explorando, cartografiando y cultivando. Sus métodos descriptivos superan con mucho otras aplicaciones de la semiótica como ciencia de los signos. En la ubicuidad y en la variedad de sus testimonios, la bibliografía como sociología de los textos tiene un poder insuperable para resucitar autores en su propio tiempo y a sus

¹⁴ *The World, the Text, and the Critic*, Londres, Faber and Faber, 1984, p. 4.

¹⁵ *Textual Power*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1985, p. 75.

lectores en todos ellos. Hace posible lo que Michel Foucault llamaba «una insurrección de los saberes sojuzgados»¹⁶. Una de sus mayores posibilidades es que permite llegar a conocer las motivaciones sociales: al ocuparse de las circunstancias de transmisión y de los testimonios materiales de la recepción, puede descubrir significados distintos a los que son fruto de la mera invención. Al dirigir su atención hacia el objeto primario, el texto como forma registrada, define el punto de partida común para toda empresa histórica o crítica. Al abandonar la noción de bibliografía reduccionista y registrar *todas* las versiones sucesivas, la bibliografía, simplemente por su propia lógica global, su indiscriminada cobertura, testimonia el hecho de que nuevos lectores hacen, por supuesto, nuevos textos, y que sus nuevos significados son consecuencia de sus nuevas formas. Por tanto, se ha abandonado la pretensión de establecer una verdad que pudiese definirse por medio de una intención de autor y no como testimonio definido por su uso histórico. Hubo un año 1710 en el que Tonson publicó las *Works* de Congreve y hubo un año 1946 en el que algunas líneas del prólogo a *The Way of the World* fueron citadas en *The Sewanee Review*. Existe la posibilidad de que Wimsatt y Beardsley se equivocaran desde el punto de vista de Congreve, pero, teniendo en cuenta el texto que publicaron, indudablemente lo *están*, y es una función bibliográfica muy simple registrar y mostrar su lectura –de hecho, a la luz de los intereses de una historia de cambio cultural, ponerla de manifiesto.

Al reseñar a Scholes en *The Times Literary Supplement*, Tzvetan Todorov hizo un rotundo juicio de la relación del panorama literario americano del momento con las tradiciones del humanismo occidental: «Si llamamos al pan pan y al vino vino, tenemos que concluir que la tendencia dominante en la crítica americana es el antihumanismo»¹⁷. La bibliografía dispone de máxima autoridad para corregir esta tendencia. Puede, ante todo, mostrar la presencia humana en todos los textos¹⁸.

¹⁶ M. FOUCAULT, «Two lectures: Lecture One: 7 January 1976», en Colin Gordon (ed.), *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings 1972-77*, Brighton, Harvester Press, 1980, p. 81 [ed. cast.: *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1980].

¹⁷ «Against all Humanity», *Times Literary Supplement* (4 de octubre de 1985), p. 1094.

¹⁸ Una foto-construcción obra de Nicholas Wade puede encontrarse en *Visual Illusions: Pictures of Perceptions*, Hove-Londres, Lawrence Erlbaum, 1992, p. 124, dentro de un análisis más amplio de los retratos literales. [N. del T.: Con técnicas cercanas al op-art, Nicholas Wade realizó un montaje fotográfico del retrato de Shakespeare grabado por Martin Droeschout sobre el poema en el que Ben Jonson dedicaba el *First Folio* a los lectores. En la disposición original de 1623, retrato y poema estaban enfrentados cada uno en el verso y el vuelto de dos folios consecutivos, respectivamente. Alejando un poco la imagen, se consigue descubrir el retrato del poeta entre los versos del poema.]

To the Reader.

This Figure, that thou here seest put,
It was for gentle Shakespeare cut;
Wherein the Grauer had a strife
with Nature to out-doo the life:
O, could he but haue drawne his wit
As well in brasse, as he hath hit
His face; the Print would then surpass
All, that was euer writ in brasse.
But, since he cannot, Reader, looke
Not on his Picture, but his Booke.

B.I.

[Al lector. / Este retrato, que ves puesto aquí, / fue grabado para el gentil Shakespeare; / En él, hubo el buril de luchar / con la naturaleza por la vida superar: / Oh, sería capaz de representar también su inteligencia / en la plancha de cobre como había acertado a hacer con / su rostro. / Pero, si no lo consiguió, lector, no mires / su retrato, sino su libro.]

T Reader.

This Figure, that thou here seest put,
It was for gentle Shakespeare cut;
Wherein the Grauer had a strife
with Nature, to out-doo the life:
O, could he but haue drawne his wit
As well in brasse, as he hath hit
His face; the Print would then surpass
All, that was euer writ in brasse.
But, since he cannot, Reader, looke
Not on his Picture, but his Booke.

B. I.

1. «El Shakespeare de Droeschout en el *First Folio*», por Nicholas Wade, en *Word and Image* I, n.º 3 (1985), p. 259.

EL MATRAZ ROTO: TEXTOS NO LIBRARIOS

«El matraz roto» es una alusión a un célebre pasaje de la *Areopagítica* de Milton, allí donde el poeta dice de los libros que están dotados de «una potencia vital», puesto que «preservan como en un matraz [violl] la eficacia y la esencia purísimas del intelecto vivo que los engendró [...] un buen libro es la preciosa sangre vivificante de un espíritu superior, embalsamada y atesorada para que tenga vida más allá de la vida».

El uso que hace Milton de la palabra «matraz» [violl] es curioso, puesto que en griego solía significar un recipiente ancho y plano, como un platillo; y en la biblia del rey Jacobo VI se traduce también como «bol». Su sentido de pequeña botella de cristal que contiene una esencia parece haberse desarrollado en el siglo XVII. No he avanzado más en mis pesquisas, pero imagino que este significado tiene que ver con el uso de tubos y matraces de cristal en experimentos científicos. Su transparencia habría sido conveniente para que se pudiese leer el nivel de un líquido, como hacemos en un termómetro de mercurio, o para que se pudiesen ver reacciones químicas que, por ejemplo, entrañasen cambios de color.

En este nuevo sentido en el que lo usan Milton y después Robert Boyle se subraya la idea de algo que ha sido cerrado, del texto como algo controlado, determinado, estable, que también incluye al autor, visible con toda claridad y presente de forma duradera. Cuando observamos cómo Milton escribe la palabra [violl] y no *phial*], vemos que puede tener otro significado que perderíamos al modernizar su grafía inglesa. Dada la grafía de la edición de 1644 («violl») y el gusto de Milton por la música, no se puede dudar que estamos ante uno de sus típicos juegos de palabras: como si, leyendo un libro, pudiéramos ser también movidos por la armonía de la obra, lo que Shakespeare llamaba «el acorde de dulces sonidos»*.

* *Mercader de Venecia*, V, 1. [N. del T.]

Con aquellas palabras, Milton expone de la forma más clara posible la idea de que el libro es una forma sublime, pero al tiempo expresiva, una forma por medio de la cual se da transparente acceso al significado esencial. Como he intentado sugerir antes, existe toda una tradición en la que autores filotipográficos parten de este planteamiento. Usan, o esperan que sus impresores usen, los recursos de formas librarias para transmitir con la mayor claridad lo que ellos quieren significar. Incluso cuando escritores, escribas, iluminadores o ilustradores, impresores y editores, aceptan sin más regirse por las convenciones propias de su época, sin intento alguno de innovar o de distinguirse, hay ciertos códigos a partir de los cuales, si no somos indiferentes a ellos, podemos recuperar importantes significados que de otra manera podríamos perder o malinterpretar.

No obstante, contra esa tradición, que en último término es platónica, si no hebraica, porque de un lado acepta la existencia de una pura voz interior y de otro un dominio de verdad absoluta, de formas ideales, existe, por supuesto, una contra-tradición que también es hebraica y platónica. Si Dios dijo «Hágase la luz» y la luz se hizo, la escritura ha interpuesto un cristal oscuro que empaña la luz que era la voz de Dios. La preciosa sangre vivificante del espíritu superior de Milton es inevitablemente rebajada a medida que se difunde. Como dice Shakespeare en «Fénix y la Tortuga»:

Truth may seeme, but cannot be;
Beautie bragge, but tis not she [...]

[La verdad puede parecer, pero no ser / la belleza alardea de ello, pero no es (...)]

En un mundo mudable, los absolutos, por definición, son *rara avis*. Los conocemos sólo por referencia, y toda información referida tiene que sufrir lo que los ingenieros de telecomunicaciones llaman «pérdidas de transmisión».

El mismo Platón se ocupó de este asunto de la forma más amena en *El banquete*. Allí Sócrates observa que «sería muy hermoso, Agatón, si la sabiduría fuera como el agua y fluyese por contacto desde una persona que tuviese más hacia una que tuviese menos». Pero, claro, las cosas no son así. Lo que Platón presenta como un banquete sólo nos llega diez años después a través de Apolodoro, quien no estuvo presente. Apolodoro, cuya memoria en cualquier caso parece que era bastante imprecisa, no hace más que volver a contar lo que a él le había dicho un igualmente vago Aristodemo, cuya recopilación de lo que Sócrates decía que a él le había contado Diotima apenas se consideraba digna de confianza. Para confundirnos aún más, se nos

dice que *El banquete* tal y como lo conocemos sólo es una selección de fragmentos de una versión en particular. Como dice Apolodoro, relata sólo «los puntos más importantes de cada uno de los parlamentos que me parecieron dignos de ser recordados». Las esperanzas que podríamos poner en la existencia de esa otra versión se desvanecen al instante, porque, a su vez, es sólo un relato incompleto que Glaucón asegura haber oído de Fénix, el cual tampoco se hallaba presente en el banquete, sino que, como Apolodoro, había oído a Aristodemo. Para ser justos con él, Apolodoro contrastó algunos detalles con Sócrates, pero a la luz de un panorama como éste, la propuesta de Barthes de que el nacimiento del lector exige la «muerte del autor», es de nuevo, como toda la historia intelectual europea, sólo otra nota más al pie de página de Platón¹.

Dentro de esta contra-tradición, no sólo todo texto está condenado a ser deformado por los procesos de su transmisión, sino que incluso la forma que tiene es considerada menos una encarnación del significado pasado que un pretexto para el significado presente. Se puede citar a Platón como ejemplo de los que lamentaban el paso de la palabra hablada a lo escrito y en *Fedro*, por supuesto, se muestra bastante explícito a este respecto. De hecho, lo hace de dos maneras. *El banquete* no es sólo una brillante pieza de escritura, sino que también, como rememoración, sus formas resucitan y tienen que ver con lo que suponía estar una noche con Sócrates más que lo que el propio Alcibiades llegó jamás a disfrutar.

Para acercarnos más a nuestra propia época, la relegación de la escritura a los procesos indeterminados e infinitamente transformadores de la difusión textual es una consecuencia de la lingüística saussuriana y, en parte, de las teorías estructuralistas elaboradas a partir de ella. Al privilegiar las estructuras de lo hablado sobre las de lo escrito, se desplaza el anterior estudio del lenguaje filológico y diacrónico basado en el texto en favor del análisis puramente sincrónico —cómo habla la gente hoy—. Este alejamiento del estudio del proceso histórico hace fácil concluir que, realmente, no se puede recuperar la voz del autor, o un presunto significado, a partir de sus registros im-

¹ R. BARTHES, «The Death of the Author», en *Image, Music, Text: Essays Selected and Translated by Stephen Heath*, Londres, Fontana, 1984, p. 148 [ed. cast. de «La mort de l'auteur», de *Le bruissement de la langue*, en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1987]. Michel Foucault, en «Qué es un autor», plantea muchas de las mismas preguntas que Barthes, pero su ensayo me parece bastante más cercano a la clase de preocupaciones que han ocupado tradicionalmente a los que se interesan en las dimensiones no autorales del saber transmitido textualmente. Apareció originalmente como «Qu'est-ce qu'un auteur?», seguido de un debate, en *Bulletin de la Société Française de la Philosophie* 63 (1969) [ed. cast.: *Creación. Estética y teoría de las artes* (Madrid) 9, (octubre 1993) pp. 35-68].

presos o escritos. Nos quedamos sólo con las estructuras sincrónicas y las convenciones que regulan su significado cuando leemos. Se concluye, por supuesto, que si el significado que leemos es enteramente una función de las relaciones estructurales dentro del sistema de signos verbales que constituye un texto, no es algo inherente que puede ser expresado de alguna manera. Significado no es lo que significa, sino lo que hoy estamos de acuerdo en inferir que significa.

El hincapié puesto por Saussure en la primacía de lo hablado le ha creado un problema añadido a la bibliografía sustentada únicamente en libros pues ha reducido la atención crítica a las estructuras verbales como transcripción alfabética de lo que se concibe sólo como palabras para ser pronunciadas. Otros lenguajes formalizados o, más propiamente quizá, dialectos del lenguaje escrito —lenguajes gráficos, algebraicos, jeroglíficos y, más significativamente para nuestros propósitos, tipográficos— han sido excluidos del debate crítico sobre la interpretación de los textos porque no guardan relación con lo hablado. Son, por supuesto, instrumentales para la escritura y la impresión, pero, dada la estrecha interdependencia entre lingüística, estructuralismo y hermenéutica y el predominio intelectual alcanzado por esas disciplinas en los últimos años, no sorprende que la historia de los sistemas de signos no verbales, incluyendo la puntuación, todavía esté en mantillas o que la historia de las convenciones tipográficas como mediadores de significado no se haya escrito aún.

Retornando a Congreve, en todo nuestro análisis anterior había una cuestión implícitamente presente: ¿podría decirse que Congreve en persona quiso decir lo que leo de sus versos o los significados que les atribuyo se generan de una forma más casual? La pregunta está llena de escepticismo tanto como de esperanzas en hallar una confirmación que nos tranquilice. Para mantener viva esta tensión entre incredulidad y confirmación, me he reservado hasta ahora el pronunciamiento expreso que hace Congreve en la edición de 1710 y que advierte: «Se ha tenido cuidado tanto en la corrección de pruebas como en la revisión y corrección de muchos pasajes en el texto». A modo de explicación general, Congreve añadió:

Difícilmente se negará que intentar que lo que ha escritoarezca con las menores faltas que sea capaz de lograr es tanto un respeto debido al público como un derecho que cada hombre debe cumplir consigo mismo.

Sin ánimo de ser demasiado drástico al respecto, tal afirmación nos permite asumir que en su caso la mayoría de las formas que encontramos en esa edición eran intencionadas. A ese respecto, los significados habían sido premeditados y controlados. Pero esto, claro

está, no elimina el problema. Cualquier ejemplo particular podría haber sido una excepción. Y, por supuesto, los propios lectores suponen tantos estilos diferentes de leer textos que son capaces de burlar las formas más sutiles de dirección con suma facilidad. Esos estilos diferentes están, en alguna medida, culturalmente determinados; y si una bien conocida teoría del significado defiende que la voz de un autor es modificada, deformadas sus ideas, por la imprenta, habrá una generalizada predisposición cultural a proceder como si los detalles de las intenciones pasadas y de las formas de su expresión fueran relativamente insignificantes comparadas con los significados presentes.

Debido a tales razonamientos, la integridad del texto del autor, su transparencia y la unidad formal del libro que le da cuerpo, implícitos en la imagen del matraz de Milton, han sido rotundamente rotos. Hoy, por contra, uno lee sobre textos *menos* que sacrosantos, inestables, indeterminados, textos abiertos.

Laurence Sterne se ocupó de la indeterminación de los textos de una manera cortésmente hermosa y reconfortante en *Tristram Shandy*, señalando que a pesar de todo:

[...] ningún autor que conozca las fronteras precisas del decoro y la buena crianza presumiría que ha pensado en todo. La muestra de respeto más verdadero que puedes rendir al entendimiento del lector es compartir con él este asunto amigablemente y dejarle algo para imaginar, por su parte, tanto como a ti mismo. Por mi propia parte, siempre le agradezco su amabilidad y hago todo lo posible para mantener su imaginación tan ocupada como la mía.

Peter de Voogd ha llamado la atención sobre las páginas marmórizadas del tercer volumen de *Tristram Shandy*, que Sterne calificaba de «variopinto emblema de mi obra»². Cada página, jaspeada a mano, es una parte del texto distinta por necesidad. De una de ellas, considerada en su diferencia respecto a una página con letras, hasta podría decirse que carece de todo significado en cuanto conjunto de formas coloreadas y en absoluto representativas. La mayor parte de las ediciones modernas, si llegan a incluirlas y no se conforman tan sólo con añadir una nota sobre su existencia original, imprimen su imagen en blanco y negro, una imagen que es, así, uniforme en cada uno de los ejemplares de la edición. Al hacer esto, por supuesto, desvirtúan la intención de Sterne de crear un emblema de intención casual, de dife-

² P. DE VOOGD, «Laurence Sterne, the Marbled Page and the "use of accidents"», *Word & Image* I, n.º 3 (julio-septiembre 1985), pp. 279-287.

rencia, de significado indeterminado, de la variación misma del texto de un ejemplar a otro. Las páginas de guarda con motivos marmóreos eran frecuentes en las buenas encuadernaciones anteriores a su época, pero al convertir su página marmorizada en un elemento textual, Sterne estaba empleando de manera consciente un ejemplo de forma expresiva muy intenso e innovador. En un sentido, los principios y la práctica de Sterne confirman la idea de una indeterminación textual, pero, de hecho, al mismo tiempo que niega la autoridad del autor, la extraordinaria especificidad de una página jaspeada a mano viene a confirmarla de forma indirecta. Como Platón, Sterne se mueve en dos direcciones distintas.

La bibliografía, según la definición de Greg, habría dejado a un lado, por supuesto, todas estas cuestiones de la indeterminación de los textos: su cometido, como hemos visto, era simplemente registrar y comparar las versiones manuscritas y/o impresas. La crítica textual, no obstante, no iba a poder ignorarlas tan fácilmente. Desde el momento en que se pensó que su objeto no era otro que un texto «verdadero», diferente de todas sus versiones incompletas, se precisaba alguna noción que considerase «el texto tal y como lo quiso su autor».

Al compás de los tiempos, no obstante, este concepto también se ha venido abajo. En la crítica textual, el más obvio caso del texto inestable o abierto es el que resulta de la labor de revisión. Cuando un autor revisaba un texto y se nos han conservado dos o más versiones de él, puede decirse que cada una tiene su propia estructura distintiva, convirtiéndose en un texto diferente. Cada una da cuerpo a una intención muy distinta. Se deduce, por tanto, que, puesto que cualquier versión particular tendrá su propia identidad histórica, no sólo para su autor, sino también para el particular conjunto de lectores que la compraron y la leyeron, no podemos aceptar la idea de que el editor haya de enfrentarse a un texto de intención única. Históricamente, puede que no haya razones lógicas para que una versión sea editada por delante de otra. Podemos elegir ésta o aquella por motivos estéticos, pero eso es un problema distinto. Si lo deseamos, podemos elegir privilegiar las segundas o terceras ideas de un autor en vez de sus primeros pensamientos, pero tampoco tenemos por qué hacerlo. No todos comparten ya la vieja idea de que deberíamos respetar las intenciones finales de un autor. La única regla incuestionable parece ser que no debemos hacer una combinación de todas las versiones, puesto que destruiríamos la historicidad de cada una de ellas.

Todo esto es perfectamente asumible en términos de *histoire du livre*. Las versiones no son sólo distintas, sino que testimonian un conjunto preciso de significaciones en sucesivos momentos de la historia. Pero existe una incongruencia que, curiosamente, se muestra precavida y cauta al respecto. De un lado, rechaza la vieja idea de

recuperar «la obra» como algo distinto a sus versiones; de otro, rechaza también la teoría —aunque no la práctica— de proceder con criterios de edición creativa en la construcción de nuevas versiones. Tal actitud puede parecer justificada cuando pensamos que los textos podrían ser editados «creativamente» por motivos políticos³. Pero este argumento no es más que una forma disfrazada de censura y ya fue bastante criticado por Milton.

Encuentro más preocupante que esta manera de entender la función de la crítica textual no consiga hacerse eco de que la «intención» es un «instrumento especulativo» (en expresión de I. A. Richards), un medio de crear un texto de referencia, una forma de texto copia-ideal, superando todas las versiones y fiel a la intención esencial de la «obra». En este sentido, la obra puede ser la forma tradicionalmente imputada a lo arquetípico; puede ser la forma considerada como algo inmanente a todas las versiones, pero no completamente realizada en ninguna de ellas; o puede ser concebida como algo siempre potencial, como una representación teatral, donde el texto está abierto y genera nuevos significados en atención a nuevas necesidades en un perpetuo final abierto. De nuevo, en términos de *histoire du livre*, esto es también perfectamente asumible. La historia simplemente confirma, como hecho bibliográfico, que *serán* creadas un buen número de versiones nuevas de una obra que nunca muere, tanto si son generadas por su autor, por sus sucesivos editores, por generaciones de lectores o por nuevos escritores⁴.

Enfrentado a estas posibilidades, que van desde la manipulación absoluta de los más pequeños detalles de significado en textos impresos por parte de un autor a la apropiación de los textos como algo completamente abierto a nuevas construcciones, el crítico textual se encuentra ante un triste caso de compromiso. James McLaverty ofrece una oportuna declaración del tipo de soluciones que se suelen encontrar:

El editor ha de respetar la integridad de las diferentes versiones de una obra y debería considerarse a sí mismo libre de toda obligación respecto a la intención final del autor. De otro lado, tiene que intentar establecer el texto del autor, no el del compositor o el del corrector⁵.

³ Para un desarrollo mayor de cómo este punto podría aplicarse a un específico problema político, véase un ensayo posterior de este volumen, «La sociología de un texto: cultura oral, alfabetización e imprenta en los primeros años de Nueva Zelanda», pp. 92-140.

⁴ La bibliografía relativa a la psicología de la lectura parece recomendable en este punto. Véase, por ejemplo, M. DOCTOROW, M. C. WITTOCK y C. MARKS, «Generative Processes in Reading Comprehension», *Journal of Educational Psychology* 70 (1978), pp. 109-118.

⁵ *The Library*, 6.^a serie, 6 (junio de 1984), p. 138.

Esto no anula enteramente el concepto de intención, pero podemos ver que lo fracciona multiplicándolo en distintas estructuras sincrónicas y nos da libertad para elegir lo que deseamos. Al rechazar la combinación, elimina un uso diacrónico de intención como una estructura de significado que abarca dos o más versiones sucesivas. Y, finalmente, sigue arrojando dudas sobre cuál es el papel del impresor.

Éstas no son materias esotéricas. Si ustedes deciden leer el *Rey Lear* de Shakespeare en la nueva edición de Oxford, tendrán que enfrentarse a una suerte de enrevesada elección entre dos versiones, ambas sustancialmente diferentes la una de la otra, y las dos distintas del texto combinado que hemos leído hasta ahora. Si desean hacer de editor hágalos-usted-mismo y construir su propio texto, la nueva edición les ofrecerá la posibilidad de hacerlo con un par de facsímiles virtuales de las versiones que se niega a combinar (pero que se supone que ustedes sí pueden hacerlo). Como Platón y Sterne, tenemos dos posibilidades.

En este punto, resulta tentador acudir a la distinción de Aristóteles entre historia y poesía como modelo que nos ayude a resolver el problema. La historia nos cuenta lo que fue: recoge las versiones. La poesía —el arte más serio y filosófico— nos dice lo que *debería* ser. A mi entender, hay un imperativo moral en ese «debería» que personalmente encuentro apremiante. Puede operar de dos maneras. Puede conducirnos, como investigadores históricos, a recuperar el «verdadero» texto de entre los detritus de las versiones; o puede dirigirnos, como creativos lectores/escritores, a generar los significados que más nos pueden interesar. En cada uno de los casos, nos encontramos ante un acto de creación. Incluso los investigadores leen, y editan, con una misión. Lo hacen también los editores en tanto que introducen cambios. El texto es, en palabras de Terence Cave, inagotable como un cuerno de la abundancia.

¿Qué ha quedado, por tanto, del matraz de Milton? Aunque no de una manera muy espectacular, podemos ver que la experimentación crítica y la teoría textual al menos han agrietado y empañado el cristal, si no lo han hecho añicos. No obstante, si pensamos en los textos no librarios se ha hecho añicos como imagen apropiada para referirse al libro tradicional como objeto de la investigación bibliográfica y textual. Lo que queda claro es que el concepto de Milton del libro y de la presencia de un autor en él representa sólo un extremo del espectro bibliográfico. La contra-tradición de las transformaciones textuales, las nuevas formas en nuevas ediciones para nuevos mercados, representa el otro. Una sociología de los textos debería abarcarlos a ambos. También debería de extender su aplicación para abarcar la investigación de los textos no librarios.

Sin embargo, no es sencillo y quizá resulte imposible en el espacio de media conferencia sentar la ampliación de los principios de la

bibliografía para acoger las formas no librarias. Así de nuevo, sólo se puede ser pragmático e indicativo, subrayando los casos que parecen similares, aquellos donde los registros tienen una función textual que está sujeta al control bibliográfico, a la interpretación y al análisis histórico. Puede ser que para nuestro propósito presente, al menos, sea más cómodo pensar simplemente en términos de homologías, de estructuras que se corresponden, sugiriendo que cualquiera que sea nuestro campo particular —sean libros, mapas, estampas, tradiciones orales, teatro, películas, televisión o bases de datos computerizadas— podemos señalar ciertos objetivos comunes.

Por poner el ejemplo más extremo, deberíamos tener en cuenta los textos visuales no verbales y los orales, presentes tanto en nuestra propia cultura como en las culturas an- o pre-alfabetizadas, así como en las que ahora se denominan comunidades no letradas, donde hay un nivel de alfabetización funcional, pero donde el texto escrito o impreso no tiene el *status* que sigue disfrutando lo hablado.

Permítanme empezar preguntando si de alguna manera la tierra —no una representación de ella en un mapa, sino la tierra misma— podría ser considerada un texto. En su estudio sobre una tribu de aborígenes australianos, los aruntas, Spencer y Gillen le dedican un capítulo a la topografía totémica: cada carácter prominente del paisaje en el territorio arunta se encuentra asociado por tradición con algún grupo totémico. «Rocas singulares, cuevas, árboles y cauces que tienen significación totémica son marcados a lo largo de todo el territorio»⁶. Esto no sólo tiene que ver con su condición de objetos sagrados, que también pueden serlo, sino con que tienen una función *textual*. Esos caracteres visuales y físicos son los ingredientes de lo que, de hecho, es un texto verbal porque cada uno de ellos está unido a una historia, tiene una específica función narrativa, y sobre él descansa en concreto la caracterización, el contenido descriptivo, la acción física y el sentido simbólico de una narración. Cambiando lo que haya que cambiar, por supuesto, es la misma lectura simbólica del paisaje en, digamos, *The Faerie Queene* de Edmund Spenser.

En el extremo occidental de la cadena de Mount Gillen en la tierra de los aruntas hay un pequeño bloque de piedra llamado *Gnoilya tmerga*. Se encuentra

en el medio de una extensa llanura, guarda relación con un gran hombre perro blanco que vino de Latrika, allá lejos hacia el Oeste, y que quería matar a todos los hombres perros de

⁶ B. SPENCER y F. J. GILLEN, *The Arunta... a Stone-Age People*, 2 vols., Londres, Macmillan, 1927, I, pp. 88. Le agradezco al Profesor Harold Love esta referencia.

Choritja. Cuando lo vieron, los hombres de Gnoilya cantaron *Wunna mbainda erinna, numma* —mira, éste es tu lugar, toma asiento—. Entonces él se sentó tranquilamente y permaneció allí, erigiéndose la piedra para señalar el sitio. Si los ancianos frotan la piedra, todos los perros del lugar empiezan a gruñir y a enfurecerse. El último hombre que la frotó fue uno de los viejos inkatas, después de la llegada de los hombres blancos para que los perros les mordiesen⁷.

A una perspectiva eurocéntrica no le es fácil entender que el paisaje tiene una función textual, pero en ese relato no hay manera de disociar los que son caracteres físicos de la narración. La piedra en su exacta posición significa una historia sobre la llegada de los hombres blancos e implica un futuro en el que los textos de los aruntas, las leyendas de sus sueños, serán corregidos no por estudiosos que vuelvan a contar la historia, sino (como me señaló Harold Love) por compañías mineras que vuelan las montañas buscando minerales.

Ésta no es, me parece, una forma demasiado melodramática de llamar la atención sobre cuál es la naturaleza de los textos. Como mejor se defienden los derechos a la tierra de los aborígenes, contra la oposición, atrincherada literalmente, de los propietarios de los derechos de explotación minera, es en virtud de las historias que posee un territorio, la codificación en paisaje de toda una cultura tribal. Es el poder narrativo de la tierra, su *status* textual, en lo que hoy se basa una estructura política dedicada a la tardía preservación de los textos que constituyen una cultura.

Si aceptamos este punto de vista, que los libros no son la única forma de artefacto textual, sino que hay muchas maneras y formas materiales distintas de textos, sólo algunos de los cuales son libros o documentos, entonces empezamos a vislumbrar una serie de consecuencias sociales, económicas y políticas bastante asombrosas. La suposición de que una roca en la tierra de los aruntas es un texto sujeto a comentario bibliográfico es absurda sólo si uno piensa disponer tales rocas en un estante y clasificarlas. Pero lo que, de verdad, resulta un absurdo es importar a la tierra de los aruntas una obsesión unilateral hacia las formas librarias en el contexto relativísimo de los últimos siglos de historia europea.

Recuerdo ahora una historia que se contaba a propósito de un miembro del Jesus College de Cambridge, que al haber sobrevivido a maestros muy longevos disponía de una prodigiosa memoria colectiva. Joven profesor de ciencias recién llegado, continúa la historia, estaba ansioso por lograr que se adoptara alguna pequeña reforma en

⁷ *Ibid.*, I, 92.

el equipo de gobierno de la institución. Pero al ser advertido de que en un colegio oxfordiano* nada es trivial, desde la colocación de una coma al desplazamiento de una servilleta, preparó su propuesta con gran cuidado. Llegó el día de la reunión. Cuando tocó tratar su asunto en el orden del día, con orgullo aseguró a los presentes que, aunque su propuesta podría considerarse quizá demasiado radical, había hallado un interesante precedente en los archivos del colegio. De hecho, había rastreado diligentemente todos los registros de los últimos tres siglos y no había encontrado nada que contraviniese seriamente su proposición. En ese momento el Director levantó la cabeza cansinamente y comentó: «Pero estará de acuerdo, ¿verdad?, en que los últimos tres siglos han sido algo extraños».

Para los maoríes de Nueva Zelanda, la llegada de libros y documentos ha hecho que el último siglo y medio haya sido más que extraño. A pesar de que la novelista Keri Hulme ganase el Premio Booker por su novela *The Bone People*, los textos en forma de documentos manuscritos o impresos les despiertan todavía mucha desconfianza. Esto se debe, sobre todo, a la fuerza de las tradiciones orales, pero hay otra razón más aciaga. Para muchos maoríes, el documento arquetípico —el Tratado de Waitangi de 1840, por el que se garantizaba la soberanía británica sobre Nueva Zelanda— se erige como un símbolo de la traición. Les despojó de sus tierras y, al quedarse con éstas, amenazó su cultura. No es cosa de argumentaciones probatorias o de demostraciones de verdad; es una cuestión de vida cotidiana, o al menos de una vida cotidiana que sea consciente de ello. Para los maoríes su relación con la tierra —epitomizada en su frase para referirse a los que son naturales de ella, *te tangata whenua*— continúa siendo el más importante tema de debate y la tierra tiene menos valor económico —aunque esto hoy en día es algo a tener en cuenta— que simbólico. Cuando se ocupa una tierra para evitar las obras públicas proyectadas en ella, suele ser para preservar su significación en el mito y la leyenda más que por interés material.

Al ocuparme de lo que implicó la introducción de la imprenta en Nueva Zelanda, los intentos de alfabetizar a los maoríes y la explotación europea de la autoridad legal de los documentos en detrimento de los acuerdos alcanzados oralmente, tuve la oportunidad de estudiar las «firmas» maoríes que se adjuntaron en 1840 al Tratado de Waitangi. Algunas son firmas en el sentido habitual de la palabra, pero otras son complejas configuraciones gráficas⁸. Una posibilidad digna de ser

* Término con el que se hace referencia a los hábitos de las universidades de Oxford y Cambridge. [N. del T.]

⁸ Un ejemplo puede verse en las láminas 5 a y b en pp. 130-131 más adelante.

analizada con posterioridad es si esas formas de escritura no eran, de hecho, representaciones de accidentes naturales de las tierras tribales a las que pertenecían los signatarios. Para los británicos de la época su significación textual era crucial, porque en términos europeos esos pequeños mapas —si lo son— suponían que se aceptaba su pretensión de soberanía. Pero si para los maoríes significaban tierras tribales sobre las que pensaban que mantendrían el control soberano, bajo la protección de la reina, entonces esas enigmáticas firmas pueden todavía probar que son textos territoriales que no han perdido su valor.

En tales signos podemos ver la idea de un espacio situado a medio camino entre lo verbal y lo no verbal, pero que alcanza, por así decirlo, significación textual. Aquí el signo de la tierra representa a un hombre.

La misma clase de indeterminada relación entre signo indiciario y significado simbólico se aplica a los mapas. Si en vez de tratar de decidir qué los diferencia de los libros buscáramos las similitudes de los mapas con otras formas de texto, podríamos observar para empezar que la especificación de topónimos es un rasgo claramente lingüístico. Como tales, esos elementos de los mapas están sujetos a los procesos normales de registro y comparación para establecer una línea de transmisión o una afinidad de versiones. La adopción de una ortografía modificada, la sustitución de los nombres indígenas por los de las potencias colonizadoras, la localización gráfica y la escala de los nombres, su relación tipográfica con un uso implícito, son dimensiones de significado simbólico en el texto verbal de un mapa. Puede que no construyan frases, pero son mensajes. Los principios de la crítica textual les son aplicables porque las palabras son definidas gráficamente, de hecho topográficamente, no gramatical ni sintácticamente. La diferencia, el fundamento esencial del significado en el lenguaje, al menos en parte es aquí una cuestión de distancia.

Pero lo que constituye un texto no es la presencia de elementos lingüísticos, sino el acto de su construcción. Como Roland Barthes dice de los textos como materiales del mito, todo lo que se necesita es que «presupongan una conciencia significante»⁹. Tradicionalmente, un mapa ha mostrado rara vez lo que cualquiera puede ver: su relación con la realidad es como la de las palabras con el mundo —casi por entero arbitraria, no mimética—. Como cuando vemos un paisaje porque ya hemos nombrado sus partes y buscamos lo que ya sabemos —«valle, roca y colina»*, así los mapas toman su significado en virtud de la comprensión convencional que se da a los signos y su es-

⁹ «Myth Today», en *Mythologies: Selected and Translated from the French by Annette Lavers*, Londres, Granada, 1984, p. 109 [ed. cast.: *Mitologías*, Madrid, Siglo XXI, 1980].

* Evocación de un verso del poema de William Wordsworth que comienza «Earth has not anything to show more fair». [N. del T.]

estructura en un texto particular. La expresión más primitiva de relaciones espaciales en un mapa es más simbólica que representativa, puesto que lleva aparejadas una escala y la omisión de los detalles. Así, los mapas celestes son testimonio de un excepcional poder de comprensión. El planisferio denota una ingenuidad que quizá se expresa con más claridad en las técnicas de proyección. Iluminación, coloreado, sombreado, caligrafía, puntos cardinales, líneas de latitud y longitud, todo esto atestigua una sofisticación creciente en el uso de dispositivos gráficos como formas expresivas. Otra convención de los mapas, en cierto sentido arbitraria, es su carácter selectivo, la decisión de seleccionar ciertos rasgos, pero no otros, para representar un medio. Distintos mapas nos cuentan distintas historias y asumen formas muy distintas, de acuerdo a su función o su perspectiva. Ptolomeo cartografiaba los cielos desde el suelo. Galileo los recartografió imaginando que estaba en el Sol. No vienen, por tanto, definidos por su asunto como tampoco libros, fotografías y películas. Ni vienen especificados por su materialidad. Ni son los únicos que tienen que ver con las relaciones espaciales, puesto que hay muchas clases de imágenes gráficas y cinéticas que también lo hacen.

Todos le debemos algo a la obra de Sarah Tyacke por haber trazado, en la historia de los mapas británicos, la importante relación de éstos con el comercio del libro¹⁰. Porque hacer, distribuir y vender mapas, como en el caso de las partituras musicales, ha sido sólo un caso particular en el más amplio comercio de la producción de textos, manuscritos, libros impresos, calcografías, aguafuertes, litografías o imágenes fotográficas, sobre papel o sobre cualquier otro material de calidades sumamente diferentes, usando tipos, tinta, prensas, formatos de libro, publicación por suscripción y un largo etcétera, explotando un abanico de mercados, tanto propios como extranjeros. El uso de mapas con un texto narrativo o explicativo, como en los relatos de viajes tanto reales como imaginarios, es sólo otro ejemplo de cómo cada modo de palabra e imagen comparte algo de la naturaleza del otro a la hora de contar una historia.

La mención del comercio de mapas implica un mercado y, por tanto, un uso intencionado. Los mapas también generan todas las cuestiones relativas a la intención y a la respuesta de los lectores, sin llevar aparejadas al mismo tiempo las complejidades que surgen de la excep-

¹⁰ Véase, en especial, S. TYACKE, *London Map-Sellers 1660-1720: A Collection of Advertisements for Maps placed in the «London Gazette» 1668-1719 with Bibliographical Notes on the Map-Sellers*, Tring, Map Collector Publications, 1978; S. TYACKE y J. HUDDY, *Cristopher Saxton and Tudor Map-making*, Londres, The British Library, 1980; y *English Map-Making 1500-1650: Historical Essays*, Sarah Tyacke (ed.), Londres, The British Library, 1983.

cional ambigüedad de esa clase especial de textos que llamamos literarios. En los mapas, la decisión de cuáles son los dispositivos usados para definir significado es clara. Establecen precisas relaciones entre los fenómenos físicos representados dentro del mapa como texto y, al asumir una lectura «correcta», también establecen una precisa relación entre el lector y el texto. Pero también pueden pluralizar la lectura. Por ejemplo, una vez definido un carácter dado por medio del color y el principio ampliamente aceptado de la separación de colores, es facilísimo crear una versión de un mapa que represente sólo, por ejemplo, ríos o sólo líneas de ferrocarril, etcétera. En otras palabras, el color es un instrumento creativo por combinación, al permitir tanto múltiples lecturas del mismo texto como múltiples relaciones dentro de él (por ejemplo, el cruce de un río azul y de la negra línea de ferrocarril implica —o al menos debería implicar— la nueva lectura de «puente»), pero también permite una serie de lecturas deconstruidas de caracteres individuales.

Nada menos que en la década de 1970, en su libro sobre la naturaleza de los mapas, Robinson y Petchenik podían todavía negar la idea de que el sistema de información existente dentro de un mapa no era ni un lenguaje ni un texto: «Los dos sistemas, mapa y lenguaje», escribieron, «son esencialmente incompatibles»¹¹. Sus objeciones eran las habituales de que el lenguaje es verbal («modelos significantes de sonidos vocales» es su definición), que las imágenes no tienen un vocabulario, que no hay gramática y que falta la secuencia temporal de una sintaxis. Esa definición de lenguaje lógicamente conlleva un concepto limitado de texto:

Como le sucede al lector de un texto, quien percibe un mapa entiende algo de la información en cuestión por medio de una compleja interacción entre ojo y cerebro. Pero hay algunas diferencias que son fundamentales entre el lector de un texto y quien percibe un mapa: el lector de un texto tiene que seguir una particular secuencia en sus actos de percepción visual y tiene que relacionar sus estímulos visuales con un sistema de sonidos y significados antes que con otro sistema de imágenes visuales. Si uno simplemente «mira» un conjunto de letras-caracteres, el proceso nunca se llama «lectura». El que percibe un mapa, en cambio, puede entrar y de hecho entra en el conjunto gráfico por cualquier punto; puede parar en cualquier

¹¹ A. H. ROBINSON y B. BARTZ PETCHENIK, *The Nature of Maps: Essays toward Understanding Maps and Mapping*, Chicago-Londres, University of Chicago Press, 1976, p. 43.

punto; y a menudo relaciona los estímulos visuales con otros estímulos visuales, antes que con un sistema de sonidos¹².

Para ellos, los mapas son mudos, visuales, espaciales y atemporales. No es mi intención defender que los mapas constituyen un lenguaje en ese sentido tan estricto, simplemente que, como construcciones que emplean un sistema de signos convencionales, constituyen textos y que, no como libros, pero sí como textos, los principios bibliográficos también los abarcan. Autores más recientes se han hecho eco de los avances en la teoría de los sistemas de lenguaje, pero por desgracia los dos principales teóricos de la cartografía se resisten a aceptar los usos más abiertos de los conceptos de lenguaje y texto. Han sido empleados ya, por ejemplo, por teóricos del cine que han tenido que resolver muchos de los mismos problemas de definición y teoría general. Pienso en particular en Christian Metz, cuyo *Essai sur la signification au cinéma* de 1968, disponible en inglés desde 1974 como *Language and Cinema*, se ha ocupado de ellos con detalle¹³.

Debo aclarar que hablo de mapas sólo como alguien que reflexiona sobre los paralelismos que presentan con un campo que le es más familiar. Parece, por ejemplo, que la llegada del ortofotomapa, que presenta una imagen de la superficie «natural», genera el mismo tipo de preguntas sobre el objeto «mapa» como información computerizada que hoy nos hacemos a propósito del objeto «libro». También sucede con la que me parece que llaman «cartografía digital y tele-detección remota». La cartografía computerizada lleva aparejada una programación altamente intencional y la manipulación de gráficos en formas que también crean una secuencia temporal, como la que tenían los mapas celestes en forma de astrolabio o de esferas armilares, con cuya ayuda los astrónomos estuvieron leyendo los cielos durante siglos. La creación de imágenes cartográficas por medio de impulsos eléctricos desde el espacio exterior —aunque sería lo mismo desde cualquier punto terrestre—, supone el uso del sonido en un medio

¹² *Ibid.*, p. 45. Sobre esta cuestión, véase Camille, «The Book of Signs», p. 135: «La mejor forma de representación para refutar la argumentación de la naturaleza no lingüística de la visualidad y para entender cómo una imagen puede funcionar sobre los mismos complejos niveles semánticos como un texto es el diagrama medieval. Era legible como *scriptura* y totalmente dependiente de su presentación como *pictura*». Véase también J. B. HARLEY, «Meaning and Ambiguity in Tudor Cartography», en *English Map-Making*, pp. 22-45, especialmente nota 103, p. 45: «Es necesario un estudio sistemático de la "alfabetización cartográfica" en la Inglaterra de la alta Edad Moderna siguiendo el modelo de D. Cressy, *Literacy and the Social Order, Reading and Writing in Tudor and Stuart England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980».

¹³ C. METZ, *Language and Cinema*, The Hague, Mouton, 1974 [ed. cast.: *Ensayos sobre la significación en el cine*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972].

físico que se transforma en luz. No es propiamente voz convertida en gráficos, pero incluso las definiciones hechas a mediados de la década de 1970 empiezan a todas luces a perder fuerza. El uso metafórico de la palabra «mapa», en expresiones como «tracemos el mapa de nuestro proyecto», se extiende fácilmente a conceptos ajenos a su medio específico y se reproduce en los gráficos de una pantalla tan fácilmente como en un mapa tradicional.

Al menos, deberíamos preguntarnos por el control bibliográfico de los mapas del tiempo, que cambian sus formas sin cesar en los cuartos de estar del 98 por 100 de la población, sobre cuándo detener una imagen cinética para obtener un registro de ella para la posteridad. Pero esos problemas son comunes a toda clase de textos, sobre todo a los performativos, y creo que todos deberíamos pensar abstractamente sobre cómo enfrentarnos a estas preguntas. Los futuros historiadores de la cartografía que tengan que producir para los climatólogos un registro de las transiciones de un estado climático a otro posiblemente no podrán hacerlo, viendo frustrados sus diagramas, por nuestra incompetencia a la hora de crear un principio bibliográfico adecuado.

Volviendo a las formas en las que los mapas pueden tener significado como textos, pienso que merece destacarse lo que resulta obvio por sus repercusiones humanas: que los signos, tanto verbales como no verbales, pueden también expresar significados ideológicos. En cuanto tales pueden funcionar como potentes instrumentos para el control político o para expresar aspiraciones políticas. La proximidad visual de territorios, la definición fronteriza que ofrecen los límites de carácter lingüístico, etnográfico, religioso o político puede constituir un correcto registro de distintas realidades, pero las cuatro formas rara vez coinciden entre sí con total exactitud. Una definición visual de una de ellas puede ser políticamente subversiva para otra.

La obra teatral de Brian Friel *Translations* [Traducciones] es un lúcido estudio de esa dimensión de los mapas como textos y de las implicaciones económicas, políticas y culturales de la toponimia. Su acción comienza en 1823 en una escuela remota en una comunidad de habla gaélica en el Condado de Donegal, donde un destacamento de los Royal Engineers recién llegado está haciendo el primer mapa de estado mayor. Con propósitos cartográficos «cada colina, corriente de agua, roca, incluso cada parcela de tierra que tenía su propio nombre particular en irlandés» tenía que ser anglicanizado «bien modificándolo en su sonido inglés aproximado o bien traducéndolo al inglés. Por ejemplo, un nombre gaélico como Cnoc Ban podía convertirse en Knockban o —directamente— Fair Hill»¹⁴. Es una obra teatral llena de implicaciones para mi propio país

¹⁴ B. FRIEL, *Translations*, Londres, Faber and Faber, 1981, p. 34.

donde, en 1985, los maoríes reclamaron oficialmente una de las más hermosas montañas de Nueva Zelanda que la cartografía británica había convertido en Egmont. Como Taranaki, recupera hoy su historia más antigua.

La cuestión tiene que ver con el *status* de las imágenes como textos. William Ivins y Roland Barthes se han ocupado de este tema tan profundamente que quizá ya resulta incuestionable. El análisis de Ivins sobre la importancia de los procesos tecnológicos en la determinación de cómo leemos una imagen —por ejemplo, el grabado de las pinturas borra su textura y saca a relucir, en cambio, su composición e iconografía— fue notablemente premonitorio¹⁵. Barthes ha ampliado el análisis estableciendo la vinculación de la fotografía con los grabados. Puede que la cámara haya hecho superfluas las capacidades interpretativas y los sistemas de signos convencionales del dibujante y del grabador, pero la fotografía funciona textualmente como una construcción interpretativa al menos de dos maneras.

Primero, cualquier fotografía es hoy reconocida como un objeto de arte: el marco circunscribe el contenido; distintas selecciones, de película, lentes, filtro, apertura, exposición y luces, ponen límites físicos a la forma de la imagen; se pueden introducir gran número de modificaciones durante el proceso, lo que puede afectar a toda la imagen o a parte de ella; y, por supuesto, la calidad del papel, el tamaño y el medio en el que se ve también determinarán las lecturas posibles.

Segundo, Barthes demuestra que la fotografía sólo adquiere significado «por la existencia de un depósito de elementos previos dotados de significación (ojos elevados hacia el cielo, manos estrechadas)». Esas pervivencias tienen, por supuesto, una larga historia, no sólo en la expresión gráfica de la emoción, sino en la retórica de los gestos. Cuando lee la cara de la Garbo o los flequillos romanos de la película de Mankiewicz *Julius Caesar*, encuentra un texto cultural. En «Fotogenia electoral», escribe: «la fotografía de rostro completo subraya la mirada realista del candidato, especialmente si lleva gafas escrutadoras»; y «casi todas las fotos de rostros tres cuartos son ascensionales, la cara se levanta hacia una luz sobrenatural que la eleva, y la eleva hacia el reino de una humanidad superior...»¹⁶.

Tales comentarios parecen hoy casi inocentes si pensamos en cómo estamos expuestos a la codificación profesional de la «sinceridad» en la publicidad y la política, pero Barthes hizo una gran contribución al ocuparse con tecnología renovada de las prácticas del pasado y exponiendo la verdadera naturaleza de los textos que leíamos.

¹⁵ W. M. IVINS, JR., *Prints and Visual Communication*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1953 [ed. cast.: *Imagen impresa y conocimiento. Análisis de la imagen prefotográfica*, Barcelona, Gustavo Gili: 1975].

¹⁶ En *Mythologies*, pp. 92-93 [ed. cast.: *Mitologías*, Madrid, Siglo XXI, 1980].

En los cómics de Shakespeare pueden encontrarse de forma más evidente los mismos dispositivos de despliegue manipulado que son característicos de cada época. Las palabras se hacen ruidos con sonido visual (¡¡ARRGH!!, en mayúsculas, con dobles exclamaciones) y la división secuencial de la acción dentro de marcos —como en el famoso *Terencio* de Estrasburgo de Johann Grüniger de 1496*— casi pone las imágenes en movimiento. «Hay repentinos cortes de tiempo y de lugar, ángulos de cámara que cambian rápidamente, una mezcla de planos lejanos y tomas cortas, un completo registro de efectos de montaje»¹⁷. Pero, al contrario de las películas, se puede parar la acción, hacerla avanzar o retroceder, cambiar el énfasis y el *tempo*, ampliar a toda página una imagen expansiva y liberadora, atiborrarla de pequeños paneles para crear un sentimiento de claustrofobia, afilar los ángulos para expresar paranoia o usar imágenes terribles para sugerir esquizofrenia. La colocación de bocadillos para dotar de secuencia temporal a los versos ha sido ingeniosamente ideada para crear un texto que, como el mismo teatro, combina lo verbal, lo visual, lo gestual y lo colorístico, en una regeneración que responde a lo que los editores conciben como nuevas —por así decirlo— necesidades culturales.

Me apresuro a añadir que no estoy aprobando que esto sea correcto para Shakespeare, sino simplemente subrayando que tal construcción de palabras y gráficos es un complejo texto compuesto que intenta comunicar en el impreso al menos algunos de los elementos de la representación.

La relación de la crítica textual con las realidades de la producción teatral siempre ha sido de una impotencia desconcertante. El texto dramático no es sólo sumamente inestable, sino que, cualquiera que sea el argumento, no es más que un pretexto para la ocasión teatral y sólo una parte constituyente de ésta.

Las fuentes de un evento como éste son el dramaturgo, el director, el diseñador, el compositor, los técnicos; sus mensajes se transmiten con el cuerpo, la voz, el vestuario, los accesorios, el decorado, las luces; las señales se hacen por medio de movimientos, sonido, color, incluso olores; ondas lumínicas y sonoras canalizan los mensajes de palabra, gestos, música y formas escénicas a los sentidos —ante todo ojos y oídos— de un auditorio. Estos lectores-receptores los interpretarán de forma variada y responderán con risa, lágrimas, bostezos,

* *Comoediae, cum directoriis vocabulorum et sententiarum necnon cum glossa interlineari et commentariis Aelii Donati, Guidonis Juvenalis et Jodoci Badii Ascensii*, Argentinae, Johann (Reinhardi) Grüniger, 1 de noviembre, 1496. [N. del T.]

¹⁷ Cito aquí una reseña de Bill Manhire de las ediciones de *Macbeth*, ilustrado por Von, y de *Othello*, ilustrado por Oscar Zárate, Londres, Sidgwick and Jackson, 1982, 1983; en *The New Zealand Listener*, 19 de enero de 1985, p. 34.

aplausos, silbidos, abucheos e incluso marchándose antes del final. Estas respuestas, a su vez, ayudan, o estorban, a los actores en sus papeles. Como señalaba Tomás Moro en el Libro I de su *Utopía*, si el público y los actores no consiguen respetar las convenciones que hacen posible que este complejo texto se haga realidad, se producirá una confusión total. El abanico de códigos y subcódigos que operan aquí es extremadamente amplio. Funcionan en movimiento, espacio, vestuario, maquillaje, decorados, música, arquitectura, retórica, así como en las formas ideológicas con las que trabajan los actores individuales y en las relaciones dialécticas del argumento de la obra dramática, o la compañía que la representa, con la comunidad para la que ha sido escrita.

Estas últimas consideraciones –si quieren, la dimensión sociológica de la producción y la recepción– confirman la naturaleza textual de cada elemento de una obra dramática. Bajo ciertas condiciones de censura, por ejemplo, el color puede ser altamente significativo; y por supuesto un hecho teatral incluye casi todos los rasgos de las técnicas de la representación oral, de la repetición a la improvisación y la interacción con los espectadores. Es quizá en este contexto donde los textos son mejor entendidos no como artefactos fijos y determinados en un medio específico, sino como una potencialidad. Todas las versiones implican una forma ideal que nunca se completa del todo, que sólo es percibida y expresada parcialmente por cada una de ellas. Como tal, el texto dramático, igual que el concepto de Sterne de su *Tristram Shandy*, difiere sólo en grado de las formas dinámicas de los gráficos computerizados.

Al hablar de Panizzi en un reciente programa de la BBC sobre la British Library, Alex Wilson dijo:

Creo que si Panizzi viviera hoy –como les digo a algunos de mis colegas más conservadores– él sería más radical, más atrevido, miraría más hacia adelante, tendría el ordenador más grande que hubiera. Era un hombre para el cambio y la adaptación, tanto como un hombre para la tradición¹⁸.

Me parece absolutamente cierto. Y Panizzi, quien, deberíamos recordarlo ahora, editó el *Orlando Furioso* de Ariosto y el *Orlando Innamorato* de Bojardo, creo que no habría aceptado la informática simplemente como una mera ayuda tecnológica, más eficaz que otras para la realización de ciertos trabajos. Se habría preguntado: ¿cuál es el principio intelectual unificador con el que se relaciona con los

¹⁸ Emitido el 18 de noviembre de 1985.

libros? El propio Salón Redondo de Lectura se ha convertido, por supuesto, en su propia imagen expresando su percepción de la unidad del conocimiento. Pero me gustaría recordarles una tempranísima afirmación en su estudio sobre Ariosto:

La opinión general ha sido que el *Orlando Furioso* es una colección de varios poemas sobre asuntos distintos; y el número y la denominación de esos asuntos se ha determinado según la idea que cada crítico o comentador se ha formado de la obra. Pero hasta ahora nadie ha intentado descubrir si podría haber en el *Orlando Furioso* un asunto principal del cual dependieran o se derivasen todos los otros; si las distintas ramas de este árbol impresionante, aunque tan ampliamente desplegadas, no podrían nacer de un solo tronco, oculto al ojo por su propio follaje exuberante¹⁹.

Ojalá yo pudiera aplicar esta imagen de manera tan oportunamente renacentista: ese principio de unidad que Panizzi estaba buscando en el *Orlando Furioso* es nada menos que el asunto de la investigación bibliográfica hoy. Lo que parecen ser las diferentes ramas, cada una con su propio follaje exuberante, son los distintos medios en los que los textos son almacenados y transmitidos. Pero el tronco oculto, único, la fuerza del principio animador que fluye por cada rama, es el texto.

Para aplicar esta imagen incluso de forma aún más específica, me gustaría poner un ejemplo concreto que refleja la relación entre los ordenadores y los libros y que puede afectarnos a cualquiera.

El 11 de noviembre de 1985, al amparo de la ley de protección de datos de 1984, a unos cuatrocientos mil usuarios de ordenadores en Gran Bretaña se les exigió que declarasen su conformidad con la ley que protegía a las personas del mal uso de los datos personales almacenados en ordenadores. Desde marzo de 1986, cualquiera podría exigir por vía judicial compensación por daños y perjuicios causados por la pérdida, destrucción, inexactitud o revelación no autorizada de la información y podrían hacer que se corrigiese el texto que contuviese errores. Desde noviembre de 1987, tuvieron derecho a acceder a la información personal que sobre ellos estuviese almacenada en ordenadores. Pero todos estos derechos legales de enmienda, corrección y acceso no se aplican a la misma información –el mismo texto– si está almacenado en las tradicionales carpetas escritas, mecanografiadas, apiladas.

¹⁹ ARIOSTO, *Orlando Furioso*. Con una semblanza biográfica y notas de Antonio Panizzi, 4 vols., Londres, Pickering, 1834, I, p. xcvi.

Uno puede, por supuesto, entender las razones de oportunidad para tal distinción —consideraciones de propiedad, escala, tipo de acceso, etc.—. Pero de dos personas afectadas de forma distinta según la diferente manera en la que la información sobre ellos ha sido almacenada, uno podría muy bien sentir que se había perdido el concepto unificador y central de «el texto». Una persona tiene acceso, y derecho de enmienda, y puede revisar el texto; la otra no lo tiene y no puede hacerlo. Al defender la centralidad de un principio textual en bibliografía, cualquiera que sea la forma específica que el texto adopte, no estoy negando que tengamos que recuperar en último término hasta el menor detalle de cada tipo de texto y el profesionalismo, la erudición, adecuadas para cada uno; pero justamente hoy parece más necesario que nunca recuperar la unidad en su diversidad.

En ese rico texto donde se ocupa de tantas de estas cuestiones*, Milton tranquiliza a los que se inquietaban por la división de la verdad en grupos y corrientes. «¡Insensato!», exclamó ante uno de ellos, acaso no ves «la firme raíz de la que todos surgimos, aunque en distintas ramas».

* Se trata de la *Areopagitica*, § 75. [N. del T.]

LA DIALÉCTICA DE LA BIBLIOGRAFÍA HOY

En las dos conferencias anteriores he contrapuesto de forma sucinta dos conceptos de «texto». Uno es el texto sancionado por un autor, fijo e históricamente definible. El otro es el texto como algo siempre inconcluso y, por tanto, abierto, variable, sujeto a un perpetuo rehacerse por parte de sus lectores, sus ejecutantes o sus espectadores.

Hacer hincapié en el primer concepto supone ratificar los postulados habituales de la erudición histórica: recuperar como algo objetivamente posible la significación de un texto para cuantos fueron sus responsables a partir de su propia realidad material. Para conseguirlo, según he propuesto, es preciso disponer de algún concepto de significado propio del autor, examinar con todo cuidado las funciones expresivas de las formas de transmisión del texto e, igualmente, considerar su recepción por parte de un auditorio o un público lector. Como objeto localizable, descriptible, atribuible, fechable y explicable, el texto como forma susceptible de ser registrada es, preeminentemente, un hecho *bibliográfico*. Su relación con todas las demás versiones y, por su parte, su relación con todos los otros textos registrados son, también, preeminentemente hechos bibliográficos. Ninguna otra disciplina —ni la historia ni la crítica— dispone de tal abanico de fenómenos textuales y de los medios técnicos necesarios para ocuparse de todos los aspectos de su producción, distribución y consumo. Al ser de su incumbencia el único elemento común a toda investigación —el objeto textual en sí mismo—, la bibliografía puede ser un medio esencial a través del cual recuperar el pasado.

Para ilustrar una parte de este razonamiento —la relación de la forma con el significado en los libros impresos— me gustaría considerar los casos de John Locke y de James Joyce. Locke estaba tan preocu-

pado por las dificultades que encontraba para comprender el sentido de las epístolas de san Pablo que decidió ir directamente al meollo del asunto. En 1707 publicó *An Essay for the Understanding of St. Paul's Epistles. By Consulting St. Paul himself* [Ensayo de comprensión de las epístolas de san Pablo por medio de la consulta a san Pablo mismo]. En este ensayo se plantea expresamente la cuestión de la intención del autor y la importancia de la forma tipográfica en su ocultamiento o en su revelación. Más que eso, supone que, caso de que no se proceda correctamente, se pueden derivar consecuencias sociales y políticas de extrema gravedad. Sus problemas al leer las epístolas los atribuye a:

El haberlas dividido en capítulos y versículos, [...] debido a lo cual están tan partidas y fragmentadas, y aparecen tan quebradas y divididas por la forma en que ahora están impresas, que no sólo la gente común toma por lo general los versículos como aforismos aislados, sino que incluso hombres de más avanzado conocimiento al leerlos no alcanzan mucho de la intensidad y fuerza de su coherencia, y la luz que a ella se debe.

Locke se queja de que el ojo sea «constantemente moleestado con sentencias sueltas, que por su disposición y su separación parece que son fragmentos distintos». Su razonamiento sobre la práctica editorial y tipográfica tiene, tal y como lo desarrolla, repercusiones de largo alcance:

[...] si se imprimiera una Biblia como debiera y como sus distintas partes fueron escritas, en discursos con continuidad donde el razonamiento se puede seguir, no dudo que los distintos Partidos se quejarían de ello como una innovación y un peligroso cambio en la publicación de esos santos Libros [...] tal como se presenta hoy el asunto, quien lo pretenda puede convertirse con facilidad en un notable campeón de la verdad, es decir, de la doctrina de la secta cuya suerte o interés lo animen. Necesita apenas proveerse de versículos de las Sagradas Escrituras que contengan palabras y expresiones que resulten acomodables [...] y su sistema, que las ha incorporado a la ortodoxia de su iglesia, las convierte inmediatamente en argumentos fuertes e irrefutables de su opinión. Éste es el beneficio de las sentencias sueltas y de las Escrituras desmigadas en versículos que rápidamente se convierten en aforismos independientes.

Estas observaciones demuestran que Locke creía que la forma en la que un texto estaba impreso no sólo afectaba de manera radical a

los modos en los que podría ser leído, sino que incluso podría ser fuente de una disensión civil y religiosa. Luego, plantea la cuestión de la intención del autor. Impresas en forma de versículos, las epístolas frustraban los intentos de aquellos lectores inquisitivos y discretos que, como él mismo, se proponían «*ver en las Epístolas de san Pablo justamente lo que él pretendía decir; mientras que esos otros de mirada más rápida y frívola podrían ver en ellas lo que quisiesen*». Para Locke, una condición esencial para poder desentrañar el verdadero significado era una adecuada disposición del texto, de forma que uno pudiera ver «*hacia dónde se dirige el juicio del autor visiblemente por sí mismo*». Añade, entonces:

Y quizá si lo examinamos bien, no sería una paradoja extravagante decir que son menos los que llevan sus opiniones a la Sagrada Escritura para ser juzgados por esa Ley infalible, que los que llevan la Sagrada Escritura a sus opiniones para someterla a éstas, para hacerse, como pueden, una coartada y una guarda para ellas. Y a este propósito el dividirla en versículos y el reducirla, hasta donde se pueda, a aforismos sueltos y generales, la hace más útil y práctica.

Esto se confirma una y otra vez en todos los debates públicos sobre materias morales. El más reciente que conozco es el que se produjo a propósito de un proyecto para la reforma de la Ley sobre Homosexualidad presentado ante el Parlamento de Nueva Zelanda donde, durante casi un año, los parlamentarios lanzaron versículos bíblicos desde una parte de la Cámara a la otra como dardos de papel en un aula de colegio. Su enjundia era igualmente pueril, era una confusión absoluta, rebajaban la seriedad del debate, generando pasiones que provocaron un serio desorden civil. Se trataba, en 1985, de una repetición exacta del razonamiento de Locke de 1707.

De la obra de James Joyce pueden entresacarse algunos ejemplos menos inflamados de esta relación entre formas librarias y significado textual. La edición «crítica y sinóptica» del *Ulysses* de Garland, aparecida en 1984, ha sido bienvenida como una impresionante obra de erudición¹. Ofrece, en efecto, una lectura paralela de la novela en atención a un «texto plural y complejísimo que propicia la dinámica de un desarrollo textual ilimitado». Sobre una página tenemos una deconstrucción editorial de las distintas piezas materiales en sus sucesivos momentos de transmisión y modificación por parte de meca-

¹ *Ulysses: A Critical and Synoptic Edition*, edición de Hans Walter Gabler, con Wolfhard Steppé y Claus Melchior, Nueva York, Garland, 1984.

nógrafos, impresores y por el propio Joyce en la corrección de pruebas. En la página de enfrente aparece una nueva construcción de la obra, pretendidamente implícita en el desconcertante detallismo genético que se le opone, pero que explícitamente pretende estar más autorizada que ninguna otra forma definitiva de la obra que hubiese llegado a conocer el propio Joyce. Se asegura que se trata de «el texto manuscrito completo corregido en su último nivel de desarrollo compositivo».

Teniendo en cuenta lo ambicioso de la propuesta, era imposible que la nueva edición tuviera la misma forma material que tuvo el *Ulysses* cuando se publicó por primera vez. Por eso sentí cierta curiosidad por que John Kidd me desvelase cómo la edición de 1922 muestra a Joyce manos a la obra para hacer que las formas del libro tuvieran un significado textual, reescribiendo las pruebas en una interrelación creativa con la disposición del texto sobre la página y haciendo de la paginación un texto, con marcas, límites y divisiones relacionados directamente con su forma final de «libro». Aunque resultan sumamente definitivas de aquella edición de 1922, tales lecturas se pierden automáticamente en cualquier nueva disposición que no mantenga una forma idéntica a la original. Por lo tanto, se han perdido en la nueva edición de 1984, simplemente porque su forma material es incompatible con ellas².

Deberíamos haber sospechado que de cuantos autores hay sería Joyce el que pusiera al libro, como tal medio, a trabajar, teniendo en cuenta lo que hace con toda conciencia en *Pomes Penyeach* [Poemas manzanas]. Su superstición sobre el número 13 está bien documentada («Este año va a ser todo él un problema para mí», le escribió a Harriet Becher Weaver en 1921, añadiendo entre paréntesis « $1+9+2+1=13$ »). Su madre murió el 13 de agosto de 1903 y cuando publicó el poema que le había dedicado en *Pomes Penyeach* lo colocó en el decimotercer lugar en el libro y lo tituló «Tilly» —como en la expresión «Twelve and a Tilly», es decir, trece por docena o una docena de fraile*—. Sus 12 líneas de texto más el título repiten la idea de reconocer y negar la

² Los dos principales trabajos cuyos ejemplos me ha permitido amablemente citar el Dr. KIDD son: «Thirteen. Death's Number». *Structural Symbolism in Ulysses*, presentado en la Second Provincetown Joyce Conference, junio de 1983; y «Errors of Execution in the 1984 *Ulysses*», presentado a The Society for Textual Scholarship, Nueva York, abril de 1985. Véase también su contribución a *The Irish Literary Supplement: A Review of Irish Books* (otoño, 1985), pp. 41-42.

* «Tilly» del gaélico *tuilleadh*, medida añadida que se regala al comprador. En *Shakespeare and Company*, Sylvia Beach explica que Joyce le llevó trece poemas «y me preguntó si quería encargarme de imprimirlos: una docena y uno de más que tenían que venderse por un chelín, igual que las mercancías de aquella vieja que vendía manzanas en el puente sobre el Liffey». [N. del T.]

realidad del número 13 y sus asociaciones. El precio de *Pomes Penyeach* era un chelín, o sea 12 peniques por 12 poemas, con un decimotercero gratis.

Estoy muy agradecido al Dr. Kidd por darme a conocer y permitirme usar aquí este ejemplo y los que siguen a continuación. Los primeros son sencillos, meramente indicativos. Al leer una carta de su hija Milly, que acababa de cumplir 15 años el 15 de julio, Bloom dice «Quince años ayer. Curioso, también el quince del mes». Más revelador, la revisión de Joyce en pruebas divide la carta en 15 frases. Sin embargo, los esfuerzos editoriales por «corregir» la sintaxis y la puntuación adolescentes de Milly, volviendo a anteriores versiones, han cambiado el recuento y, por tanto, oscurecido el sentido. Asimismo, el pasaje en el que Bloom piensa en la velocidad a la que caen los objetos («treinta y dos pies por segundo») es revisado una vez impreso para colocarlo en la frase trigésimo segunda del párrafo, de modo que la vuelta a lecturas anteriores, como se hace en la edición de 1984, oculta tal convergencia de signo y sentido. En la página 88, Joyce añadió en pruebas una frase de ocho palabras con el fin de ampliar una noticia necrológica de periódico. Dice: «De 88 años, tras larga y molesta enfermedad». En la página 77 añadió en pruebas la frase «séptimo cielo»; y en la página 360, Bloom medita sobre las órbitas.

Constituye un lugar común que el *Ulysses* relata la experiencia vital de un día y de una noche, así como toda una vida reducida a ese único día y a esa única noche. Esas correspondencias básicas salen a relucir con la mayor maestría en el modo en el que Joyce las desarrolla al corregir pruebas. 1904 fue un año bisiesto. Puesto que tal circunstancia se menciona cuatro veces en el libro, Joyce tenía que ser plenamente consciente de ello. El número total de días y noches de un año bisiesto es dos veces 366, o sea, 732. El texto de la edición de 1922 del *Ulysses* tiene precisamente 366 hojas o 732 páginas. En una carta personal, el Dr. Kidd me escribe:

Se divide uniformemente en sendas mitades diurna y nocturna. El sol se pone en el capítulo «Nausicaa» al borde del mar, sin ocultarse bruscamente, sino con un desvanecerse gradual, hasta que la luz del día y la conciencia de Leopold Bloom se extinguen en la página 365. El resto del libro se desarrolla en la oscuridad [...] Bloom, sentado donde la tierra y el mar se unen, asistiendo al último brillo de la luz del solsticio de verano y, observando el perfil semicircular de la Bahía de Dublín, piensa que ha de haber un orden divino: «Hecho a medias con todo propósito».

Tal simetría apareció por última vez en la edición del *Ulysses* de la Odyssey Press publicada en Hamburgo en 1932. Se editó en dos

volúmenes. La parte final del primero incluye la frase «Hecho a medias con todo propósito», invitando al lector a pasar al volumen segundo, el nocturno, tras un día completo con Bloom.

Creo que los ejemplos del Dr. Kidd ilustran la fuerza de al menos una mitad de mi razonamiento: que los libros *pueden* ser sutiles formas expresivas y que los criterios editoriales que lo ignoren probablemente producirán un texto deficiente, a la luz de lo propuesto por el autor, aunque no tengo intención de criticar la edición Garland, que tiene sus propios objetivos particulares. Joyce se las ingenió para que la publicación de la edición de Shakespeare and Company de 1922 coincidiese con su cumpleaños. Recibió las primeras dos copias ese día, el segundo del segundo mes de 1922. Algunos estudiosos de Joyce pueden, entre lamentos, caer en la cuenta de que ese día también se celebra la fiesta de la purificación.

Me gustaría ahora retroceder hacia aquel otro concepto contrapuesto de «texto» y a su naturaleza abierta, variable, indeterminada. En este sentido —el sentido en el que los recientes editores de *Ulysses* lo han empleado—, el «texto» es de alguna manera independiente de los elementos materiales que en un momento concreto le han dado forma. Esto supone reconocer también que ningún texto de cierta complejidad proporciona un significado definitivo. La unidad aparente de los textos «fijados» —sea en la forma de manuscrito, mapa, película o archivo informático— es una ilusión. Como tal lenguaje, sus formas y significado derivan de otros textos; y a medida que lo oímos, lo miramos o lo leemos al mismo tiempo lo reescribimos. La expresión inglesa para libro de texto o manual, «text-book», tal y como fue definida por vez primera por Nathan Bailey en su *Dictionary Britannicum* de 1730, nos recuerda este principio: «Text-Book (en las universidades) es un autor clásico que los estudiantes escriben dejando muchos espacios en blanco donde intercalar la interpretación dictada por el Maestro, etc.». Cada estudiante hace su propio texto.

Aceptado esto, volvamos al punto de partida. Sean cuales sean sus metamorfosis, las diferentes formas materiales de un texto y las intenciones a las que sirven, los textos tienen que ver con personas, lugares y tiempos específicos. Esto supone un problema sólo si aspiramos a obtener significados absolutos e inmutables. De hecho, el cambio y la adaptación son condiciones de su ser leídos. El texto crítico y sinóptico del *Ulysses* de 1984 ha modificado materialmente todas las versiones anteriores en el acto mismo de repetirlas. Se ha convertido a su vez en un nuevo hecho *bibliográfico*; y son esos hechos los que constituyen la materia primaria de cualquier historia de los significados. Sólo ellos hacen posible, en su secuenciación, una visión del cambio cultural. Por tanto, la aparente contradicción entre los dos conceptos de «texto», el cerrado y el abierto, considerada desde un

punto de vista bibliográfico, desaparece sin más. No obstante, en esto último hay algunos puntos sobre la naturaleza de la bibliografía que sería necesario aclarar.

En primer lugar, se supone que se encarga de la descripción de todos los textos registrados. En principio, es global y por tanto indiscriminada. Todas las colecciones nacionales formadas en gran parte gracias al depósito legal muestran cómo opera este principio no elitista, no canónico, no genérico, universal. La existencia de redes internacionales lo extiende aún más. En último término, todas las bibliografías sobre una materia, una persona o una colección no hacen otra cosa que contribuir al ideal de control bibliográfico universal. Por ello, hace posible el descubrimiento de cualquier posible relación entre un texto y otro —en cualquier momento, en cualquier lugar y en cualquier forma—. En otras palabras, la bibliografía es el medio por el cual establecemos la unicidad de todo texto particular, así como el medio por el que somos capaces de revelar todas sus dimensiones intertextuales.

En segundo lugar, puesto que la bibliografía debe registrar y explicar las formas materiales que transmiten significado, tiene una función interpretativa que complementa y modifica el análisis puramente verbal. En principio puede cumplir esta función con cualquiera de las formas en las que se transmiten los textos, no sólo con los libros impresos. Por tanto, es igualmente pertinente, como tal disciplina, para todas las estructuras de significado que son registrables y discernibles.

En tercer lugar, admite sin prejuicio la construcción de nuevos textos y sus formas. El caso más obvio es la combinación de versiones, la escritura de nuevos libros a partir de los antiguos. La construcción de sistemas como archivos, bibliotecas y bases de datos es otro. En todos los casos, los elementos a partir de los cuales son contruidos son objetos bibliográficos. Un ejemplo sería la venta y dispersión de, digamos, la biblioteca de un erudito del siglo XVII: entonces reconocemos el *status* de una biblioteca como texto o metatexto y su significado biográfico e intelectual.

En cuarto lugar, la bibliografía por su propia naturaleza y no tan sólo como efecto parcial de alguna función más esencial ha de ocuparse específicamente de los textos como productos sociales. La dinámica humana e institucional de su producción y consumo tanto en la actualidad como en el pasado, me ha llevado a sugerir que la expresión «una sociología de los textos» podría ser una definición válida de su auténtico campo de acción.

Debo volver a algunos ejemplos de textos no librarios e intentar exponer las razones por las que pienso que son de la incumbencia de la bibliografía. Para hacerlo, creo que merece la pena recordar la opinión de Hobbes en *Leviathan* de que

La invención de la *imprensa*, aunque ingeniosa, comparada con la invención de las *letras* no es gran cosa... Pero la más noble y provechosa de todas las invenciones fue la del HABLA, que consiste en *nombres y denominaciones*, y en su conexión³.

Se nos recuerda lo que hoy tenemos que volver a aprender: que la imprenta es sólo una fase en la historia de la transmisión textual y que corremos el riesgo de sobredimensionar su importancia. La relativamente reciente introducción de la imprenta en las sociedades analfabetas rara vez corrobora nuestra perspectiva tradicional de su eficacia como agente de cambio. Incluso en nuestra propia sociedad, el texto oral y la imagen visual no sólo han pervivido (aunque beneficiándose de la imprenta), sino que han recuperado su *status* entre los principales modos de discurso con unas posibilidades de proyección incluso mayores. Los orígenes de tal resurgir son más antiguos que lo que podríamos suponer: el telégrafo y la fotografía, el teléfono y el fonógrafo e incluso la misma cinematografía son todos inventos decimonónicos. De manera retrospectiva, se comprende bien el fracaso del modelo de biblioteca pública en el desarrollo de formas de control bibliográfico, archivo adecuado y correcto acceso público. No obstante, la fuerza acumulada de esos nuevos medios, junto a otros aún más recientes como la televisión, cinta magnética, disco óptico y ordenadores, y la significación de los textos en ellos registrados, es hoy tan grande que sería inexcusable seguir ignorándolos.

Un historiador social del futuro que escribiera sobre la necesidad y el atractivo de, por ejemplo, la política de «la ley y el orden» en la década de 1980 encontraría accesibles y pertinentes textos tradicionales como novelas, obras dramáticas, noticias periodísticas sobre la violencia en el fútbol, registros oficiales de los debates parlamentarios y legislación. Pero sería muy poco exhaustivo si no tuviera en cuenta la televisión. Pienso en concreto en un fragmento de un reciente espacio de noticias. En una escuela se les preguntaba a unos niños pequeños si les gustaba ver programas que contuvieran escenas de violencia. Los ojos de un chiquillo se iluminaron cuando contó al reportero lo excitante que le parecían, cómo le hacían querer ser tan fuerte, perseguir, dar patadas y derribar a la gente. «¿Qué quieres ser cuando seas mayor?», le preguntó el reportero. La respuesta inmediata fue: «policía». No quiero ocuparme ahora de la interpretación del texto, aunque sí de observar que *es* un texto y que acceder a él en el futuro sería con toda seguridad extremadamente revelador, no sólo

³ T. HOBBS, *Leviathan Or the Matter, Forme, and Power of A Commonwealth Ecclesiasticall and Civil*, 1651, parte I, capítulo 4.

para conocer nuestra sociedad presente, sino también la naturaleza de lo que podríamos haber llegado a ser veinte años después. No obstante, no estoy seguro de que resultara fácil ver una serie completa de películas o programas de televisión apropiados; y las posibilidades de que una secuencia particular de un espacio de noticias fuera de fácil acceso son incluso más remotas.

En muchos aspectos, la película y la cinta de vídeo son la suma más completa de una tradición de comunicación oral, visual, escrita y tipográfica. Como formas de texto más accesibles a las sociedades analfabetas o no letradas, quizá exijan con la mayor urgencia que la bibliografía se ocupe de ellas con sus métodos descriptivos y su técnica de conservación y acceso a los registros textuales. Las películas son obras pensadas, compuestas, en su organización total; como textos cerrados son objetos más susceptibles de recibir un estudio exhaustivo que, por ejemplo, la palabra no registrada o un evento teatral. Tienen una longitud material, una duración temporal y una realidad sujeta a la repetición. Su uso del sonido, la imagen, el color y el movimiento las convierte en punto de partida ideal para la ampliación del principio bibliográfico del libro al texto.

Creo que lo más apropiado es elegir un clásico indiscutible para explorar las analogías que me gustaría exponer y, de paso, rendir un homenaje a la obra de Orson Welles*, en especial, por supuesto, a *Ciudadano Kane*. Es una película que supongo que conoce todo el mundo; sin duda se cuenta entre las pocas a las que se les reconoce un alto *status* canónico y, por tanto, disponemos de una infrecuente y rica literatura sobre ella.

Se abre y se cierra con un letrero que impide el paso, una imagen que es tanto verbal como visual. Está fijado fuera de la inmensa mansión Xanadú y reza «NO TRESPASSING». Se trata de un guiño visual a lo cerrado, un detalle de la hermética construcción textual de la película, así como de la estrecha reciprocidad de su texto verbal y visual. Xanadú no es en absoluto una cumbre de los placeres. En una crítica a la película hecha en 1946, Borges descubrió en él la estructura del laberinto sin centro, un mundo de fragmentos sin unidad, un símbolo repetido del archivo, la biblioteca, el museo, que suponen el mismo reto al orden, que provocan los mismos temores a fracasar⁴. Con la prodigalidad de un Huntington o de un Folger, o en su caso aún más pertinentemente de

* El director de cine había muerto el mismo año en el que McKenzie pronunciaba este ciclo de conferencias. [N. del T.]

⁴ J. L. BORGES en *Focus on «Citizen Kane»*, R. Gottesman, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1971, pp. 127-128. [N. del T.: Este célebre artículo ya había sido publicado en la revista bonaerense *Sur*: «Un film abrumador», *Sur* 83, año X (agosto, 1941), pp. 88-89. Se encuentra recogido en *Borges en Sur*, Buenos Aires, Emecé, 1999.]

un Pierpont Morgan, Kane ha acumulado en Xanadú ejemplos de los tesoros del mundo con la esperanza de ordenarlos de acuerdo con una sistematización que él no alcanzaba en su propia vida.

Tumbado, viejo y enfermo en el epicentro de su *desorden*, Kane muere murmurando la palabra «Rosebud». La oímos de su «vieja, vieja voz» al inicio de la película, que luego avanza mediante *flash-backs* hasta recuperar la historia de su vida, lo que Pauline Kael ha llamado la «formación de Kane».

Con la esperanza de encontrar el significado del enigmático «Rosebud», un reportero recrea la vida pública de Kane por medio de un noticiario de nueve minutos confeccionado con secuencias de sus acontecimientos principales, pero esta fuente de evidencias aparentemente objetivas, el registro del noticiario «News on the March», resulta ser tan fragmentario y tan lleno de falsos énfasis como los periódicos que el mismo Kane publicaba. Como si se quisiera demostrar una vez más que la poesía más verdadera es la que más finge, el propio film de Welles viene a suplantar al noticiario como fuente de la verdad. Al hacerlo, representa las «noticias» en su verdadera complejidad con una claridad y una lucidez que revela las burdas convenciones que operan en el «objetivo» registro documental.

Welles puede representar y fechar esas convenciones con facilidad porque el *flashback* en las películas ha requerido siempre una elevada conciencia de los sistemas de signos para establecer una diferencia respecto a la narración presente. Es un recurso que Woody Allen explota con efectos hilarantes en *Zelig* y en *La rosa púrpura del Cairo*. La primera, si les parece bien, puede ser leída como una parodia de toda la erudición histórica; la segunda, de toda la crítica postestructuralista. Pero mi interés estriba, por supuesto, en que las películas usan de una forma más accesible que los libros sistemas formales de signos datables para recuperar el pasado. Las convenciones cambian a gran velocidad, como podemos afirmar por nuestra propia experiencia cuando volvemos a ver una vieja película que habíamos encontrado creíble la primera vez que la vimos. Lo que una vez pareció tener la inocencia de la veracidad viene a ser —tiempo después— un artificio molesto.

La búsqueda de una explicación a ese «Rosebud» por parte del reportero de prensa fracasa. Los testigos orales lo hacen también con sus distintas versiones de los mismos sucesos. Los «hechos» documentales guardan silencio. Sólo cuando acaba la película y vemos a un trabajador que arroja un trineo viejo al fuego, podemos vislumbrar la respuesta en la palabra «Rosebud» pintada en el trineo con una anticuada letrería. Es una nota trillada, sentimental, propia de una novela rosa, pero en ella se hace visible la voz de Kane. La imagen verbal toma forma gráfica y el guión mismo se convierte en el complemen-

to necesario de las construcciones no verbales y visuales, que sin él perderían su significado.

Como texto, *Ciudadano Kane* genera un diálogo crítico que presenta numerosas afinidades con la crítica literaria. En su contraposición de un pasado huidizo con un presente que se busca, su contraste de los géneros subliterarios de los noticiarios y prensa periódica con la alta cultura de la cinematografía canónica, en su presunción hermenéutica como búsqueda de significado dentro de una estructura cerrada, es tan fructífero como materia de una investigación crítica como la mayor parte de los textos impresos. Si esto parece una declaración de intereses demasiado solemne, también podemos encontrar en su poesía cinemática, del mismo modo que en *The Dunciad* de Pope, una sátira vulgar, bulliciosa y siempre entretenida a propósito de la prensa escandalosa como un aspecto particular de la historia de la imprenta y de la edición. De hecho, en su propio ataque contra William Randolph Hearst, imita a quien es su objetivo. Estos temas no son triviales y están registrados de una forma que hoy en día resulta tan crucial para la experiencia de nuestra sociedad, en particular la de los estudiantes que mañana serán investigadores, que justifica una investigación avanzada que se ocupe de ellos.

Tal investigación podría descubrir que el mismo Orson Welles representa el papel, tan común en el mundo editorial, del intruso en un medio como importante fuente de innovación, los problemas de financiación, las amenazas de querellas, la conjura para adquirir la película antes de su estreno y destruir su negativo y todas las copias; los rasgos formales de la película acabada, la semiótica de sus detalles textuales; las presiones de la censura —de hecho, la ocultación de la película durante la era McCarthy—; la autoría y las versiones del guión y los subsiguientes reestrenos; la forma en que fue distribuida, la historia de su recepción; el cúmulo de comentarios sobre Kane como personificación de Hearst, del personaje Thatcher como J. P. Morgan hijo; así como los préstamos alusivos a la película de toda una generación de directores.

La película es un hecho social total y un texto total. Los directores de cine, los espectadores y los críticos consideran las películas en términos de texto, porque sólo tal palabra se hace eco de las diversas partes que constituyen una película. El concepto de texto crea un contexto para el significado. En otras palabras, hemos vuelto a la definición inicial de texto como una red, una construcción de urdimbres y tramas, y descubrimos que, aunque deseemos reservar la palabra a libros y manuscritos, quienes trabajan en las películas la encuentran indispensable. No hay, creo, ninguna ventaja en discutir la cuestión: se acepta que la palabra hoy tiene un significado que los abarca a todos. Quienes desean reservarlo a los libros son como el «hombre

galante» de Milton «que pensaba impedir el paso a los cuervos cerrando la verja de su jardín»⁴.

La teoría cinematográfica de las décadas de 1960 y 1970 estuvo sumamente influida por el estructuralismo, de una manera tal que refuerza significativamente mi propio razonamiento acerca de la bibliografía «pura» (en el sentido de Greg-Bowers) y la bibliografía histórica o la sociología de los textos. Al ocuparse de la fotografía, por ejemplo, Roland Barthes propuso una distinción entre el artefacto finalizado como construcción cerrada y su contexto:

La emisión y recepción de un mensaje [fotográfico] pertenecen al campo de la sociología: se trata de un estudio de grupos humanos, de definir motivaciones y actitudes y de intentar vincular las conductas de estos grupos con la totalidad social de la que forman parte⁵.

El mensaje mismo, propone, tendría una autonomía estructural en su significado y su descripción constituía la materia de la semiótica. Asimismo, Christian Metz distinguió entre la película como un sistema textual (bien reducido a una única película, bien ampliado hasta el texto infinito que llamamos género) y el cine, que sería el conjunto del complejo social de producción y consumo de películas. Opino, por supuesto, que esta distinción termina por fallar, puesto que la definición de significado —al leer los detalles convencionales del texto— depende lógicamente de decisiones y consecuencias sociales previas. Como sucede con la tipografía, como técnica interpretativa consciente, cada rasgo representativo de una película está calculado para expresar un significado simbólico. Selecciona, modela y denota significación de manera continua y deliberada.

Ya que tiene que ver con el paralelismo que estoy sugiriendo entre libros y películas como formas expresivas, me gustaría continuar con una observación de Gregg Toland, el director de fotografía de *Ciudadano Kane*. En «How I broke the Rules in *Citizen Kane*» [«Cómo rompí las reglas en *Ciudadano Kane*»], establece una distinción entre «imperativos fotográficos y convenciones al rodar la película»:

Fotográficamente hablando, entiendo que un imperativo es una regla, un axioma o un principio, un hecho incontrovertible del procedimiento fotográfico que no se puede modificar por causas físicas y químicas. Por otra parte, una convención, para

⁴ *Areopagitica* § 32 [N. del T.]

⁵ *Image, Music, Text*, p. 15.

mí, es un uso que se ha hecho habitual al repetirse una y otra vez. Es una tradición más que una regla. Con el paso del tiempo, la convención se convierte en imperativo, por medio de la fuerza del hábito. Considero que sus efectos restrictivos son tan obvios como desafortunados. Teniendo en cuenta tales definiciones, admitiré que contravine un buen montón de convenciones durante el rodaje de *Ciudadano Kane*⁶.

Eso es precisamente lo que Congreve y Tonson podrían decir que habían hecho al diseñar las *Works* de Congreve de 1710. Esta analogía con los procedimientos técnicos de la imprenta en relación con el libro acabado podría ampliarse con un análisis más técnico sobre cómo Welles alteró nuestra percepción de la realidad mediante una profundidad de campo inusitada, experimentación con película de alta velocidad, tratamiento de la superficie de las lentes para eliminar la refracción, uso de la lámpara de dos arcos, fundidos y su relación con los primeros o segundos planos o composición de las tomas. Todos estos detalles técnicos son, por supuesto, propios de la construcción de textos fílmicos, no de libros, pero su función es también la de crear significados por medio del uso sofisticado de formas materiales. En eso, y en la relación de tecnología con expresión, considero que el paralelo es pertinente. Pero aún se percibirá más fácilmente en el campo de la descripción.

Pauline Kael ha editado el definitivo guión de rodaje de *Ciudadano Kane* fechado el 16 de julio de 1940, así como los consiguientes de montaje. Expone las diferencias entre ellos, así como el antes y después:

El guión de rodaje se escribe antes de que se ruede la película —es la base de la película; el guión de montaje es un registro taquigráfico hecho a partir de la película terminada—. Los de montaje suelen ser impersonales y bastante aburridos de leer, y si se examina sólo el de montaje es difícil captar el valor del escritor. Los guiones de rodaje son más dignos de leer, puesto que por lo común señalan modos e intenciones⁷.

Su uso de la palabra «intenciones» es la nota más evidente de la congruencia con los cometidos tradicionales de la crítica textual y

⁶ *Focus on «Citizen Kane»*, p. 73. R. L. CARRINGER, *The Making of «Citizen Kane»*, Londres, John Murray, 1985; también debería ser consultado; ofrece una útilísima bibliografía en pp. 165-171 [ed. cast.: *Cómo se hizo Ciudadano Kane*, Barcelona, Ultramar, 1987].

⁷ En *The Citizen Kane Book: Comprising The Shooting Script of Citizen Kane by Herman J. Mankiewicz and Orson Welles; The Cutting Continuity Transcript of the Completed Film; preceded by Raising Kane by Pauline Kael*, Londres, Mehtuen, 1985, p. 83.

bibliográfica. La relación del guión de rodaje con el guión finalizado se parece mucho a la del borrador manuscrito, quizá incluso una copia no muy limpia, con el texto impreso, mientras que el mucho más aburrido guión de montaje se acerca mucho al registro icónico de una descripción bibliográfica.

Hay tres versiones del guión de rodaje conservadas en el Museum of Modern Art de Nueva York. Otra, descrita como el segundo guión final revisado, fechado el 9 de julio de 1940 y anterior a los otros tres, fue sometida a la censura de la Production Code Office. Pasó la prueba salvo unos cuatro o cinco detalles. Uno de ellos recuerda los efectos que el *Act of Abuses* de 1606 tuvo sobre el texto de Shakespeare: «Sírvese eliminar la palabra “Señor” cuando Kane dice “[...] sólo el Señor sabe [...]]». Otro hace pensar en Polonio temeroso de que su hijo «entre en una de esas casas de trato, es decir, en un burdel», porque se proponía un lugar de éstos como localización para el decorado C*. Y la Production Code exigió que se suprimiese. Lo importante es que Welles escribió intencionadamente esta escena confiando en que sería cortada y, así, sustraer otras escenas de la atención de los censores, como así ocurrió.

Pauline Kael reedita el guión de rodaje una vez revisado, aunque sin tabla de variantes. Lo que tenemos son unas breves notas sobre cambios del guión a medida que la película se rodaba. Luego está el guión de montaje de la RKO, fechado el 21 de febrero de 1941. Su aparato consiste en una breve nota («Modificado ligeramente para corregir errores de la transcripción original»), pero por lo demás representa una versión del texto completo de la película que, a falta de la película misma, es un sueño bibliográfico de precisión icónica. Como una descripción de la copia ideal, permite examinar todas las copias reales hasta en los detalles más pequeños, secuencia por secuencia y como un todo. Por ejemplo, para corresponder a la versión auténtica, una copia tiene que durar una hora, 59 minutos y 16 segundos, aunque su duración en televisión será menor. Hay siete rollos, cada uno de ellos dividido en escenas numeradas. Las entradas a la izquierda en la descripción se refieren a la longitud de cada una de ellas en pies; en el centro hay notas sobre la escena, los movimientos de los actores y de la cámara y, bajo cabeceras centradas, se encuentra el diálogo; a la derecha, hay una descripción de cómo se ha modificado la escena.

Para quien tenga experiencia en la realización o en la enseñanza cinematográficas estos detalles constituyen un lugar común. De nue-

* El autor se refiere al *Act to restrain abuses of players*, de 1606, que censuraba que en las comedias se invocase «the holy Name of God or of Christ Jesus, or the Holy Ghost»; la cita, *Hamlet*, II, 2. [N. del T.]

vo, sólo intento demostrar que las antiguas estructuras disciplinares de la bibliografía, en la descripción de libros y en la construcción de textos a partir de las versiones conservadas, se parecen mucho a las que se usan para las películas y que en este aspecto es importante reconocer que la disciplina bibliográfica es válida para unos y otras. Resulta irónico que en una época en que la composición tipográfica de los libros se filma y en la que microfilmanos los libros para almacenar la información que contienen, las películas en sí mismas todavía tengan que luchar por recibir atención textual y bibliográfica. Las que disponen de ella, como *Ciudadano Kane*, son la rara excepción.

Los bibliógrafos —entendidos como «puros» bibliógrafos— pueden, por supuesto, seguir manteniendo una distinción rigurosa entre los libros como comúnmente los conocemos y las formas no librarias, así como restringir la «pura» bibliografía a la descripción y análisis del libro como objeto material. Pero las bibliotecas —en especial las bibliotecas nacionales, responsables de la cultura en su totalidad, pasada, presente y futura— están sufriendo una importante presión para desarrollar sistemas que se acomoden a las nuevas formas de texto de una manera racional, coherente, estable y también socialmente accesible.

El modelo se ha desarrollado ya en la práctica en la transformación sufrida por nuestras bibliotecas personales y públicas. Algunos de nosotros todavía compramos libros, por supuesto; pero también los pedimos prestados y hemos dejado a la conciencia e instituciones públicas la responsabilidad de preservar los periódicos y diarios que no conservamos. La mayoría de nosotros tenemos música y quizá vídeos, en discos o en cintas, así como los aparatos necesarios para oírlos y verlos. Estamos empezando a almacenar información en casa, en nuestros propios archivos informáticos, o a comprar el acceso a otros sistemas. El principio de adquirir el acceso es simplemente una derivación de la vieja idea de la biblioteca de préstamo: sólo compramos el libro durante el tiempo en el que lo leemos. Con las nuevas formas de texto, compramos a granel tiempo de leer, ver o escuchar mediante el pago de una entrada de cine, el precio de alquiler del disco o del vídeo o una licencia de cable y televisión para todos los textos que se puedan transmitir durante un año, o pagamos una cuota de acceso a la información en un banco de datos. Por decisión del Tribunal Supremo de los Estados Unidos no se infringe el *copyright* si se graban programas de televisión para verlos en otro momento. Pero de hecho la capacidad técnica que hoy en día tienen la mayoría de los consumidores —como lectores, oyentes o espectadores— de copiar textos de esta manera ha transformado en parte la noción de compra como una forma de adquisición y la manera en la que —algunos de nosotros al menos— hemos formado nuestras bibliotecas personales.

Tales reflexiones recuerdan a la letanía sobre la desaparición del libro que todos conocemos. Mi objetivo es distinto: encontrar en las

nuevas formas la continuidad de formas del pasado, de las bibliotecas con las del pasado en su función tradicional de coleccionar, conservar, clasificar y comunicar, según la forma clásica que ejemplifica Panizzi, en nuestras nuevas bibliotecas. Incluso el uso de la tecnología informática para suministrar información sólo cambia un aspecto de esa función tradicional. Mientras las bibliotecas han contenido libros y documentos como objetos materiales, los sistemas informáticos se han ocupado, ante todo, de recuperar contenidos. Las políticas de conservación e intercambio de las bibliotecas ya están propiciando que algunas clases de documentos se informaticen; y la creación y el suministro de nuevos textos en forma no impresa para su consulta directa en pantalla, o posterior impresión a partir de un disco, no dejan de crecer. El principio de registro y acceso, de catalogación y de almacenamiento, no ha cambiado, sólo se ha perfeccionado. No se suele decir que los sistemas bibliotecarios influyeron en el desarrollo de la capacidad de la informática para procesar funciones básicas de catalogación por medio del listado, la selección y la disposición simbólicos. También debería recordarse que no fue la sofisticación de la informática en sus primeros pasos lo que condujo su uso hacia la ciencia, sino lo limitado de su memoria y, por tanto, su incapacidad para manejar la complejidad y diversidad del lenguaje verbal que no fuera combinaciones de los números 0 a 9. Sólo a medida que se han incrementado sus sistemas de memoria, ha cambiado la naturaleza del ordenador de encerado a libro. Al final se ha alfabetizado y preparado para incorporar otros sistemas textuales. Supongo que con el tiempo y en la medida que está aprendiendo a hablar constituirá también un archivo oral.

Una consecuencia del retraso del desarrollo del ordenador durante muchos años ha sido el lento reconocimiento de la coincidencia esencial de sus funciones, como sucede con las de otros textos no librarios, con los objetivos tradicionales de las bibliotecas. Grandes y antiguas estructuras institucionales no destacan precisamente por su habilidad para adaptarse rápidamente a los cambios, pero percibir y articular un principio común entre informática y bibliografía no puede ofrecer un papel de liderazgo de importancia estratégica. Reconocido esto, no es cuestión de crear una institución monolítica cuya función fuera preservar todas las formas de texto (el National Sound Archive forma parte de la British Library; el British Film Archive no). Lo importante es promover la colaboración interinstitucional para conseguir un objetivo común, así como que se dicten las medidas necesarias para proceder al archivo, acceso y control bibliográfico de los nuevos tipos de texto⁸.

⁸ La *British Library Act* da poder expresamente a la British Library para extender su esfera de interés a las películas y otros materiales no impresos. En una declaración sobre el

Esta reflexión me lleva, de nuevo, al ejemplo de las películas. Desde luego, el concepto de archivo ya ha sido reconocido como se puede ver por el uso del término en distintos países. Donde «biblioteca cinematográfica» implica un sistema activo de préstamo y retención limitada, el «archivo cinematográfico» implica la primacía de una función de custodia y un principio de acceso restringido a consultas condicionales. Pero a pesar de loables esfuerzos aislados, todavía los recursos disponibles no responden a las necesidades. Las reglas MARC (*machine readable cataloguing*) han sido establecidas por la Library of Congress estadounidense para la descripción de películas, pero se continúa dando primacía a los libros y, a falta de voluntad política y suficientes recursos, la aplicación de las reglas —como sucede en mi propio país, Nueva Zelanda— es en el mejor de los casos irregular o sumamente selectiva. Aunque las películas se benefician de la protección del *copyright*, ni en Gran Bretaña ni en Nueva Zelanda hay medida alguna para su depósito legal. Lo que se ha hecho, ha sido, de nuevo, por iniciativa comercial o personal, sin sanción legal, y normalmente sin financiación adecuada para poder archivar en la medida de lo necesario. Los problemas de acceso pueden, por tanto, ser graves. Desde el materialismo que, en nombre del comercio, ha destruido productos de una calidad extraordinaria a la mutilación por mano de la censura, cortes, el añadido grosero de anuncios publicitarios o la retención y eliminación privadas de documentos culturales de índole e importancia tales que deberían ser del dominio público⁹. En la década de 1960, el teatro televisivo británico, por la calidad de sus guiones, representación y producción, alcanzó un nivel casi nunca superado con posterioridad. Pero sería difícil demostrarlo porque muchos de los programas han sido destruidos. Tras el número exacto de emisiones que por contrato les han sido pagadas a los actores, las disposiciones judiciales exigen que el

estado de la cuestión preparada para la British Library en 1985 sobre los materiales no librarios, Catherine F. Pinion escribió: «Está claro que [los materiales no librarios] representan una parte importante y creciente de la producción y patrimonio nacionales y mundiales de conocimiento registrado. Se puede argumentar, si no es evidente por sí mismo, que debería recibir un tratamiento equivalente al del material impreso, con vistas a su colección, disponibilidad, preservación y control "bibliográfico". De hecho, la situación es significativamente inferior en todos los aspectos». El uso de la palabra «bibliográfico» es inevitable en tal contexto, pero es de esperar que su, pese a todo, *status* equivoco, como marcan las comillas, se resolverá rápidamente.

⁹ La situación está mejorando. Mientras corregía pruebas de la primera edición de este texto, compré (Woolworth, 7.95 libras) un vídeo de *Ciudadano Kane*. La nota acostumbra en *TV Times*, no obstante (paralela a la de *The Radio Times*), hace una importante observación textual: «Las copias de películas difundidas en televisión no coinciden necesariamente con las exhibidas en los cines. A menudo se hacen algunos cambios en el tiempo de producción para uso de acuerdo con la distribución futura. En ciertos casos puede recurrirse a las versiones cinematográficas, con cortes menores en casos de violencia, sexo explícito y lenguaje inadecuado».

original y todas las copias sean destruidas para evitar que el contrato sea quebrantado por posteriores emisiones no autorizadas.

Pienso que tales condiciones nos obligan a preguntarnos: ¿qué principio, si *no* es un principio bibliográfico, determina cuestiones de autoridad, transmisión y recepción en todos esos casos? Y ¿en qué medida una biblioteca *pública* como tradicional custodio de libros y la bibliografía como disciplina pertinente se deben ocupar de tales textos?

Subrayo «pública» porque los criterios comerciales rara vez se ocupan del pasado con mucho respeto hacia su calado histórico. Hay tres puntos básicos: *copyright*, almacenaje y acceso. El depósito del *copyright* pone todas las obras especificadas a disposición del público y por tanto termina con las incertidumbres que llevan aparejados los arreglos privados e informales. El almacenaje siempre será costoso en términos de espacio y trabajo si se quiere conservar los productos originales. De la misma forma que los manuscritos en vitela se rasparon hasta limpiarlos para utilizarlos de nuevo, así son susceptibles de ser reutilizadas las cintas magnéticas, destruyendo los textos que pudieran contener. La aplicación de un principio de economía en aras de intereses privados hace vulnerables todos los registros. ¿Por qué conservarlos si la demanda disminuye año tras año hasta el punto de que casi no son consultados y no resulta rentable mantener las estructuras que los cobijan y los sirven? Incluso en el dominio público, algunos textos son más iguales que otros, se invoca un principio de frecuencia de uso y se alega continuamente la política de retención selectiva. Pero incluso si contamos con un depósito y un almacenamiento correctos, el acceso exigirá una maquinaria muy concreta que incluye equipos históricos para reproducirlos. De hecho, es probable que estos textos precisen ser recopiados frecuentemente (y, según un bien conocido principio textual, ¿su degeneración gradual?) para que sean compatibles con la nueva tecnología.

Estas consideraciones sugieren que sólo un concepto de servicio bibliotecario, tradicional y bibliográficamente informado, basado en el principio del interés público y no en el de beneficio, podrá lograr la preservación de tales textos, garantizar su autenticidad y asegurar el acceso a ellos.

Espero que sea innecesario subrayar el interés personal que siento hacia la bibliografía como el estudio de los libros y de su historia, pero espero que tampoco nadie cuestione la sinceridad con la que me preocupo por defender una atención similar para otras formas de textos registrados. Puedo equivocarme en mis premisas y en mi lógica, pero he intentado defenderlo en términos de principios y continuidad tal y como personalmente lo he experimentado. El libro tal como lo conocemos seguirá siendo, desde luego, una forma importante de texto —para muchos propósitos, la más importante—. No tengo nada que ver con las afirma-

ciones tan en boga de que —como hubiera podido proponer Tom Stoppard— las páginas del libro están contadas. Soy muy consciente de que cuando estamos tan entregados a la fuerza de su tradición, de hecho a la presencia que aquí nos rodea, parece imposible, qué tragedia, vivir sin ellos. Y, sin embargo, siempre ha existido una contramitología que ha afirmado que las necesidades del mundo no coincidían con las del libro.

La encontramos incluso en una novela tan libresca como *El nombre de la rosa* de Umberto Eco. Recordarán que allí florece una curiosidad bibliográfica a medida que Eco reconstruye una elaborada figura del archivo alejandrino, ingeniosamente ordenado, pero laberíntico, sólo para deconstruirla de nuevo en el simbolismo antiguo y temible de la biblioteca como horno. El fuego consume los libros. A medida que los devora, el bibliotecario como celoso conservador del saber, el lector (si quieren) como ratón de biblioteca, literalmente come —letra a letra— el texto único del tratado de Aristóteles sobre la comedia en un desesperado esfuerzo para que no se difunda. Es una negación desesperada de la múltiple vida del texto como propiedad comunitaria, la última imagen de la biblioteca como un sistema del libro cerrado. Al mismo tiempo que desaparece dentro de su único lector, el texto mismo, único y por tanto inseparable del veneno que contiene su forma material, lo consume y destruye a medida que se convierte completamente en él. La moraleja es mortal: podemos llegar a absorbernos demasiado en los libros.

Pese a su brillantez, la densidad artificiosa de su comedia intertextual, *El nombre de la rosa*, como todos los relatos sobre textos y lectores, termina siendo otra ficción sobre un texto inexistente, otra historia más (digamos) de Eco y Narciso.

En cambio, el *Fausto* de Marlowe nos ofrece quizá la declaración más intensa de la tragedia que pueden provocar los libros. Cuando este sabio Fausto selecciona sus textos y construye a partir de ellos su propia versión, el libro de sí mismo, lee el camino que lo conduce al infierno.

Ieromes Bible, Faustus, view it well.

Stipendium peccati mortis est: ha, Stipendium, &c.

The reward of sinne is death: thats hard.

Si peccasse negamus, fallimur & nulla est in nobis veritas.

If we say that we have no sinne,

We deceiue our selues, and theres no truth in vs.

Why then belike we must sinne,

And so consequently die.

[La Biblia de Jerónimo, *Fausto*, considérala bien./ *Stipendium peccati mortis est: ah, Stipendium, &c./* La recompensa del pecado es

la muerte: duro es./ *Si peccasse negamus, fallimur & nulla est in nobis veritas.* / Si decimos que no hemos pecado, / nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. / Porque, luego, de todas todas tenemos que pecar, / y así, en consecuencia, morir.]

Fausto lee en Jerónimo un sentido único que establece un destino prefijado. Lo que omite son las palabras que se refieren a la piedad, cuyo fundamento mismo –si se puede decir– es la lectura variante, una apertura a la interpretación, una deferencia al espíritu por encima de la letra. Atrapado por la paradoja de que los textos son al mismo tiempo cerrados y abiertos, fijos y flexibles, definidos por un contexto sólo para ser redefinidos en otros, Fausto se desespera. En vez de usar el juicio, lo sufre; y con su grito agónico –«Quemaré mis libros»– rechaza toda la tradición del saber librario.

De todos los enemigos tradicionales de los libros en esta contra-mitología, ninguno es tan poderoso como el fuego y el agua. Devoran el sentido o lo ahogan, con celeridad más certera que todo un cortejo de críticos. Si Fausto invoca al uno, Próspero invoca a la otra.

La Tempestad se yergue sobre todos los demás textos como una exposición de la instrumentalidad del libro, una llave para abrir los misterios de la naturaleza, un instrumento para oprimir y restringir el pensamiento salvaje. Próspero deja claro lo mucho que significan para él cuando recuerda que Gonzalo,

of his gentleness
Knowing i lou'd my books, [...] funrnish'd me
From mine owne Library, with volumes, that
I prize aboue my Dukedome.

[(...) por cortesía, / sabiendo que yo amaba mis libros, (...) me facilitó / volúmenes de mi propia biblioteca, lo que / yo estimo más que mi ducado.]

Y una de las percepciones más destacables de esta obra austera, pero infinitamente sugerente, es la necesidad incluso mayor que siente Próspero por abandonar el poder y con él los libros de los que emanaba:

And, deeper than did euer Plummet sound
Ile drowne my booke.

[Y a mayor profundidad que jamás llegó la sonda / yo ahogaré mi libro.]

Encerrado en su biblioteca, había dejado fuera el mundo.

Me (poore man) my Librarie
Was Dukedome large enough [...]

[Para mí (pobre hombre) mi biblioteca / era tan grande como un ducado (...)]

En el corazón del Renacimiento inglés, un periodo sin precedentes por su condición lectora y escritora, dos voces nos alertan de que los libros no son siempre suficientes.

Parece un lugar banal para acabar, pero los nuevos tiempos lo corroboran. Cuando la British Library empieza, como Próspero, a desmantelarse a sí misma y abandona su círculo mágico por un espacio exterior*, es también inminente su redefinición como una biblioteca de textos verbales, numéricos y visuales, y de medios muy distintos. Definir las maneras en las que nuestro mundo podrá usarlos, la estructura que los ordenará y la futura investigación a la que deberán servir, exigirá de los bibliógrafos más de lo que creo que ofrecemos hoy en día. Exige nada menos que un nuevo concepto del texto en la historia.

* El autor se refería a la entonces proyectada nueva ubicación de la British Library fuera de Bloomsbury. [N. del T.]

LA SOCIOLOGÍA DE UN TEXTO:
CULTURA ORAL, ALFABETIZACIÓN E
IMPRESA EN LOS PRIMEROS AÑOS
DE NUEVA ZELANDA

En Nueva Zelanda, las dos décadas inmediatamente anteriores a 1840 asisten al paso que va desde la oralidad a la introducción de la imprenta a través de la alfabetización manuscrita. Se repite, por tanto, lo que supuso la revolución de Gutenberg en la Europa del siglo xv, a una escala menor y en un contexto muy específico que, además, resulta fácilmente cuantificable. Un documento de enorme relevancia, el Tratado de Waitangi, da testimonio de un momento singularísimo en el contacto de los representantes de una cultura letrada europea con los de una cultura indígena completamente oral. Cabe analizarlo para calibrar el impacto de la alfabetización y el peso de la imprenta en la década de 1830. Nos ofrece, además, un ejemplo extraordinario de los tópicos europeos, tanto acerca del alcance, *status* y obligaciones derivados de las declaraciones y del consentimiento escritos como, en sentido negativo, de su rechazo de los flexibles acuerdos propios del consenso oral. Sus distintas versiones, la variedad de sus «firmas» y las visiones contrapuestas sobre su significado y su carácter sacan a la palestra todas esas cuestiones. A la inversa, mejorar la comprensión de qué suponían los términos oralidad y alfabetización en el momento de su firma ayudaría a precisar de la manera más fiel cómo se ha de reconstituir, interpretar y aplicar el tratado hoy en día¹.

El 6 de febrero de 1840, cuarenta y seis jefes maoríes de las regiones septentrionales de Nueva Zelanda «firmaron» un documento escrito en lengua maorí llamado «*Te Tiriti o Waitangi*», el «Tratado de Waitangi»².

¹ Este texto se basa en una alocución dirigida a The Bibliographical Society de Londres el 15 de febrero de 1983.

² He consultado los documentos del tratado tal y como aparecen reproducidos en *Facsimiles of the Declaration of Independence and the Treaty of Waitangi*, edición de H. H. Turton, Wellington, 1877; reeditados en 1960.



2. Bajorrelieve de una estatua de la reina Victoria, Cambridge Terrace, Wellington, erigida para conmemorar el regio jubileo de 1887. El Gobernador Hobson está sentado; Henry Williams (con gafas) está de pie a su derecha; el jefe maorí no ha sido identificado.

Al hacerlo, de acuerdo con la versión inglesa del documento, estaban cediendo a su Majestad la reina de Inglaterra «absolutamente y sin reserva alguna todos los derechos y poderes de soberanía» que ellos mismos ejercían de manera individual sobre sus respectivos territorios. Dicha declaración de consentimiento se convirtió en la base esencial de la soberanía británica sobre Nueva Zelanda³. Al pie de una estatua de la reina Victoria en Wellington, el mito europeo de la alfabetización que estaba implícito en aquel episodio de 1840 se expresa con toda complacencia en la imagen de un jefe maorí –insisto– «firmando» el tratado con pluma de ave (véase ilustración 2). La realidad, como sabía bien el impresor William Colenso y como veremos al considerar la sociología de ese texto, era diferente.

Veinticinco años antes, los indígenas neozelandeses eran por completo analfabetos. Eran un pueblo neolítico con una cultura plenamente oral y con su propio sistema de mitos. No obstante, ninguno de éstos parece tan absurdo como el mito europeo de que la alfabetización y la imprenta eran elementos de cambio o como la convicción de los misioneros de que en Nueva Zelanda se podría lograr –había sido logrado– en el breve plazo de veinticinco años lo que a Europa le costó alcanzar más de dos milenios. A saber: reducción del habla a formas alfabéticas, capacidad para leer y escribir éstas, soltura suficiente para pasar de la memoria al registro escrito, aceptación de la firma como signo de total comprensión y compromiso legal, abandono de los relativismos de tiempo, espacio y persona característicos de una cultura oral en beneficio de la presunta fijación propia de la palabra escrita o impresa⁴. Cuando Samuel Marsden adquirió veinte acres de tierra en Rangihoua en 1814 como enclave de la primera misión redactó una escritura de traspaso y solemnemente hizo que el jefe maorí la «firmase» dibujando una copia de su *moko* o patrón de tatuaje facial. El precio fue de doce hachas, en sí mismo un símbolo elocuente del paso de una cultura neolítica a la era del hierro, a la deforestación y a la economía pastoril que se avecinaban. Pero tecnología más sutil, mucho más evasiva e indeterminada, era la alfabetización.

Considérense sus etapas. En 1815 Thomas Kendall, el primer misionero afincado, se vio en la tesitura de protagonizar de nuevo uno

³ Estoy muy agradecido a Paul McHugh por el respaldo legalmente documentado que ha dado a mi pretensión de que el consentimiento maorí al Tratado se convirtió en el fundamento esencial de la soberanía británica sobre Nueva Zelanda

⁴ Las frases «el mito europeo de que la alfabetización y la imprenta eran elementos de cambio» y «de la memoria al registro escrito» aluden a las obras *The Literacy Myth: Literacy and Social Structure in the Nineteenth-century City*, Nueva York, 1979, de H. GRAFF; *The Printing Press as and Agent of Change: Communications and Cultural Transformations in Early Modern Europe*, 2 vols., Cambridge, 1979, de E. L. EISENSTEIN [versión abreviada castellana: Madrid, Akal, 1994]; y *From Memory to Written Record: England 1066-1307*, Londres, 1979, de M. T. CLANCHY.

de los cambios más trascendentales de la historia humana: la reducción de una lengua hablada a su registro en forma alfabética. Dicho así parece un prodigio, como lo fue en sentido literal. Pero intenten apenas imaginar los problemas de querer capturar alfabéticamente sonidos desconocidos, ese milagro que subyace en todos nuestros libros. Cuando uno de los primeros viajeros registró lo que creía que era la palabra maorí para llamar al pato del paraíso escribió *poa-duggiedugghie* (por *putangitangi*) y para la paloma colipava neozelandesa *diggowaghwagh* (por *piwakawaka*), sin que ninguna de las dos formas logre trasladar visualmente la belleza sonora de los originales. El topónimo *Hokianga* fue convertido en *Showkianga*, *Sukyanna*, *Jokeeangar*, *Chokahanga*. El nombre de otra aldea, *Kerikeri*, fue oído y convertido en *Kiddeekiddee*; *Muketu* fue *Muckeytoo*. Estas formas ortográficas no son sólo incorrectas transliteraciones de los sonidos originales, sino que para un observador típicamente inglés pueden sonar toscas y primitivas, lo que reforzaría otras posturas de índole semejante⁵.

La ausencia de una filología (no digamos de una gramática y de una sintaxis para una lengua no europea) hacía que fuera difícil idear una ortografía racional. Pero si no se disponía de ortografía, enseñar a leer y a escribir era obviamente algo imposible y, por supuesto, la imprenta dependía de la existencia de un juego estándar de tipos. El primer esbozo de Kendall, de 1815, fue revisado y enviado a Samuel Lee, profesor de árabe en Cambridge. Kendall y dos jefes maoríes, Hongi y Waikato, se le unieron allí en 1820 y juntos elaboraron *A Grammar and Vocabulary of the Language of New Zealand*. Fue impresa poco después ese mismo año por R. Watts, impresor de la Church Missionary Society de Londres. Kendall, a diferencia de Marsden, no quería que el maorí se anglicanizase; desde un principio se eliminaron la *c*, la *q* y la *x*, pero la *Grammar* en aquel momento todavía incluía letras para soni-

⁵ W. COLENZO, *Fifty Years Ago in New Zealand. A Commemoration; a Jubilee Paper; a Retrospect: a Plain and True Story*, Napier, 1888, p. 27. E. MARKHAM, en 1834, adoptó un punto de vista distinto, criticando la que consideraba una ortografía hipersimplificada porque ocultaba diferencias regionales y dialectales, «lo que, por tanto, empobrece la lengua en vez de enriquecerla»: *New Zealand or Reminiscences of it*, edición de E. H. McKormick, Wellington, 1963, p. 62. Las circunstancias que rodearon la reducción de lenguas habladas a sus primeras formas silábicas o alfabéticas parecen haber recibido escasa atención. J. BINNEY, *The Legacy of Guilt*, Auckland, 1968, pp. 177-185, se ocupa de la obra de Kendall sobre el maorí; véase también J. ANDERSEN, «The Maori Alphabet», en R. A. McKay (ed.), *A History of Printing in New Zealand 1830-1940*, Wellington, 1940, pp. 57-74. Joyce Banks, de la National Library of Canada, ha estudiado el silabario de los cree (que aún está en uso). T. DONALDSON, «Hearing the First Australian», en Ian Donaldson y Tamsin Donaldson (eds.), *Seeing the First Australians*, Sydney, 1984, se ocupa de los motivos que subyacen bajo los intentos decimonónicos de poner por escrito dos lenguas australianas, *ngiyampaa* y *wiradjuri*, y de los efectos de los postulados europeos sobre cómo deberían ser escritas.

dos no maoríes que se consideraban necesarias para las palabras extranjeras —la *f*, la *g* fuerte, la *j*, la *v*, la *z*— y, así, su número se elevaba a cinco vocales, dieciocho consonantes y un dígrafo, la *ng*. Aunque se incluían algunas sentencias ejemplarizantes como «la actuación del hombre blanco es buena, la actuación del hombre blanco es superior», lingüísticamente lo que hacía el hombre blanco dejaba mucho que desear. ¿Se deberían incluir signos de acentuación?, ¿cómo se distinguirían las vocales largas: con tilde $\bar{\ }$ o duplicándolas?⁶, ¿todas las letras que se habían mantenido eran realmente necesarias, teniendo en cuenta que la mayor simplificación incrementaría la eficacia)?

En los diez años siguientes —hacia 1830— en la práctica el alfabeto fue reducido a cinco vocales y nueve consonantes, quedando en suspenso sólo dos formas: la *h* y la *w*. Hubo propuestas de indicar una *h* palatal añadiendo un apóstrofo (como en *H'ongi*) y la *w* sonora (pronunciada más bien como *f*) también con un apóstrofo o mediante la combinación *wh*. Colenso, como impresor, defendía la duplicación de las vocales largas (para evitar tipos especiales), la *h* simple (para evitar el problemático apóstrofo a la griega) y una *v* digámmica por *wh* (para evitar poner dos letras donde pudiera ir una sola), aunque en 1842 se confirmó la *wh*⁷. Por entonces, se habían desechado las consonantes extranjeras más la *b*, la *d*, la *l* y la *y*, transliterándose las palabras foráneas en formas maoríes: así «missionary» [misionero] pasó a ser *mihanere*, «governor» [gobernador] *kawana*. Si bien fueron útiles con fines tipográficos, estas decisiones resultaron culturalmente explosivas, porque dando a palabras inglesas una apariencia maorí enmascaraban su significado conceptual que podía ser completamente diferente. Pero sin lugar a dudas el primer gran libro impreso en Nueva Zelanda, el Nuevo Testamento en maorí de Colenso de 1837, es inconcebible sin este cambio previo de lo acústico a lo óptico y sin la visualización del sonido en un alfabeto simplificado y estandarizado, así como sin tener en cuenta las motivaciones humanas que entraron en escena para producirlo. Hoy la lengua maorí se escribe con cinco vocales y diez consonantes, *h*, *k*, *m*, *n*, *p*, *r*, *t*, *w*, *ng*, *wh*.

Durante estos años pretipográficos (1815-1830), los misioneros empezaron a enseñar a leer y a escribir de forma vacilante. Hacía tiempo que en otros lugares se había decidido enseñar tales técnicas en la lengua vernácula; en Bengala, por ejemplo, se había propiciado con ello

⁶ La longitud de las vocales es un importante discriminador de significados en maorí: *kaaka* es un loro; *kaka* una prenda, de fibra o caña; *kakaa* es el rojo; *kaaka* un avetoro o, como adjetivo, un colono asentado desde hace tiempo. La práctica al indicar las vocales largas sigue variando hoy en día.

⁷ *Fifty Years Ago*, pp. 24-27, 47-49.

un notable renacimiento de la cultura indígena⁸. Era una medida que parecía dar buenos resultados. Dominar el inglés era difícil y habría podido derivar en una división en el seno de la población; la conversión universal de padres e hijos, de viejos y jóvenes, sólo se podía concebir si se mantenían unidos por una lengua hablada común de cuya mano la buena nueva podría avanzar con rapidez, sin obstáculos o barreras lingüísticas. Más que eso, los misioneros sabían que el inglés permitiría que los maoríes conociesen los peores aspectos de la realidad europea. Al mantenerlos culturalmente dentro de su propia lengua, confiaban en preservarlos de males importados. Al obligarles, como harían después, a leer sólo textos y léxico bíblicos limitaban a los maoríes al conocimiento de una antigua cultura de Oriente Medio; al mismo tiempo, los misioneros reforzaban su tradicional papel pastoral consiguiendo que los maoríes dependieran de ellos moral y políticamente como los guías que interpretaban las realidades pakehas⁹. Lo mucho que los misioneros esperaban de una política de alfabetización maorí dirigida con firmeza se deja ver en algunos comentarios de Williams y Puckey. En 1833, William Williams escribió que «una población lectora cuyo único libro sea la Palabra de Dios no puede dejar de sufrir una gran transformación moral, no importa dónde, tan pronto como dicha Palabra comience a dar sus frutos»⁹. Y en 1842, cuando ya hubiera debido darse cuenta de que no era así, William Puckey se congratulaba porque «al no tener otros libros para leer que las Sagradas Escrituras y obras derivadas de ellas, todas las ocupaciones [de los maoríes] tienen que ser de naturaleza sagrada»¹⁰. Tal visión implicaba primar la traducción al maorí de las Sagradas Escrituras. Esta tendencia de carácter ideológico se vio reforzada por la contienda doctrinal de 1839-1840, justamente cuando tal política tendría que haberse relajado. Fue entonces cuando la Church Missionary Society tuvo que enfrentarse a la competencia de la imprenta y de la misión católicas del obispo Pompallier¹¹. Estudiar la

⁸ Véase D. KOPF, *British Orientalism and the Bengal Renaissance: the Dynamics of Indian Modernization 1773-1833*, Berkeley y Los Ángeles, 1969. Se puede, por supuesto, trazar una distinción entre lo que supone revivir tipográficamente una cultura ya letrada, como en Bengala, y la fijación de las formas en uso de una cultura oral en toda su diversidad y niveles de autoridad textual: véase B. BIGGS, «The Translation and Publishing of Maori Material in the Auckland Public Library», *Journal of the Polynesian Society* 61 (1952), pp. 177-191.

⁹ *Pakeha*, lo propio de los europeos asentados en Nueva Zelanda. [N. del T.]

⁹ Carta de 1 de octubre de 1833, *Missionary Register*, noviembre de 1834, p. 513. A William BROWN, *New Zealand and its Aborigines*, Londres, 1845, p. 101, le habían dicho que «los nativos únicamente aprenderían toda clase de vicios por medio de la lengua inglesa».

¹⁰ Carta del 6 de junio de 1842, citada por C. J. PARR, «A Missionary Library, Printed Attempts to Instruct the Maori, 1815-1845», *Journal of the Polynesian Society* 70 (1961), pp. 429-450 (p. 445).

¹¹ WOON a la Wesleyan Mission Society, 24 de noviembre de 1838: «Las prensas serán un poderoso medio de sacar a la luz los errores del sistema [papista]», *Wesleyan Mission*

producción impresa de Colenso no es otra cosa que considerar cómo todo lo dicho se llevó a la práctica.

Más avanzado el siglo, tanta insistencia en los textos bíblicos iba a tener un profundo impacto sobre la conciencia de los maoríes, pues les proporcionó una nueva fuente de imágenes que cantar y contar y avivó la expresión de las presiones políticas y económicas contra el gobierno. Pero los misioneros no imaginaban tales consecuencias en la década de 1830 cuando su hincapié en las escrituras en maorí llevaba implícitos ideales cuya ingenuidad hoy resulta evidente. Tal ingenuidad también está presente en el proyecto de enseñar a leer y a escribir en las escuelas misionales. Los entusiastas informes enviados a Londres acerca del extraordinario deseo que los maoríes mostraban por aprender a leer, el estímulo añadido que suponía recurrir a profesores nativos y la intensa demanda de libros de todo ello resultante, demanda en apariencia inagotable, constituyeron la necesaria presión para que se les enviase el único instrumento considerado esencial para que la alfabetización universal, principal medio para la salvación personal, surtiera efecto de forma instantánea. Me refiero, por supuesto, a la imprenta.

Pero ¿cuál era la realidad? Aunque Kendall abrió la primera escuela con treinta y tres alumnos en 1816, las cifras no fueron verdaderamente significativas hasta comienzos de la década de 1830. Existe una coincidencia casi absoluta en los informes, no sólo sobre que las escuelas demostraban su eficacia, sino también sobre que los maoríes se alfabetizaban con la mayor de las facilidades. De una escuela se decía en 1829: «No hace seis años accedieron a los rudimentos mínimos del saber: ahora, muchos de ellos pueden leer y escribir en su propia lengua con corrección y dominan por completo las primeras reglas aritméticas»¹². Un visitante de cierta misión anotó en 1833:

No estaba preparado para encontrar entre un pueblo que carecía de lenguaje escrito con anterioridad tantas personas que se hubieran beneficiado de la instrucción impartida en nuestras escuelas misionales [...] [En la escuela masculina] observé que estaban representados todos los rangos y edades, jefes y súbditos, viejos y jóvenes, siervos y libres, recibiendo y ofreciendo instrucción, con un grado de decoro y regularidad que hubiera honrado a una escuela del mismo tipo en Inglaterra. El

Notices, n.s. 9 (septiembre de 1839), p. 142. H. WILLIAMS, 2 de diciembre de 1840: «[necesitamos] un vigoroso esfuerzo en estos momentos para hacer frente a la demanda de libros antes de que los papistas avancen con su basura», citado por Parr, «A Missionary Library», p. 447. La misión católica romana llegó en 1838, su principal prensa (una Gaveau) lo hizo el 15 de junio de 1841.

¹² G. CLARKE, *Missionary Register*, diciembre de 1829, p. 372.

catecismo, leer, deletrear, escribir al dictado en pizarras y el cálculo eran las actividades a las que se dedicaban las clases superiores, mientras que las inferiores se dedicaban a aprender el alfabeto y a hacer las letras [...] [En la escuela femenina] las alumnas mayores leen extraordinariamente bien y lo mismo escriben al dictado en pizarras [...] Incluso hombres de tribus rivales han dejado a un lado sus antagonismos y se unen para la instrucción, sin mirar quién es el maestro, aunque sea esclavo, y valorando que los instruya incluso un muchacho¹³.

La exaltada retórica letrada de esa descripción resulta en sí misma elocuente: quien escribía, un tal Capitán Jacob, convierte las rutinas escolares en una visión de la sociedad que él desearía ver construirse, una incluso mejor que la suya propia. De la misión de Waimate señaló:

La escritura de las clases superiores era realmente mejor que la de muchos escolares en Inglaterra y, lo que me sorprendió mucho, señaladamente carente de faltas de ortografía; lo que puede deberse únicamente a la simplicidad de su lengua, en la que cada letra corresponde a un solo sonido. Aquí también vi jefes y súbditos, hombres libres y esclavos, todos unidos en las clases¹⁴.

Hobbs, en enero de 1833, anotaba:

Desde hace bastante tiempo se ha convertido en una moda entre la gente joven ponerse a aprender a leer [...] Tal es el deseo de muchos de los nativos por aprender a leer que en varias ocasiones han traído cerdos, que pesarían entre cincuenta y cien libras, y los han ofrecido como pago por un libro que contenía algunos santos capítulos de las Sagradas Escrituras y la liturgia de la Iglesia de Inglaterra¹⁵.

Los informes de los misioneros también dan la impresión de que una vez conocidos los rudimentos muchos pupilos maoríes se ponían a enseñar a otros:

En todas las aldeas hay algunos nativos que leen y escriben: y cuentan con una escuela creada por los mismos nativos, donde

¹³ W. JACOB, 13 de marzo de 1833, *Missionary Register*, enero de 1834, p. 60.

¹⁴ *Ibid.*, p. 61.

¹⁵ *Missionary Register*, febrero de 1834, p. 119.

se enseña a un grupo a leer y escribir; y su catecismo a viejos y a jóvenes. Su deseo de tener libros es muy grande¹⁶.

[...] muchos de los nativos, que viven lejos, manifiestan un gran deseo de recibir instrucción; y con muy poca ayuda nuestra están aprendiendo a leer y a escribir; y sus esfuerzos han dado tan buenos resultados que conocen algunas de las letras del alfabeto y pueden escribirlas¹⁷.

[...] hay muchas aldeas en que las escuelas son dirigidas completamente por los nativos y algunos de ellos dan muestras de un considerable dominio al leer y escribir. No está muy lejos el día en que sea normal que el pueblo pueda leer por sí mismo, en su propia lengua, las maravillosas obras de Dios¹⁸.

Pero tales informes son anecdóticos en lo esencial y no resultan muy informativos como relatos objetivos, sino que más bien expresan, en el peor de los casos, simples ilusiones o, en el mejor, una definición de lo que se esperaba de la alfabetización y del impacto de los textos impresos, en cualquier caso muy por debajo de lo que exigían los cambios sociales a los que se estaba exponiendo a los maoríes¹⁹.

¹⁶ G. Clarke, *Missionary Register*, febrero de 1834, p. 119.

¹⁷ W. PUCKEY, 6 de enero de 1835, *Missionary Register*, julio de 1836, p. 155.

¹⁸ G. Clarke, 12 de febrero de 1833, *Missionary Register*, octubre de 1833, p. 468.

¹⁹ Las síntesis sobre la alfabetización entre los maoríes en este periodo inicial más útiles son C. J. Parr, «A Missionary Library», cit., y «Maori Literacy 1843-1867», *Journal of the Polynesian Society* 72 (1963), pp. 211-234; y M. D. JACKSON, «Literacy, Communications and Social Change», en I. H. Kawharu (ed.), *Conflict and Compromise: Essays on the Maori since Colonizations*, Wellington, 1975, pp. 27-54. Estudios relacionados son G. S. PARSONSON, «The Literate Revolution in Polynesia», *Journal of Pacific History* 11 (1967), pp. 39-57, y G. DUVERDIER, «La Pénétration du livre dans une société de culture orale: le cas de Tahiti», *Revue Française d'Histoire du Livre*, n.s. 1 (1972), pp. 27-51. La minuciosidad de Parr al anotar tantas referencias documentales relativas a la lectura y escritura maoríes en las décadas de 1830 y 1840 ha facilitado enormemente mi propia investigación; asimismo, he encontrado el admirable análisis de Jackson muy pertinente porque se ocupa específicamente del análisis del cambio social maorí desde la posición privilegiada de la alfabetización (p. 28). Michael Jackson también me condujo hacia M. STANLEY y su «Technicism, Liberalism, and Development: a Study in Irony as Social Theory», en *Social Development: Critical Perspectives*, Nueva York, 1972, pp. 274-325, un sugerente análisis de las repercusiones conceptuales de la tecnología para la estructura social y para la (sólo implícita y apriorísticamente) *histoire du livre*.

No obstante, sostengo que los primeros misioneros y los historiadores recientes también han interpretado mal los testimonios documentales sobre la alfabetización maorí. Si ya no se cumplía en la década de 1840, la asentada idea del rápido logro de la alfabetización por parte los maoríes en la década de 1830 tiene que estar equivocada: no es posible que una alfabetización con potencialidad para producir un cambio social se produjera en un periodo tan corto de tiempo. Aceptando los relatos eufóricos de los misioneros de la década de 1830, Parr se pregunta a propósito de la década de 1840: «¿Qué sucedió? ¿Adónde fue-

Es como si la noción misma de la cultura escrita conllevara un lenguaje exaltado de autoaprobación y de apertura de posibilidades infinitas. Víctimas de su propio mito, los misioneros hallaron lo que querían encontrar e informaron lo que sabían que su comité de Londres deseaba oír. Marsden, Williams, Hadfield y Pompallier eran hombres inteligentes, pero qué entenderían exactamente por «leer» y «escribir» para afirmar:

Los nativos [...] llevaban en sus manos la letanía y la mayor parte del oficio de la iglesia, con sus himnos, escritos en su propia lengua. El oficio de la iglesia, desde que ha sido traducido, pueden leerlo y escribirlo con la mayor de las facilidades²⁰.

Estaba encantado de encontrar en cualquier parte a la que me dirigía alguien que podía leer y escribir. El oficio de la iglesia había sido traducido a la lengua nativa con el catecismo, los himnos y algunas otras piezas de utilidad. Todos están entusiasmados de poder leer; y hay muchos que nunca han tenido la oportunidad de asistir a las escuelas, pero que, no obstante, pueden leer. Se enseñan los unos a los otros en todas partes del país²¹.

Lo que podría significar «enseñar unos a otros» es apuntado por Henry Williams:

Un hombre joven empezó a preguntar el significado de las letras. Se las escribí y en media hora las conocía todas y las estaba enseñando a otros fuera del lugar en donde estábamos. Vinieron muchos más hasta que no hubo papel de ninguna clase donde se pudiera hacer una copia. Por fin, trajeron pedazos pequeños para que les escribiera las letras y alrededor de unos 200, viejos y jóvenes, estaban al momento dedicados a enseñar y a

ron los profesores que se reclutaban a sí mismos, los viajes de cien millas para conseguir libros e instrucción, los ágiles aprendices de las letras, las escuelas que hacía sólo una docena de años antes estaban atestadas?» («Maori Literacy», p. 221). Aunque son pocos los maoríes que hoy en día son iletrados, en el más simple sentido funcional, la palabra escrita e impresa no es el modo de comunicación al que recurren habitualmente. Por tanto, la cuestión es más fundamental que si los maoríes consiguieron alfabetizarse completamente o no en la década de 1830 o por qué los misioneros no lograron su completa alfabetización. Es, en cambio, ¿por qué los maoríes «fracasaron» en su alfabetización? O, para cambiar el peso de la culpa, ¿qué tienen la alfabetización y los libros que resultan técnicas tan inadecuadas para enfrentarse a las complejas realidades de una experiencia social tan altamente civilizada como la que poseían los maoríes y que la mente letrada intenta fijar en manuscrito e impreso de una manera que quizá sea demasiado rápida y reduccionista?

²⁰ MARSDEN, 14 de marzo de 1830, *Missionary Register*, enero de 1831, p. 58.

²¹ Marsden, febrero de 1837, *Missionary Register*, abril de 1838, p. 137.

aprender las letras con el mayor interés posible. [A la mañana siguiente] los muchachos trajeron sus papeles para que leyera sus letras y me preguntaron qué era lo próximo que iban a aprender²².

Gran número de personas aprenden a leer y a escribir sin haber asistido a la escuela porque poseen un libro, o una parte de alguno, y lo deletrean hasta que conocen todas sus palabras²³.

Aprenden fácilmente a leer y a escribir sin necesidad de que les enseñen de forma continuada. Sólo es necesario darles unos cuantos folletos de lectura fácil y escribir algunos caracteres en trozos de pizarra para que en tres meses lean y escriban en su propia lengua²⁴.

Por comparación, R. K. Webb, en *The British Working-class Reader*, dice que en la Borough Road School de Londres a comienzos del siglo XIX se tardaba doce meses en enseñar a un niño a leer y entre tres y cuatro años a escribir bien y a calcular²⁵. Un relato más objetivo de la naturaleza de la alfabetización maorí es el que nos ofrece Fairburn en 1838:

Ahora apenas hay una pequeña tribu en la que no haya alguien que pueda escribir y leer. Menciono esto de una manera más particular, como si tuviera que sonar raro a un inglés oír que nos hemos encontrado con muchos nativos autodidactos que podían escribir sobre una pizarra o un papel para expresar lo que quieren, mientras que eran incapaces de leer una sola línea de un libro. Sus hábitos de ociosidad [...] de alguna manera favorecen el que oigan leer. Desde que disponen de libros los emplean, no tengo la menor duda, como diversión, en enseñarse unos a otros; parece haber desbancado a las damas, su otrora juego favorito²⁶.

Algo así es, al menos, lo que sugiere la mínima competencia de muchos de los llamados «lectores».

²² *The Life of Henry Williams*, H. Carleton (ed.), Wellington, 1948, p. 137.

²³ HADFIELD, 22 de julio de 1840, citado por Parr, «A Missionary Library», p. 438.

²⁴ J. F. B. POMPALLIER, *Early History of the Catholic Church in Oceania*, Auckland, 1888, p. 47.

²⁵ Londres, 1955, p. 17. El analfabetismo era probablemente alto entre los colonos británicos de clase obrera. Mi propio abuelo paterno era analfabeto, firmó tanto su certificado matrimonial como su testamento con una cruz; y mi abuela materna, como muchos jefes maoríes y reyes medievales, «escribía» sus cartas dictando.

²⁶ 30 de abril de 1836, *Missionary Register*, julio de 1839, p. 348.

Si tenemos en cuenta que la enseñanza de la lectura elemental es en principio oral/auditiva, no visual, porque implica pronunciar y repetir letras, sílabas y palabras (una práctica que se ve reforzada allí donde hay pocos libros y menos textos y grupos de enseñanza), podemos apreciar cómo la repetición oral memorística podría enmascarse en forma de lectura: y los maoríes –habitados a una tradición oral– poseían la más retentiva de las memorias²⁷. La interconexión es evidente en el informe de Kemp de 1832: «Se necesitan más traducciones de las Sagradas Escrituras, los nativos casi se han estancado: algunos han memorizado todo lo que está impreso: espero que esto se remedie pronto con nuevas impresiones»²⁸. O Williams en 1832: «Sentimos una apremiante necesidad de libros para los nativos: los que tienen ahora, por lo general, ya se los saben de memoria»²⁹. Otros informes particulares resultan ser de interés general:

Los nativos manifiestan un fuerte deseo de aprender a leer las Sagradas Escrituras [...] Donde quiera que estoy entre nativos oigo repetir partes del catecismo. Un nativo, aunque no sabía leer, había oído una parte considerable de los catecismos, hacía las preguntas a los que estaban a su alrededor; y luego él y los otros repetían las respuestas³⁰.

He visitado una tribu en la que la única enseñanza era impartida por un maorí que había aprendido a leer en Paihia y, una vez vuelto a su aldea, les lee las Sagradas Escrituras a sus paisanos. Antes, tenían la costumbre de reunirse y repetir de memoria el credo y el padrenuestro, al no poder leerlos ninguno de ellos³¹.

Me llamó la atención [...] un hombre ciego que leía las Sagradas Escrituras [...] Se me acercó hace un tiempo y me pidió si podía darle un libro completo. Le pregunté qué utilidad podía tener un libro para él, pues era ciego. Replicó que sería de gran utilidad; porque, aunque no podía ver, podía oír; y al tener uno podría hacer que otros se lo leyesen hasta que lo pudiera ver de memoria [...] Yo [más tarde] vi al pobre tipo echado en el

²⁷ Véase Duverdier, «La Pénétration», pp. 42 ss., y W. ELLIS, *Polynesian Researches, during a Residence of Nearly Eight Years in the Society and Sandwich Islands*, 2 vols., Londres, 1829, I, pp. 429-493; II, p. 20. Duverdier toma la mayor parte de su material de Ellis.

²⁸ 3 de enero de 1832, *Missionary Register*, septiembre de 1832, p. 406.

²⁹ 6 de julio de 1832, *ibid.*, mayo de 1833, p. 243.

³⁰ C. BAKER, 26 de diciembre de 1831, *ibid.*, septiembre de 1832, p. 407.

³¹ FAIRBURN, 30 de abril de 1838, *ibid.*, julio de 1839, p. 348.

suelo con su libro abierto ante él, como si estuviese reflexionando sobre su contenido, repitiendo en voz alta versículo a versículo³².

¿«Pobre tipo»? Memorizar un texto te convierte en una biblioteca viviente de una manera que ningún libro leído puede conseguir. La repetición del catecismo –sabido *de memoria*, no leído *con los ojos*– era, después de todo, la mayor prueba de que se había producido la conversión. Sin otra intención que ilustrar la naturaleza ilusoria del supuesto cambio de la oralidad a la cultura escrita cito a sir Apirana Ngata, en su «The Maori and Printed Matter» [El maorí y lo impreso], escrito en 1940:

La gente prefería que les leyesen un escrito o un impreso. Esto no sólo les aliviaba del trabajo de tener que pronunciar las palabras, sílaba a sílaba, sino que resultaba más cercano a lo que era su costumbre que la muda transferencia visual: estaba más cerca de la narración tradicional de los expertos narradores de historias o de los que recitaban poética y sacerdotalmente. Más que eso, el genio de la raza prefería la educación a través del oído, expresada por verdaderos artistas en la entonación y la gesticulación [...] El impreso de hecho alcanzó una popularidad limitada, pero por cada propietario de las Sagradas Escrituras, la liturgia de la iglesia o Rawiri*, había en los días de mi niñez cincuenta o más personas bien dispuestas a oír y memorizar las palabras de los libros impresos que eran leídas por ministros, profesores o lectores laicos³³.

Si el leer, un arte que se recibe de forma pasiva y que se adquiere con mayor facilidad, podía ser esquivado con tanta facilidad, ¿qué sucedería con la escritura? Era la contrapartida activa de la lectura, una habilidad personalmente expresiva, pero mucho más penosa de adquirir. Resultaba difícil por lo primitivo, costoso y escaso de las plumas, la tinta y el papel. Una pizarra puede probar que alguien sabe escribir, pero no que escriba cualquier cosa. De la misma forma que los elementos orales de la lectura nunca dejarán de limitar la percepción visual completa y natural de los textos, confiar en la escritura y tener soltura en su uso es algo que sólo se logra de forma pausada como resultado de una larga familiaridad con lo escrito³⁴. En Europa, el tes-

³² H. WILLIAMS, 29 de agosto de 1834, *ibid.*, noviembre de 1835, p. 258.

* Rawiri, devocionario. [N. del T.]

³³ En McKay, *A History of Printing in New Zealand*, pp. 48-49.

³⁴ Este punto está bien tratado en Clanchy, *From Memory to Written Record*.

timonio oral primó sobre la prueba escrita durante siglos; esperar que un pueblo no letrado invirtiera esa tendencia en sólo una década era irreal y presumir que tal cosa ya había sucedido constituía un error³⁵.

El principal uso que los maoríes le dieron a la alfabetización no fue la lectura de libros por las ideas que éstos contuvieran, mucho menos por el acceso a las verdades reveladas que conllevaran, sino la escritura de cartas. Para ellos lo realmente milagroso de escribir era la posibilidad de ser transportado; al anular la distancia, una carta permitía a la persona que la escribía estar en dos lugares al mismo tiempo, su cuerpo en uno, sus pensamientos en otro. Fue la dimensión espacial de la escritura, no su persistencia temporal, lo que la dotó de fuerza política al permitir la aproximación de las tribus y la planificación de una guerra más de una década después³⁶. El tiempo histórico, definido mediante documentos datados y de obligado cumplimiento legal, suponía un desafío mucho más profundo a una cultura oral acostumbrada a reformular sus tradiciones pasadas de acuerdo con las necesidades presentes. Es un desafío al que todavía se resiste.

En un viaje de 1833, Williams recibió algunas cartas enviadas tanto a él como a sus ayudantes maoríes y recoge la reacción de otro maorí que nunca había visto una carta hasta aquel momento:

Esto fue algo curioso para la gente del lugar porque pudieron ver la naturaleza y el valor de los caracteres escritos, por el tes-

³⁵ Entre los que afirman los derechos maoríes y defienden una *mana* maorí [*N. del T.*: *Mana*, soberanía, autoridad propia], los más conciliadores con las actitudes europeas insisten en la facilidad y la velocidad con la que los maoríes se habrían alfabetizado, los menos conciliadores y más radicales, en la suprema importancia de la tradición oral y la irrelevancia virtual del «libro» europeo. En la práctica, domina el modo de comunicación oral. Al obligar a quien habla con toda su elocuencia a sustituir esta fluidez que ya tiene por un modo de comunicación en el que posee una menor fluidez, la alfabetización puede funcionar insidiosamente como una fuerza culturalmente regresiva. Tal es al menos como muchos maoríes lo han sentido.

Como Jane McRae me recuerda, hay pocos escritores maoríes y muy pocos que escriban en maorí, pero la tradición de composición y exposición orales continúa, es la única tradición con estructuras o estilos «literarios» y el texto «sonoro» es normalmente lo único que se puede leer. Incluso en departamentos universitarios de estudios maoríes el libro es algo sospechoso. En las bibliotecas apenas se consultan textos manuscritos e impresos o publicaciones de europeos sobre cuestiones maoríes; la etiqueta oral, el debate y el traslado de conocimientos en los *marae* es lo que importa [*N. del T.*: *Marae*, espacios públicos de reunión (plazas, patios, etc.)]. Tales condiciones animan la espontánea recreación dramática, oralmente improvisada, de historias o temas compartidos y un concepto *evolucionista* de los textos; el texto fijado, que captura en el impreso un momento arbitrario en el continuo del intercambio social exige un sentido distinto de la historia y su propia reejecución literal. Véase M. KING, «Some Maori Attitudes to Documents», en Michael King (ed.), *Tihei Mauri Ora: Aspects of Maoritanga*, Auckland, 1978, pp. 9-18.

³⁶ Jackson, «Literacy. Communications and Social Change», p. 38; véase también A. BUZACOTT, *Mission Life in the Islands of the Pacific*, Londres, 1866, pp. 66-67.

timonio de aquellos paisanos suyos. Para delicia de todos, nuestros muchachos parecían haber esperado *sus* cartas y les echaban un vistazo con tanto agrado como nosotros hacíamos con las *muestras*; las repetían en voz alta, para admiración de sus oyentes, que se sorprendían al oír «hablar un libro», como ellos decían: porque, aunque esperan que un europeo pueda hacer cosas extraordinarias, no llegan a entender que un joven neozelandés pueda poseer la misma capacidad³⁷.

A comienzos de la década de 1830, vemos los dubitativos inicios de la escritura en algunas cartas de petición de bautismo formuladas por escrito, probando (como decía William Yate) que «el corazón del sanguinario e ignorante neozelandés es como el corazón del civilizado y educado inglés»³⁸. Los originales, por supuesto, estaban en maorí.

Yo, Pahau, estoy ahora escribiéndole una carta. Quizá no le guste y la devuelva; y luego, quizá, mi corazón se entristezca y lllore. Ahora, entonces, voy a escribirle. Léala primero, del principio al final, de este lado y del otro lado, antes de que diga «Tonterías» y la arroje y la rompa en pedazos. Ahora, Mr. Yate, escuche lo que voy a decir sobre este papel. He estado pensando y pensando sobre lo que estoy escribiendo; y ahora yo estoy pensando que cerrará sus oídos y no me escuchará. Esto es lo que voy a escribir: Recuerde, que si dice «Tonterías» fue usted quien dijo que pusieramos nuestros deseos por escrito en un libro³⁹.

Con un humor que evoca a Caxton, otra carta comienza: «Mi tinta no es buena, mi papel sucio y yo estoy completamente avergonzado»⁴⁰. Otra, de marido y mujer: «Hay muchas faltas en la carta de nosotros dos; Mary dice: “No la envíes; espera y habla cuando venga a Kerikeri”»⁴¹.

Estas traducciones son disparatadas (el uso de Yate de «nosotros dos» para el pronombre dual en maorí se refiere a él, no al escritor), pero donde no hay errores es en la falta de confianza, en el manejo poco seguro de este instrumento, en la ansiedad que provoca expresarse por este medio. Y no eran neozelandeses ignorantes. Constituían la elite alfabetizada en maorí, no eran los jugadores de damas

³⁷ *Missionary Register*, septiembre de 1834, pp. 418-419.

³⁸ *Ibid.*, abril de 1832, p. 192.

³⁹ *Ibid.*, Carta 6.

⁴⁰ *Ibid.*, Carta 7.

⁴¹ *Ibid.*, octubre de 1834, p. 460. Véase también *Letters to the Rev. William Yate from Natives of New Zealand Converted to Christianity*, Londres, 1836.

convertidos en emborronadores de papeles, sino los que ya estaban preparados para recibir el bautismo. El uso de las cartas para propósitos políticos estaba todavía a años de distancia. La imprenta no se convirtió en un instrumento de expresión propia para los maoríes hasta finales de la década de 1850⁴². Cuando esto sucedió —en periódicos maoríes— las razones fundamentales, las fuerzas que de hecho entraron en acción, fueron económicas, políticas y militares, no religiosas. *He wahine, he whenua, e ngaro ai te tangata* —por las mujeres, por la tierra, perecen los hombres—. La cuestión que moviliza a los maoríes, entonces y ahora, es la tierra. Sólo cuando la alfabetización empezó a servir a ese supremo interés social pudo ser demandada de forma significativa como un fin en sí misma. Sus raíces en los textos de una religión extraña eran inevitablemente superficiales, pese a la tecnología tipográfica.

Pero para los misioneros la imprenta era la gran esperanza. «Sentimos muchísimo la necesidad de una imprenta, para tirar algunas copias de partes de las Sagradas Escrituras que podrían leer algunos nativos que ahora están con nosotros», había escrito Davis a la Church Missionary Society en 1827⁴³. En 1828, Williams escribió «queremos un impresor y debemos tenerlo»⁴⁴. El ruego a la Church Missionary Society fue repetido en dos ocasiones en 1829. Cuando esa imprenta, desde hacía tanto tiempo deseada, llegó por fin produjo una enorme decepción, lo que prueba que la tecnología en sí misma no es nada sin una mente humana y una técnica esmerada que la hagan funcionar en un contexto donde realmente se le conceda importancia. En 1830, William Yate trajo una pequeña imprenta desde Sidney y un muchacho de quince años, James Smith, para ayudarlo. Ni Yate ni Smith poseían ninguna capacitación profesional.

En su diario de septiembre de 1830 Yate anotó «hemos alcanzado el éxito más allá de nuestras más optimistas expectativas» con la impresión de unos cuantos himnos en lengua nativa. Se trataba de los primeros ejemplares que se imprimían en Nueva Zelanda. «Les damos las gracias por la imprenta», respondió a Londres, «y no duden que, con la ayuda de Dios, será un instrumento que reportará grandes bienes a esta tierra. A través del ejemplar de un himno realizado con ella, se darán cuenta de que seremos capaces de dominarla en muy poco

tiempo»⁴⁵. Otros compartían el mismo tono. Kemp informaba que «las escuelas recibirán un gran beneficio de la imprenta porque seremos capaces de imprimir partes de las Sagradas Escrituras, que son necesarias»⁴⁶. Parece que no se ha conservado ningún ejemplar de estos himnos, pero Yate y Smith también imprimieron un pequeño catecismo en maorí, aunque las dos copias conservadas prueban la crasa incompetencia de los impresores en el cepillado de los tipos, la fijación de la forma y la composición. Escribiendo un año más tarde a propósito de una nueva traducción, Yate hubo de enfrentarse a los hechos: «No [...] podremos imprimirla aquí»⁴⁷.

Henry Williams, dos años después de este primer intento, comunicó a sus superiores:

Nos han enviado una imprenta de cierta clase y les remitimos un ejemplo de su producción, acompañado con numerosas expresiones de satisfacción pero no eran más que los primeros sentimientos fruto de la excitación por la novedad del trabajo: allí está la pobre cosa entre telarañas, como acicate para futuros deseos e ilusiones. La ha examinado un impresor de alguna experiencia que no la querría ni como un regalo [...] Si tuviéramos algo más decente, trabajaríamos más que ahora⁴⁸.

Como dice el proverbio maorí, recordado después por Colenso, «incluso un hacha pequeña, bien usada, puede traer mucha comida». Pero con Yate en el papel de recolector, los misioneros se morirían de hambre. Fracasados sus propios intentos, Yate volvió a Sidney el año siguiente para supervisar la impresión de lo que, cuando llegó, describió como «la carga más valiosa que nunca ha llegado a las costas de Nueva Zelanda»: 1.800 copias de un libro que contenía ocho capítulos del Génesis y casi la mitad del Nuevo Testamento⁴⁹. Al recibir esos libros en 1833, Williams escribió a casa: «Espero que nuestros buenos amigos de Londres vean la necesidad de concedernos una imprenta y un impresor. El libro es de 250 páginas y está lleno de errores tipográficos, no menos [...] de dos por página. No se puede distribuir sin haberlo corregido antes. Demasiado trabajo para hacerlo en las colonias»⁵⁰. En 1836 Colenso era incluso menos lisonjero

⁴² Véase W. J. CAMERON, «A Printing Press for the Maori People», *Journal of the Polynesian Society* 67 (1958), pp. 204-210; y Johannes ANDERSEN, «Maori Printers and Translators», en McKay, *A History of Printing in New Zealand*, pp. 33-47. Un periódico del gobierno oficial, *Te Karere o Nui Tirení*, después *Te Karere Maori*, se imprimió en maorí desde 1842 a 1846 y sin duda creó un primer cometido para este medio.

⁴³ Citado por Parr, «A Missionary Library», p. 432.

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ Julio y septiembre de 1830, *Missionary Register*, enero de 1831, p. 67.

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ Abril de 1831, *ibid.*, marzo de 1832, p. 150.

⁴⁸ 6 de julio de 1832. Cartas de Henry Williams, vol. II, 1830-1838, texto mecanografiado en el Auckland Institute and Museum.

⁴⁹ *An account of New Zealand*, Londres, 1835, p. 232.

⁵⁰ *Life of Henry Williams*, p. 185.

respecto a esta temprana exportación venida de Australia a Nueva Zelanda: «qué pena, no dan crédito al impresor, menos al encuadernador y todavía menos al editor –se ha calculado que hay no menos de 1.000 errores en la obra»⁵¹–. El fallido intento de Yate de 1830 privó a William Colenso del honor de ser literalmente el primer impresor de Nueva Zelanda, un Caxton neozelandés, como Coupland Harding lo iba a llamar después.

William Colenso, primo del obispo de ese nombre, nació en Penzance en 1811 y el 3 de septiembre de 1826 se vinculó durante seis años a un impresor local, John Thomas⁵². También por entonces leyó su primer ensayo en la Penzance Natural History and Antiquarian Society (sobre el comercio de los fenicios con el oeste de Cornualles) y compiló una historia de Penzance, *The Ancient and Modern History of the Mounts*, que fue impresa y publicada por Thomas en 1831. En octubre de 1833 se trasladó a Londres y encontró trabajo en Richard Watts and Son, Crown Court, Temple Bar, impresores de la Church Missionary Society y la British and Foreign Bible Society⁵³. Algunos artículos anónimos que escribió para la publicación periódica de carácter religioso *The Pilot* llegaron a la imprenta de Watts, quien reconoció la escritura manual de Colenso. Esto hizo que lo presentase a Dandeson Coates, secretario laico de la Society, justamente cuando los misioneros de Nueva Zelanda habían vuelto a suplicar que se les

⁵¹ Carta a Dandeson Coates, 9 de enero de 1836.

⁵² A. G. BAGNALL y G. S. PETERSEN, *William Colenso; Printer, Missionary, Botanist, Explorer, Politician; His Life and Journeys*, Wellington, 1948; es la biografía estándar. Los diarios de Colenso y su correspondencia con la Church Missionary Society se encuentran en la Hocken Library, de Dunedin; su libro mayor, cartapacio y libro registro de la imprenta están en la Alexander Turnbull Library, Wellington; su correspondencia con Coupland Harding está en la Mitchell Library, Sydney; su libro memorándum personal, del tiempo que trabajó para Watts y viajó a Nueva Zelanda, y su testamento están en el Hawkes Bay Museum and Art Gallery. Aún no se ha hecho una edición de los registros de su tipografía ni un estudio concienzudo de su trabajo como impresor. R. COUPLAND HARDING escribió tres breves relaciones: «New Zealand's First Printer», *The Inland Printer* 7, (1889-1890), pp. 504-506; «Relics of the First New Zealand Press», *Transactions and Proceedings of the New Zealand Institute* 32 (1900), pp. 400-404; «William Colenso: Some Personal Reminiscences», *The Press* (Christchurch), 27 de febrero de 1899. Harding también imprimió algunos papeles de Colenso, incluido *Fifty Years Ago in New Zealand*. Véanse también H. HILL, «The Early Days of Printing in New Zealand: a Chapter of Interesting History», *Transactions and Proceedings of the New Zealand Institute* 33 (1901), pp. 407-426; y J. ANDERSEN, «Early Printing in New Zealand», en McKay, *A History of Printing in New Zealand*, pp. 1-31. El destino de la imprenta Stanhope de Colenso se desconoce; su Columbian está probablemente en *Te Papa Tongarewa*, Wellington; su *Aibion foolscap* Albion (Hopkinson and Cope, n.º 1964, fechada en 1845) está en el Hawkes Bay Museum and Art Gallery.

⁵³ El libro memorándum de Colenso para esta época detalla sus salarios y la forma en que los ganaba por composición, corrección, modificación de cabeceras, parte de beneficios o se le reducían por penalizaciones de velas y errores en la fundición (el último le costó 16 chelines 4 peniques), además de otras características de una tipografía de comienzos del siglo XIX observadas con toda lucidez.

enviase una imprenta. Comisionado como impresor por la Society y preparándose para ir a Nueva Zelanda en 1834, Colenso escribió en su diario: «Además de las tentaciones de Satán de que no me interese por Jesús, me está asaltando con un “Vas a ultramar y no estás preparado para el trabajo”». De hecho, no había nadie más preparado que él. Colenso llegó a Paihia, en el norte de Nueva Zelanda, el 30 de diciembre de 1843. Al día siguiente, registra, «numerosos nativos vinieron a verme –y cuando supieron que era impresor quedaron embelesados– gritando *Pukapuka*». El sábado 3 de enero de 1835, escribió a Coates,

Momento memorable en los anales de Nueva Zelanda: he conseguido llevar a tierra la prensa. Tuve que desembalarla a bordo, pero, me alegra decir, todo está ya a buen recaudo en la orilla. Ojalá hubiera visto, mi querido señor, a los nativos cuando fue desembarcada, bailaban, gritaban y brincaban en el agua, dando salida a las más salvajes efusiones de alegría. Preguntaban por su uso y por su emplazamiento con toda esa pasión que se celebra en la naturaleza incivilizada. Ciertamente ¡nunca han visto nada como esto hasta ahora! Confío en que pronto podré ponerla en funcionamiento. ¡Que el Padre de Misericordia [...] me conceda fuerza y capacidad para trabajar con ella para Su Gloria! ¡Que sea un instrumento, bajo Su bendición, para atraer a miles de personas a la cruz de nuestro Emmanuel! y para eliminar ese velo sombrío de oscuridad y penumbra con el que «el príncipe del poder del aire» durante tanto tiempo y con tanto éxito ha envuelto a los habitantes de estas islas⁵⁴.

De hecho, llevar la Stanhope hasta la orilla había sido difícilísimo y por miedo a que los paquetes de tipos fueran incautados para hacer balas de mosquete no pudieron desembalarse hasta que estuvieron a buen recaudo en tierra. No obstante, es más reveladora la lista de artículos que Colenso consideró de absoluta e imprescindible necesidad porque ilustran la diferencia entre el valor simbólico «de la imprenta» y las realidades materiales que son precisas para ponerla en marcha:

Para información de los impresores, señalaré unos cuantos, aunque temo que mi relación será apenas creída. No había piezas de madera de ningún tipo, no había cuñas [...] ni galeras, ni

* *Pukapuka*, libros. [N. del T.]

⁵⁴ Colenso Papers, Hocken Library.

A	E	I	O	U	H	K	M	N	P	R	T
W	G						?	!	(:	;
A	E	I	O	U	H	A	E	I	O	U	H
K	M	N	P	R	T	K	M	N	P	R	T
W	G	?	!	(-	W	G			[,
I	2	3	4	5	6	7	8	9	o	:	—

<i>m</i>	<i>g</i>	<i>h</i>	<i>k</i>	<i>r</i>	<i>t</i>	<i>p</i>	<i>w</i>	
<i>n</i>	<i>w</i>	<i>g</i>	<i>n</i>	<i>e</i>	<i>i</i>	<i>p</i>	.	;
<i>u</i>							,	Hair Space
<i>o</i>	<i>m</i>	<i>k</i>	<i>h</i>	<i>o</i>	<i>r</i>	En Quad	Em Quad	
<i>i</i>								
<i>e</i>	<i>u</i>	<i>t</i>	Thick Space	Thin Space	<i>a</i>	Quadrats		
<i>a</i>				Middle Space				

3. Caja de Colenso. Reproducida por cortesía de la Alexander Turnbull Library, Wellington.

cajas, ni regletas de ningún tamaño, ni filete de composición, ni componedores (salvo uno particular mío que había comprado hacía dos años en Londres, ¡una circunstancia afortunadísima!), ni mesas para la tinta, ni potasa, ni cepillos de lejía, ni mazo, ni tirador, ni rodillos, ni surtido de papel, aunque había un molde macizo de hierro [...] [pero] ni piedra ni cuerdas de planas; y lo peor de todo, de hecho ¡¡no había papel de imprimir!⁵⁵

A tal punto llegaba la ignorancia e incompetencia de los mentores de Colenso sobre el arte por el que sentían tanto aprecio. Colenso encontró un carpintero local que le hizo unas cuantas galeras, una pequeña mesa para la tinta, algunos accesorios y cuñas, aunque se quejaba de que estas últimas «eran cosas desechadas (en parte por la falta de madera adecuada y seca)» y le dieron «una enorme cantidad de trabajo, molestias y dificultades». El carpintero también le hizo

dos o tres pares de cajas de tipos para la imprenta conforme al diseño que yo hice. Como la lengua maorí posee sólo 13 letras (la mitad del alfabeto inglés) ideé un nuevo tipo de cajas, para tener tanto los caracteres romanos como los itálicos en un par de cajas; sin distribuir las restantes 13 letras (consonantes) que se emplean en la composición del inglés, al no ser necesarias [...] Tal disposición resultó ser muy buena mientras tenía que componer sólo en maorí; pero cuando tenía algún manuscrito inglés que componer sucedía todo lo contrario, entonces tenía que sacar las consonantes inglesas desechadas de sus montones envueltos en paquetes de papel a medida que las necesitaba. Por suerte esto sucedía muy rara vez; excepto en la época del Tratado de Waitangi (1840), cuando tuve que hacer frente a muchos trabajos de impresión para el Gobierno de la Colonia; y no teniendo más cajas, me vi obligado a colocar las letras necesarias en pequeñas cantidades sobre mesas, ¡y en el suelo!⁵⁶

Con la prensa ya instalada y los tipos dispuestos, se acordó que, como todos, europeos y maoríes, deseaban ver algo impreso, los mi-

⁵⁵ *Fifty Years Ago*, p. 6. Escribiendo a Coupland Harding el 31 de diciembre de 1890, Colenso recordó el primer encuentro de Williams con la imprenta práctica: «Mr. W. evidentemente nunca había visto una máquina de composición antes: estaba a menudo en la imprenta y puedo recordar bien su exclamación de sorpresa encantada al ver una línea dispuesta en el componedor: “a menudo se preguntaba con admiración cómo era posible que todas las líneas tuvieran la misma longitud”».

⁵⁶ *Fifty Years Ago*, p. 7.

sioneros suministrasen algún papel de escribir, que el primer pliego que se imprimiese sería uno del Nuevo Testamento en maorí y que sería pequeño. Se eligieron las Epístolas a los Efesios y a los Filipenses. Colenso lo compuso y el 17 de febrero de 1835 tiró pruebas de lo que entonces creía que era el primer libro impreso en Nueva Zelanda, «llena la imprenta de espectadores para asistir al acontecimiento». El 21 de febrero,

fueron impresas, cosidas y cortadas para los misioneros veinticinco copias corregidas; sus esposas amablemente dieron unas cuantas hojas de papel secante rosa de sus escritorios con las que se hicieron tapas de papel de color para los opúsculos; que, por supuesto, habían de ser pegadas primero a un papel más fuerte. Este librito era en post octavo, con caracteres entredós y constaba de 16 páginas a doble columna. Para las regletas había tenido que recurrir al miserable sustituto de engrudar papel, secarlo y cortarlo [...] Y al no ser capaz de hacer un rodillo, me vi obligado a hacer lo que pude con una pequeña «bola» improvisada de mi propia invención⁵⁷.

Sin saber nada de las obras anteriores de Yate, Colenso escribió a Coates:

Este «primer fruto» de la imprenta neozelandesa, que el Señor me ha permitido iniciar y llevar a cabo, gusta mucho a los nativos. Puede que, como es la «Palabra de Dios», sea el medio para convertir a miles de ellos en «sabios hasta salvarse» y el preámbulo de que una más gloriosa luz evangélica brille en estas tierras ignorantes⁵⁸.

El 19 de mayo imprimió lo que de hecho es el primer libro en inglés, ocho páginas en octavo, un informe de la New Zealand Temperance Society. Conociendo la historia posterior de las leyes sobre venta de bebidas alcohólicas, se trataba de un comienzo premonitorio.

Un poco antes, el 23 de marzo de ese mismo año, después de saber que habían llegado a Sidney suministro de papel y más equipamiento para él, comenzó a componer una gran obra: todo el Nuevo Testamento en maorí. Era un demy-octavo, compuesto en cicero pequeño y que llegaba a las 356 páginas. Tiró los primeros pliegos de

⁵⁷ *Ibid.*, p. 9.

⁵⁸ 16 de marzo de 1835, Colenso Papers, Hocken Library; también *Missionary Register*, julio de 1836, p. 164.

una tirada de 5.000 ejemplares el 23 de junio de 1836. Los impresores maoríes que más tarde empleó y a los que pagaba 3 chelines a la semana se desilusionaron por «las numerosas molestias que son inseparables de este nuevo y maravilloso arte de imprimir», como apuntó Colenso, pero en dos ocasiones posteriores pudo contar con la ayuda de algunos marineros americanos que se habían formado como impresores antes de echarse a la mar. De la segunda pareja escribió:

Los sueldos que pagaba a esos dos hombres eran, en un principio, los mismos que a los dos impresores anteriores, 5 chelines al día; pero después de un corto tiempo, a petición suya, su paga pasó a 25 centavos o 1 chelín cada «prueba» (10 manos de papel = $\frac{1}{2}$ resma), además, como no podían estar siempre en la imprenta, se les pagaba 12 centavos, o 6 peniques por hora por otro trabajo que tuviera que ver con la tipografía, la encuadernación y el almacén —como secar y prensar y plegar las hojas, etc.—; pero nunca hacían nada relacionado con la distribución de tipos, e incluso si un tipo se salía o se rompía cuando trabajaban con las formas (lo que podía suceder, aunque raras veces) no lo reemplazaban o, más propiamente, no podían hacerlo; y tenían que pagar el papel que se estropeaba (si había alguno) lo que, no obstante, no suponía mucho dinero. Upham trabajó solo en la prensa durante un periodo de seis meses, después de que su compañero se fuera (siempre es un trabajo lento y molesto para una sola persona) y, por supuesto, desde ese momento se le pagó 2 chelines por «prueba». Era un impresor muy bueno y de toda confianza y mantenía el «color muy bien y sus rodillos en buen orden de trabajo»⁵⁹.

Colenso registra que cuando se acabó el libro un año y medio más tarde, en diciembre de 1837, «la demanda de ejemplares fue mayor de lo que se puede creer, de todas partes de Nueva Zelanda» y encontrando que era imposible encuadernarlos de manera suficientemente rápida envió una remesa de 500 ejemplares a Sidney para que lo hicieran allí (malamente, como lamentó más tarde). Como se decía que los maoríes valoraban más los artículos por los que tenían que pagar algo que los regalados, los libros se vendieron a 4 chelines cada uno. Como prueba del interés y de la demanda, Colenso hace el valioso apunte circunstancial (distinguiendo entre leer y escribir) de señalar que «como pocos de los principales jefes maoríes o sus hijos podían entonces escribir, muchos de ellos viajaron a pie y descalzos hasta

⁵⁹ *Fifty Years Ago*, p. 19.

Paihia, desde distancias muy grandes, para conseguir un ejemplar». William Jowett al responder, como secretario religioso de la Church Missionary Society, al deseo de ordenarse expresado por Colenso, le aconsejó que dirigiese sus pensamientos

hacia el servicio peculiarmente útil (y desde luego honorable) en el que se ocupa. La visión de ese Nuevo Testamento en la lengua nativa, que ha tenido el privilegio de llevar a la imprenta, es una visión tal que llena mi corazón con gozo indescriptible. Piense ahora de qué grandes fines puede llegar a ser instrumento [...] además podrá ayudar a fijar la lengua; y los libros de texto, y muchos otros libros podrán crecer a partir de él. No hay duda de que el espíritu de DIOS usará esta espada⁶⁰.

Hay un aspecto importantísimo en la respuesta de Jowett sobre el que volveré, pero aquí sólo deseo hacer notar de nuevo su tono extasiado que entra en contradicción tanto con los logros reales como con la futura alfabetización.

¿Cuántos maoríes podían leer antes de la llegada de Colenso? En 1833, Yate había calculado que medio millar en el norte. En 1834, Edward Markham aventuraba que «no menos de diez mil personas pueden leer, escribir y hacer sumas en el confín septentrional de la isla»⁶¹. Depurando estas impresiones con hechos en apariencia objetivos, cierto historiador se ocupa de la presunta demanda y de los efectos de la imprenta: entre enero de 1835 y enero de 1840 Colenso imprimió 3.500.000 páginas de asunto religioso y en 1840 produjo por encima de 2.000.000 más —cifras que, aunque ciertas, están basadas en una estimación tan equivocada como las de Yate o Markham⁶²—. Sumada la información de que el Nuevo Testamento de Colenso fue reimpresso en Londres en 1841, 1843 y 1845 (20.000 ejemplares cada vez), viene a reforzar la idea misionera de alfabetización difundida e

⁶⁰ 17 de diciembre de 1838, impresa de nuevo en *Fifty Years Ago*, pp. 21-22.

⁶¹ Para Yate, véase E. RAMSDEN, *Marsden and the Missions*, Sidney, 1936, p. 28; para Markham, *New Zealand or Recollections of it*, p. 55. Juzgando que la cifra que había oído podía ser optimista, Markham la modificó en una nota: «Por miedo a exagerar [sic] digamos 8.000».

⁶² Harrison M. WRIGHT, *New Zealand, 1769-1840: Early Years of Western Contact*, Cambridge, Mass., 1959, p. 53. Las cifras de Wright son calculadas a partir de las tablas (títulos, formatos, tiradas) ofrecidas por Colenso en *The Missionary Register*, 1840, p. 512; y 1841, p. 519. Para mantener la base comparativa he usado la misma fuente, pero se debería hacer un cálculo más exacto para incluir unos cuantos trabajos ocasionales que no aparecen en los informes de Colenso, pero sí en su libro mayor. No he tenido en cuenta lo impreso antes de 1840 por las misiones de Wesleyan y las católicas romanas. Lo que añadirían, sencillamente, reforzaría el argumento de que la cultura escrita no se implantó tan fácilmente como la llegada de la imprenta podría hacer pensar.

inmenso impacto de la imprenta. Según estas cifras, hacia 1845 había al menos un Nuevo Testamento en maorí por cada dos maoríes en Nueva Zelanda. Colenso estaba convencido de decir la verdad cuando escribió en su diario de 1840:

Aquí puedo permitirme destacar que la imprenta ha sido un instrumento de inmenso bien en esta tierra. Aunque se pueda suponer que mi opinión no es imparcial, creo (y esa creencia se deduce también de lo que he visto y oído) que la imprenta ha sido más eficaz (en el nombre de Dios) como instrumento del bien entre esta gente en los últimos 5 años que todos los misioneros juntos.

Como se conservan el libro mayor y los libros de registro diario de Colenso, es posible detallar todo lo que imprimió durante los años de 1836 a 1843. En términos de econometría de *histoire du livre* podemos decir con exactitud cuál fue su producción; pero en vez de usar cifras como tres millones y medio y dos millones de páginas, un impresor o un bibliógrafo deberían usar una medida bastante diferente. La unidad básica de la imprenta no es la página, sino el pliego y en los cinco años que van de enero de 1835 a enero de 1840 la producción de Colenso se eleva a únicamente 16 títulos y requirió componer tipos para tan sólo 34,15 pliegos. El Nuevo Testamento por sí sólo representa 22,5 de esos 34,15 pliegos, o sea 122.500 del total definitivo de 145.775 pliegos que salieron de su imprenta y que formaron los distintos ejemplares de esos 16 títulos editados. Un solo libro en octavo de 224 páginas impreso en 5.000 ejemplares asciende a un total de 1.120.000 páginas. Parece algo sensacional, pero en términos tipográficos son sólo 5.000 copias de 14 pliegos originales. En 1840, Colenso imprimió 11 títulos, correspondientes a un total de casi 19 pliegos (18,875), es decir 89.323 pliegos impresos. Un solo libro, los Salmos, representa un tercio de la composición y dos terceras partes del trabajo de impresión. La producción de Colenso como impresor y los posteriores efectos de su trabajo en absoluto se movieron en la escala que sugieren esos «millones de páginas» y el tono autocomplaciente de los informes de los misioneros y de sus propias cartas.

Si esta perspectiva técnica de la producción de Colenso nos retrae ligeramente ¿qué otras pruebas pueden ser fiables? Como se sabe, la población de una sociedad oral, cuando ve libros por vez primera, a menudo los trata como objetos rituales.

Mucha gente que no sabe ni leer una carta desea ser propietaria de un ejemplar de las Sagradas Escrituras traducidas por-

RONGO PAI KI TE RITENGA O MATIU.

UPOKO I.

KO te pukapuka o te wakatupuranga o Ihu Karaiti, te tama a Rawiri, te tama a Aperahama.

2 Na Aperahama a Ihaka; na Ihaka a Hakopa; na Hakopa a Hura ratou ko ana teina;

3 Na Hura a Pareha raua ko Hara, ko Tamara to raua matua wahine; na Pareha a Ehoroma; na Ehoroma a Arama;

4 Na Arama a Aminarapa; na Aminarapa a Nahona; na Nahona a Haramona;

5 Na Haramona a Poocha, ko Rakapa tana matua wahine; na Poocha a Opera, ko Ruta tana matua wahine; na Opera a Hehe;

6 Na Hehe a Rawiri te kingi; na Rawiri te kingi a Horomona, no ta Uraiaha wahine;

7 Na Horomona a Ropoams; na Ropoams a Apaia; na Apaia a Aha;

8 Na Aha a Hohapata; na Hohapata a Horama; na Horama a Ohaiaha;

9 Na Ohaiaha a Hoatama; na Hoatama a Akaha; na Akaha a Ehekaiaha;

10 Na Ehekaiaha a Manahi; na Manahi a Amona; na Amona a Hohaiaha;

11 Na Hohaiaha a Hekonaiaha ratou ko ana teina, i te kawenga atu ki Papurona;

12 A muri iho i te kawenga atu ki Papurona, na Hekonaiaha a Haratiera; na Haratiera a Horopapera;

13 Na Horopapera a Apaiura; na Apaiura a Eraiakima; na Eraiakima a Ahora;

14 Na Ahora a Haroka; na Haroka a Akima; na Akima a Eraiura;

15 Na Eraiura a Ereahara; na Ereahara a Matana; na Matana a Hakopa;

16 Na Hakopa a Hohepa te tahu o Meri i wanau ai a Ihu, kua oti nei te hua ko te Karaiti.

17 Na, ko nga wakatupuranga katoa no Aperahama tae noa ki a Rawiri ka tekau ma wa o nga wakatupuranga; a no Rawiri tae noa ki te kawenga atu ki Papurona ka tekau ma wa o nga wakatupuranga; a no te kawenga atu ki Papurona tae noa ki te Karaiti ka tekau ma wa o nga wakatupuranga.

18 Na, ko te wanautanga o Ihu Karaiti i penei ra: I tana matua wahine i a Meri kua taumautia ki a Hohepa, i te mea kiano raua i noho tahi, kua kitea tona haputanga i te Wairua Tapu.

19 Otiira he tangata tika a Hohepa tana tahu, kahore ona hiahia kia wakarere mea nui i tana wahine, ka mea kia wakarere pukutia.

20 Otiira i a ia ano e wakaaro ana ki anei mea, na, puta mai ana te anahera o te Ariki ki a ia i te moe, ka mea, E Hohepa te tama a Rawiri, kua e wehi kia tangohia ki a koe a Meri tau wahine: na te Wairua Tapu hoki tona hapu.

21 A e wanau ia he tamaiti, a me hua e koe tona ingoa ko IHU: mo te mea hoki, mana e wakaora ona tangata i a ratou kino.

22 Na, i meatia katoatia tenei, kia rite ai te mea i korerotia e te Ariki na te poropiti, mea ana,

23 Na, e hapu te wahine, a e wanau he tane, a e huiaina tona ingoa e ratou ko Emanuera, ko te tikanga tenei i na wakamaoritia, kei a tatou te Atua.

24 A ara ana a Hohepa i te moe.

que consideran que posee una virtud peculiar para protegerlos del poder de los malos espíritus⁶³.

Y en uno de los primeros servicios religiosos,

muchos de [los maoríes] pensaban que era sumamente recomendable armarse con libros. Podría ser un viejo almanaque de barco, o una novela desechada o incluso unas cuantas hojas de viejos periódicos cosidas⁶⁴.

Al libro se le atribuyó un poder totémico de protección no sólo contra los malos espíritus: en 1836 se dijo que una partida de guerreros maoríes se había negado a asaltar un *pa* porque había una biblia impresa dentro y se limitaron a asediarlo⁶⁵. En 1839, Taylor anotó que había visto maoríes con libros de la misión, o por lo menos unas cuantas hojas de ellos, enrolladas y metidas en agujeros en los lóbulos de sus orejas⁶⁶. Los libros también fueron usados para hacer cartuchos a mano. Un libro al que se dio este empleo fue la *Church History* de Milner, con lo que se da un sentido ligeramente distinto a la expresión «iglesia militante»⁶⁷. Colenso recogió un cartucho cuyo papel venía de Samuel II, de las palabras del capítulo 19, v. 34: «¿Cuántos años me quedan de vida?»⁶⁸. Markham contaba que sus criados fundieron sus cucharas de estaño en 1834 para hacer balas de mosquetón con ellas, así como que «trocearon e hicieron cartuchos con el primer volumen de mi Luis 14 y 15 de Voltaire»⁶⁹.

Cuando el número de Nuevos Testamentos en circulación estaba alcanzando su punto de saturación (uno por cada dos maoríes) a comienzos de la década de 1840 —es decir, justo en el momento en el que el impacto de la imprenta debería haber alcanzado su cima— es posible encontrar a Selwyn haciéndose eco de «un lamento general en todas partes del país: que las escuelas ya no son tan frecuentadas como hasta ahora lo eran». Señalaba «una creciente indiferencia hacia la religión y una despreocupación de las ocasiones de recibir ins-

⁶³ Richard Davis, 10 de noviembre de 1832, citado por Wright, p. 176.

⁶⁴ G. CLARKE, *Early Life in New Zealand*, Hobart, 1903, p. 31.

⁶⁵ *Pa*, conjunto fortificado. [N. del T.]

⁶⁶ WHITELEY, 22 de diciembre de 1836, citado por Parr, «A Missionary Library», p. 445.

⁶⁷ 28 de abril de 1839, *ibid.*

⁶⁸ de la *History of the Church of Christ* de Joseph Milner, muy difundida en los medios misioneros de la primera mitad del XIX. Evocación. [N. del T.]

⁶⁹ *Life of Henry Williams*, p. 60.

⁶⁸ *Fifty Years Ago*, p. 42.

⁶⁹ *New Zealand or Recollection of it*, p. 32.

trucción»⁷⁰. Otro misionero comenta que «hemos ganado a una porción enorme de esta gente, pero no hemos prendido entre sus hijos»⁷¹. Hacia 1844, Hadfield podía decir, en suma:

Año tras año parece más evidente que nuestro actual sistema de transmisión de la instrucción a estas gentes es completamente inadecuado a sus necesidades presentes; los hemos hecho llegar hasta un cierto punto y no tenemos medios de llevarlos más allá⁷².

Lo que tenemos aquí no es sólo desilusión sobre la extensión real que había alcanzado la alfabetización más elemental, sino un claro ejemplo de la forma en la que incluso la tecnología más sofisticada (la imprenta) falla a la hora de servir a una ideología ajena (una religión extraña)⁷³. Los misioneros y su gran instrumento de la verdad habían fracasado lamentablemente a la hora de proporcionar a los maoríes una herramienta para negociar sus derechos con los pakehas en una de las cuestiones que realmente sí les importaban: la tierra. No se fracasó simplemente en la implantación de la alfabetización en maorí. En 1844 casi ningún maorí hablaba (no digamos lefa) inglés. Ese año un colono dijo que había encontrado sólo dos que lo hicieran⁷⁴. Selwyn

⁷⁰ 15 de junio de 1843, citado por Parr, «Maori Literacy», p. 212.

⁷¹ T. CHAPMAN, 28 de marzo de 1846, *ibid.*, p. 213.

⁷² Citado por Parr, «A Missionary Library», p. 446.

⁷³ Como escribe Stanley: «Una maquinaria física [*i.e.* ¿libros?] no puede “hacer” que los hombres hagan algo. La gente actúa o no consigue actuar según sus propias interpretaciones del mundo que los rodea, interpretaciones implícitas en la lengua, las instituciones y la organización social. El mundo material creado por el esfuerzo humano innovador refleja —en las formas de objetos materiales— las asunciones, valores, deseos y aspiraciones humanos» («Technicism, Liberalism, and Development», p. 279). La primera parte se cumple con la resistencia maorí a la alfabetización, la segunda con los misioneros en el valor que ellos daban e imputaban al libro. Paradójicamente, el maorí es muy sensible a (porque recela de) la misma forma de libro y le da una intención expresiva a rasgos que un europeo da por sentados como meros «accidentes» y ha dejado virtualmente de ver. Por ejemplo, en una reseña de *Maori — a Photographic and Social History*, Auckland, 1983, de Michael King, Keri Kaa cuestiona la misma representación de cadáveres: «Las pinturas de los tupapaku (cadáveres) las encontré de lo más turbadoras [...] Mi reacción inicial fue preguntar: ¿de quién es niñera? ¿De quién es madre? ¿Les importará a sus mokopuna que sus taonga [*N. del T.*: antepasados] estén a la vista de todo el mundo?» Y, otra vez, «Hay una extraña combinación de imágenes en la página 35. Arriba de la página hay una imagen de un tangi [duelo], abajo una de una mujer cocinando. Cualquiera que conozca los conceptos de tapu [*N. del T.*: Lo sagrado] y noa [lo no tapu] apreciaría que las dos nunca deberían ser mezcladas al colocarlas juntas en una página» (cursivas mías) *The New Zealand Listener*, 24 de septiembre de 1983, p. 99.

⁷⁴ Brown, *New Zealand and its Aborigines*, p. 99. A. EARLE, *Narrative of a Residence in New Zealand*, edición de E. H. McCormick, Oxford, 1966, pp. 133-134, escribió: «No puedo abstenerme de censurar a los misioneros, puesto que impiden que los nativos, con todos los medios de que disponen, adquieran la lengua inglesa». Véase también J. S. POLACK,

había reconocido la necesidad de romper con la vieja política y en 1843 compuso la primera cartilla para ayudar a los maoríes a leer inglés. Cumpliendo un encargo gubernamental, Colenso fue su continuador en 1872 con *Willie's First English Book*, «Escrito para jóvenes maoríes que pueden leer su propia lengua maorí y que desean aprender a leer la lengua inglesa». Pese a ser un hombre religioso, Colenso vio también la necesidad de introducir otra innovación: «en orden al mayor y más general uso de la obra, han sido omitidas todas las palabras y frases de naturaleza estrictamente religiosa».

Con optimismo y precipitación, los historiadores han asegurado la existencia de altos niveles de alfabetización maorí en los primeros años del establecimiento colonial y el papel jugado por la imprenta en su implantación. Ni la fe de los misioneros protestantes en el poder de la palabra escrita ni la presunción moderna sobre el impacto de la imprenta en su propagación son válidas por sí mismas y, además, con suma facilidad han distorsionado nuestra comprensión de la diferencia y la pujanza de sociedades cuya cultura era todavía primariamente oral. No obstante, como Jowett le señaló a Colenso al felicitarle por haber concluido el Nuevo Testamento en maorí, la imprenta había ayudado a fijar la lengua maorí —aunque en un único dialecto y con algunos neologismos peligrosos—. El mismo Colenso iba más tarde a observar que la memoria oral, como tal facultad, absorbía y perpetuaba con demasiada facilidad las palabras nuevas y corruptas nacidas de la colonización y del comercio, adoptando las formas más simples y degeneradas usadas por los colonos⁷⁵. Si no hubiera sido por los misioneros y por la imprenta de Colenso, la lengua del periodo inicial del contacto con los europeos se podría haber perdido irremediablemente.

Me gustaría centrarme ahora en algo que constituyó una auténtica prueba para los esfuerzos misioneros en pro de la alfabetización de la década de 1830, una prueba para evaluar el efecto Colenso tras cinco años de imprenta, un ejemplo de un «texto» que ofrece problemas

Manners and Customs of New Zealanders, 2 vols., Londres, 1840, II, 147: «[Los maoríes] disfrutaban mucho hablando inglés y si los misioneros hubieran elegido enseñarles a sus hijos esta lengua, qué inmenso caudal de obras útiles hubieran puesto de una vez en manos de la juventud nativa, en vez de unas pocas traducciones imperfectas sobre un único asunto, que puede enseñar devoción mecánica, pero que nunca puede iluminar mentalmente la inteligencia nativa».

⁷⁵ «On Nomenclatura», en *Three Literary Papers*, Napier, 1883, p. 9. En este texto Colenso también se ocupa de la ortografía de los topónimos en los mapas y en las geografías escolares, presentando muchos de los temas dramatizados por Brian Friel en su obra *Translations*, 1981. Véase también, H. W. WILLIAMS, «Reaction of the Maori to the Impact of Civilization», *Journal of the Polynesian Society* 44 (1935), pp. 216-243; máxime pp. 234-235.

textuales y de contexto. Vuelvo al Tratado de Waitangi. (El nombre, casualmente, significa «aguas de lamentación».) *The Authentic and Genuine History of the Signing of the Treaty of Waitangi* fue escrito en el mismo momento de su firma por Colenso, aunque no se imprimió hasta 1890.

La mañana del 30 de enero de 1840 Colenso imprimió en maorí un centenar de copias de una circular por la que se invitaba a los jefes maoríes de la zona septentrional a encontrarse en Waitangi el 5 de febrero. Busby preparó un borrador en inglés del Tratado (una versión colectiva compuesta con las aportaciones de tres redactores, Hobson, Freeman y Busby), que le fue entregado a Henry Williams el 4 para que la tradujese al maorí. El primer borrador inglés no se ha conservado⁷⁶. La traducción de Williams se discutió con los jefes el miércoles 5 de febrero; se introdujeron algunos cambios y la versión maorí revisada fue copiada en pergamino aquella noche por Richard Taylor. La copia original de esa versión maorí revisada no se ha conservado. La copia en limpio, hecha por Taylor la noche del miércoles, fue presentada a los jefes al día siguiente, el 6 de febrero, para que la firmasen. Es este documento en maorí, versión revisada de una traducción al maorí hecha a su vez a partir de un borrador final en inglés que no se conserva, lo que constituye en el sentido más literal el Tratado de Waitangi. Pero sus problemas textuales no acaban ahí.

Hobson también envió a Sydney y a Londres cinco versiones del Tratado en inglés. Existen diferencias menores en tres de ellas, pero las otras dos llevan una fecha distinta, difieren de las demás en las palabras del preámbulo y difieren decisivamente de todas las otras en el segundo artículo. Según Ruth Ross, la versión maorí conservada, el Tratado que de hecho firmaron los jefes el 6 de febrero, no es una traducción de ninguna de las cinco versiones inglesas, ni ninguna de las versiones inglesas es una traducción del maorí. Tienen que provenir, con menor o mayor exactitud y falta de autoridad textual, del primer borrador inglés completo, hoy perdido, y redactado antes que la traducción al maorí tanto en su forma primera como revisada. Una versión inglesa enviada al Secretario de Estado fue avalada por Williams, quien dijo que era «una traducción tan literal del Tratado de Waitangi como puede admitir el estilo de la lengua». Esto no puede ser cierto,

⁷⁶ Se conservan algunos borradores: uno de Hobson del preámbulo; otro de mano de Freeman, el secretario de Hobson, de los tres artículos y otra versión del preámbulo; una copia en limpio de un borrador hecho por James Busby. Pero ellos por sí no constituyen el texto inglés dado a Williams para que lo tradujese. Aunque Colenso nos ofrece un insustituible relato de las circunstancias de la firma del tratado, el análisis más perspicaz de los textos y de sus consecuencias es el de R. M. Ross, «Te Tiriti o Waitangi: Texts and Translations», *New Zealand Journal of History* 6 (1972), pp. 129-167. La presentación que hago de la relación de los textos se basa completamente en Ross.

por más que una falta de cuidado similar por la estricta precisión textual ha hecho que en nuestro propio tiempo una de las versiones inglesas no autorizadas se haya incluida como Apéndice a la *Waitangi Day Act* (1960)⁷⁷. Otros problemas de autoridad textual se derivan del hecho de que algunos nombres fueron añadidos al Tratado durante los siete meses siguientes; treinta y nueve nombres se encuentran en una copia inglesa cuyos signatarios, que eran prealfabetizados, no pudieron leer aunque hubieran conocido la lengua.

Este postrer ejemplo lleva a sus últimas consecuencias mi teoría sobre el estado no alfabetizado de los naturales en 1840 tras diez años de enseñanza intensiva y cinco años de imprenta proselitista. Pero incluso si nos conformamos con el texto maorí, ¿cuán alfabetizados estaban los signatarios? Como ha señalado Cressy, «sólo hay un tipo de alfabetización directamente mensurable: la capacidad o incapacidad de trazar una firma» y porque la prueba documental de firmas o marcas es, en palabras de Schofield, «universal, estándar y directa», ha venido a desplazar testimonios simplemente anecdóticos, subjetivos, inevitablemente estimativos que se encuentran en los informes de los misioneros y que hasta ahora aceptaban los historiadores⁷⁸. Aplicando esta prueba al Tratado de Waitangi ¿qué encontramos? De hecho, la cifra de signatarios es incierta; las estimaciones varían de 512 a 541 y, como era común en muchas sociedades con analfabetismo masivo, un buen número de los nombres fueron escritos por un oficial del gobierno en nombre del jefe en cuestión. Según mis cálculos, el número mayor de firmas personales, que no sean cruces, modelos *moko* o marcas que en apariencia carecen de significado, es setenta y dos⁷⁹. En casi todos los casos las firmas están tan penosa y torpemente es-

⁷⁷ Para añadir oprobio a la injuria, el texto maorí impreso como primer Apéndice a la ley contiene, en su segundo artículo, numerosas erratas.

⁷⁸ Es también la forma de prueba de «alfabetización» más reductiva. Véase D. CRESSY, *Literacy and the Social Order: Reading and Writing in Tudor England*, Cambridge, 1980, p. 53; y R. S. SCHOFIELD, «The Measurement of Literacy in Pre-industrial England», en *Literacy in Traditional Societies*, Jack Goody (Ed.), Cambridge, 1968, p. 319 [ed. cast.: *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Barcelona, Gedisa, 1996]. Aunque las firmas no son la única prueba absoluta de alfabetización mínima, muchos de los que firman con una marca pueden haber sido capaces de leer, pero no de escribir. Véase la nota 79, *infra*.

⁷⁹ Véase la lámina 5b para una muestra. El Tratado se complementaba y en último término se constituía por una colección de pliegos suscritos en diferentes partes del país entre el 6 de febrero y el 3 de septiembre de 1840. Más tarde, se dijo que algunos maoríes que podían de hecho escribir sus propios nombres usaban su *moko* para dar a los documentos un signo de aprobación más sacral, pero en el Tratado de 1840 los *moko* genuinos parecen ser raros. Las setenta y dos firmas sugieren un nivel de alfabetización máximo de hacia un 12 por 100 o un 13 por 100 o, por usar la convención internacional de niveles de analfabetismo, un nivel de analfabetismo de entre 87 y 88 por 100. Margaret Spufford, *Small Books and Pleasant Histories*, Londres, 1981, p. 21, ofrece una comparación que parece oportuna. En East Anglia en el siglo xvii «el 11 por 100 de las mujeres, 15 por 100 de los brace-

critas que muestran con toda claridad que no han sido trazadas por signatarios muy prácticos a la hora de escribir y que, por tanto, no eran duchos en esta técnica. Nos vemos obligados a concluir, dadas esas cifras, que es muy probable que el maorí de la placa conmemorativa de Wellington fuera el único capaz de leer lo que estaba firmando incluso en el sentido más literal. Incluso si podía hacerlo, hay muchas probabilidades de que no supiera cómo escribir su propio nombre. Incluso si era capaz de hacer esto, la evidencia sugiere que escribió penosamente y dando muestras de una mínima competencia. Por supuesto hubo excepciones. Pero la presunta alfabetización de alto nivel y amplia difusión de los maoríes en la década de 1830 es una quimera, una creación fantasiosa de la mente europea. Incluso en Waitangi el acuerdo se estipuló con la premisa de que era, para los maoríes, un proceso oral-auricular.

Consideremos la forma en la que fue presentado el Tratado: fue leído en maorí por Henry Williams. Es decir, fue recibido como una declaración oral, no como un documento redactado tras consultas previas con los maoríes, considerado en privado durante algunos días o semanas y, por último, dado a conocer como un comunicado público de los acuerdos alcanzados por las partes interesadas. Sin entrar en la cuestión de si los pakehas intentaban realizar alguna forma de fraude, hasta la misma lengua maorí fue empleada en contra de los maoríes. En primer lugar, Williams juzgó que la mayor parte de los detalles del borrador inglés eran inexpresables en la traducción maorí. En segundo lugar, las formas de maorí usadas para comunicar las intenciones de los pakehas correspondían, como ha señalado Ruth Ross, no al maorí indígena, sino al maorí de las misiones protestantes pakehas, aprendido a partir del dialecto particular que hablaba la tribu septentrional de los ngapuhis. No sólo los conceptos, sino también muchas de las palabras, pese a haber adoptado una forma maorí, fueron inglesas.

Esto no quiere decir que los maoríes que estaban presentes ignorasen tales cuestiones, sino sólo que su manera de tratarlas era oral. La oralidad tiene sus propias pautas, pero virtualmente no se ha con-

ros y 21 por 100 de los agricultores podían firmar con sus propios nombres, contra un 56 por 100 de mercaderes y artesanos, y un 65 por 100 de los pequeños terratenientes». En un informe hecho en 1848, la población europea en el área metropolitana de Wellington se calculó en 4.824 personas. De ellas, 2.530 o un 52 por 100 (1.583 varones, 947 mujeres) serían capaces de escribir y leer, y 924 de leer sólo. Un resumen general de la población maorí en casi la misma zona en 1850 registra (con «buenas condiciones») un total de 4.711, de los cuales 1.148 o un 24 por 100 se dice que son capaces de leer y de escribir, y 414 serían capaces de leer sólo. Véase *Statistics of New Munster, New Zealand, from 1841 to 1848*, Wellington, 1849, cuadro 30; y *New Zealand: Further Papers Relative to the Affairs of New Zealand* [Papers by Command 1420], Londres, 1851, p. 245.

servado ningún registro que nos permita compararlas con las de los pakehas. Los que estaban presentes sólo pudieron hablar el miércoles 5 de febrero, no después. Hobson había intentado que se les permitiese hablar entre ellos a lo largo del jueves y anunció que la reunión se reanudaría el viernes para la firma. El plan se modificó y para sorpresa de Hobson la reunión se clausuró el jueves 6 de febrero. Hobson estaba dispuesto a que cuantos quisiesen firmar y desearan marcharse lo hiciesen ese mismo día; pero no permitiría ningún debate «al no ser esto una de las habituales reuniones públicas». Esto significó la prohibición, de hecho, de toda nueva discusión oral para cuantos hubiesen deseado seguir tratando la cuestión y la imposibilidad de hacerlo siquiera en el caso de algunos jefes que llegaron a Waitangi aquel mismo jueves. Aunque Hobson supusiera que todavía era posible celebrar una asamblea pública el viernes, la copia en pergamino del Tratado en maorí fue leída el jueves como un documento cerrado (que se acabara el miércoles por la noche presupone que las modificaciones de los maoríes no iban a ser admitidas). Los que estaban presentes el jueves fueron llamados a firmar y lo que se trataba en Waitangi fue finiquitado aquel mismo día.

El viernes, con Williams como traductor, Hobson había expuesto que si los jefes firmaban la reina los protegería. En buena medida esto respondía a la verdad: muchos maoríes querían que los británicos establecieran alguna forma de autoridad legal sobre los ingobernables colonos y comerciantes venidos de Europa, así como que mediante su autoridad cesasen las luchas intertribales. En una media verdad, el Gobernador dijo que Busby no había venido a quitarles su tierra, sino a asegurarles la posesión de todo cuanto tenían. No obstante, Te Kemara denunció el engaño y solicitó que se le devolviese aquella misma tierra sobre la que estaban. Rewa, elocuente, pero abatido, añadió: «Ya no tengo tierras, ¡sólo un nombre, sólo un nombre!». Kawiti rechazó el plan de Hobson: «Somos libres». Hakiro lo apoyó: «No somos tuyos. Somos libres». Tareha: «Sólo nosotros, nosotros somos los jefes, los que mandan. Nosotros no seremos mandados. ¡Cómo! Tú, un extranjero, arriba, ¡y yo abajo! Tú alto y yo, Tareha, el gran jefe de las tribus ngapuhis, ¡abajo! No, no; nunca, nunca». Con talento dramático, levantó un remo de canoa en lo alto para burlarse de la intolerable ambición de Hobson. Tareha, escribe Colenso, iba vestido con una inmunda pieza de esterilla basta para ridiculizar a Hobson que había dicho que los neozelandeses necesitaban la importación de ropas y otros productos venidos del extranjero⁸⁰. Al acabar

⁸⁰ Aunque es muy gráfico, el relato de Colenso de las alocuciones maoríes no hace, comprensiblemente, justicia a los originales. Como escribió mucho después, «Algunos de

ese día —el único de pública discusión— la opinión de los maoríes se oponía claramente a la cesión de la soberanía y, en consecuencia, del control absoluto sobre sus propias tierras.

El día siguiente, el viernes 6 de febrero (hoy festivo), unos trescientos o cuatrocientos maoríes estaban, en palabras de Colenso, «dispersos en pequeños grupos según sus tribus, hablando del tratado, pero evidentemente sin entenderlo». No obstante, Hobson quería poner el definitivo punto final. El relato impreso de Colenso continúa:

Los jefes nativos fueron llamados en bloque para que se adelantasen y firmasen el documento. Ninguno, sin embargo, se movió ni pareció deseoso de hacerlo hasta que Mr. Busby encontró una fórmula: propuso llamarlos de uno en uno por sus nombres según figuraban en su lista (privada), en la cual el nombre de Hoani Heke (conocido, además, porque era el más favorable al Tratado) resultó ser el primero —al menos de los que estaban presentes aquel día—. Al ser llamado por su nombre para que viniera y firmase, avanzó hasta la mesa sobre la que estaba el tratado. En ese momento, yo, dirigiéndome al Gobernador, dije:

«¿Permite su Excelencia que haga una o dos observaciones antes de que el jefe firme el Tratado?»

Gobernador: «Sin duda, señor».

los neozelandeses eran verdaderos oradores naturales y en consecuencia tenían gran poder e influencia en sus grandes asambleas. Esto era así debido a sus retentivas memorias, a su selección exacta de su copiosa y expresiva lengua; eligiendo con habilidad la palabra, frase, tema o imagen natural más adecuada para provocar una impresión en las mentes vivamente ardorosas de sus coterráneos... el conocimiento del orador de sus tradiciones y mitos, canciones, proverbios y fábulas constituían para él siempre una mina inagotable de riquezas. Todo el mundo conoce bien el poder de la persuasión —particularmente de la hecha a cielo abierto— ante la multitud» (*The New Zealand Exhibition*, Wellington, 1865); sección «Ethnology: On the Maori Races of New Zealand», pp. 70-71). La opinión de Hobson puede ser juzgada por su carta de 17 de febrero de 1840, en la que informa de la reunión de Hokianga, donde había buscado nuevas firmas al tratado: «Los neozelandeses son apasionadamente amigos de la declamación y poseen una considerable capacidad natural para excitar las pasiones de la gente. En esta ocasión todos sus mejores oradores se pusieron contra mí, y cada razonamiento que podía imaginar fue usado para derrotar mi pretensión» (Facsimiles, p. [x]). Los oradores maoríes a menudo se divertían haciendo de abogados del diablo. Colenso vívidamente narra la cólera de Te Kemara («moviendo los ojos... gestos extravagantes y muecas»), pero añade: «Y todo era simple comedia —no realmente intencionada; como no mucho después se demostró por completo, cuando dieron testimonio de la venta &c., de sus tierras ante los Land Commissioners, actuando yo mismo como intérprete».

Todas las citas aquí y más adelante relativas a la discusión y firma del Tratado los días 5 y 6 de febrero están tomadas del informe de vista y oído de Colenso, *The Authentic and Genuine History of the Signing of the Treaty of Waitangi*, Wellington, 1890, principalmente pp. 32-33. Redactado inmediatamente después de los sucesos descritos, fue leído y su exactitud confirmada por James Busby que también estaba presente.

Colenso: «¿Puedo preguntarle a su Excelencia si cree que estos nativos entienden los artículos del Tratado que ahora se les llama a firmar? Yo esta mañana...».

Gobernador: «Si los jefes nativos no conocen el contenido de este Tratado no es por mi culpa. Desearía que lo entendieran del todo... Han oído a Mr. Williams leerlo».

Colenso: «Cierto, Excelencia; pero los nativos son bastante infantiles en sus ideas. No es un asunto sencillo, lo sé bien, hacerles entender —que comprendan del todo un documento de esta clase—; con todo, pienso que deberían saber algo acerca de él para fundamentar su legalidad... He hablado con algunos jefes y no tienen ni idea sobre cuál es el significado del Tratado».

Aquí Busby dijo: «La mejor manera de responder a esa observación sería la alocución hecha ayer por el jefe Hoani Hake a propósito de la firma, cuando dijo: “La mente nativa no puede comprender esas cosas: hay que confiar en el consejo de sus misioneros”».

Colenso: «Sí; y eso es lo mismo que yo iba a decir. Los misioneros lo harían; pero al mismo tiempo deberían explicar el asunto con todas sus consecuencias a los nativos, para que fuera un acto y decisión propios. Más tarde, en el caso de que se produjera alguna reacción, los nativos no podrían volverse hacia los misioneros y decir: “Me aconsejaron firmar ese texto, pero nunca me dijeron cuál era su contenido” [comentario que implica la incapacidad de los maoríes para leerlo]».

Gobernador: «Tengo esperanzas de que tal reacción no llegue a producirse».

Así Colenso se dio por vencido, pero después de haber expresado cuál era su sentir en conciencia y haber cumplido con lo que sentía imperiosamente que era su obligación. Luego, cuarenta y seis jefes, deseosos ya de volver a casa, jugaron este nuevo juego y pusieron sus marcas sobre el pergamino que no podían leer. Entre ellos se encontraban algunos jefes que se habían declarado en *contra* de la firma; pero, como registra Colenso a propósito de uno de ellos: «Marupu, después de haber hecho su marca (como no podía leer ni escribir) estrechó la mano del Gobernador» y se fue.

En un sentido, el estado prealfabetizado en el que todavía se encontraban los maoríes no era en sí mismo el problema crucial: a un contrato oral ante testigos se le podía haber dado *status* legal y las marcas son aceptables legalmente como firmas. La realidad, no obstante, es que todos los que pergeñan un documento lo hacen guiados por una intención, predeterminan los conceptos y eligen los términos lingüísticos que los hacen expuestos o los ocultan. Una respuesta oral co-

lectiva rara vez es unánime respecto a los detalles de los términos; tiende a asumir que la discusión continuará y que se producirán modificaciones; y, si no existe una forma documental, el acuerdo oral es de mayor fragilidad a la hora de ser mantenido una vez que el grupo se ha disperso.

Para los maoríes que estaban presentes, la forma misma de discurso público y toma de decisiones era *oral* y se confirmaba mediante consenso, no en un documento. Es inconcebible que las explicaciones en maorí que les daba Williams fueran totalmente unívocas, que no hubiera respuesta ni contrapropuestas durante la negociación. Al firmar el Tratado, muchos jefes habrían hecho condiciones orales complementarias que eran más importantes que lo que se había escrito (y ciertamente a su modo venían a modificarlo). Para los no alfabetizados, el documento y sus consecuencias no eran significantes; para los apenas alfabetizados, el saber firmar con su nombre resultó ser una trampa. Al acabar el día, cuando Hobson se fue a su barco, un anciano jefe se apresuró ante él y miró fijamente al Gobernador de manera escrutadora, dice Colenso. Habiéndolo examinado, exclamó en una voz aguda, alta y desconsolada, «*Auee! He koroheke! Ekore e roa kua mate*». Colenso se mostró reacio a traducir lo que había dicho, pero al ser presionado lo hizo: «Dice, “¡Ay!, un viejo. ¡Él pronto morirá!”» —y así fue en efecto, pero aquel documento todavía hoy pervive.

En este momento podemos volver a la crítica textual. Las circunstancias antes descritas no significan que el Tratado sea un fraude y los documentos inválidos. Quiere decir que sólo se dispone de testimonios parciales de lo sucedido. Reconstruir una versión más auténtica de los acuerdos alcanzados entre maoríes y pakehas en 1840 es un objetivo irrenunciable y nada inusual para quienes editan textos o construyen estatutos jurídicos.

Uno de los elementos más importantes para realizar semejante reconstrucción textual es reconocer que la Declaración de Independencia (véase lámina 5 a) es un documento que ha de tenerse en cuenta, suscrito por vez primera el 28 de octubre de 1835 por treinta y cuatro jefes de los cuales sólo cuatro firmaron con sus propios nombres. En los cuatro años siguientes otros dieciocho jefes más lo suscribieron, de los cuales sólo tres firmaron (también con dificultades) con sus propios nombres. Fueron estos jefes los que figuraban en la lista de invitación para la reunión de Waitangi el 5 y 6 de febrero de 1840; fueron los jefes que aparecían en la lista privada de Busby y los que fueron llamados a firmar «de uno en uno por sus nombres como estaban escritos en la Lista de los Jefes Confederados». (Cito el borrador manuscrito del relato de Colenso: la versión impresa se refiere únicamente a la «lista [privada]» de Busby.) Puesto que la última firma de la Declaración había sido suscrita en una fecha tan avanzada como el 22 de julio de 1839,

está claro que esta Declaración de Independencia continuaba siendo una afirmación viva de la soberanía maorí. Su segundo artículo se refiere específicamente a *Ko te Kingitanga ko te mana...*: «Todo el poder y autoridad soberanos —se decía— residen entera y exclusivamente en los jefes hereditarios y cabezas de las tribus en su autoridad colectiva». El tercer artículo ordena asambleas anuales en Waitangi y, así, fueron estos jefes los principales invitados a acudir a este lugar el 5 y 6 de febrero de 1840. Como Claudia Orange ha mostrado, sin lugar a dudas los maoríes entendían el Tratado en el sentido de que la independencia (*rangatiratanga*) y la soberanía (*mana*), afirmadas en 1835 y reafirmadas en posteriores actos de adhesión hasta 1839, no quedaban suprimidas por el tratado. Es posible que la posición de la British Colonial Office se hubiese modificado entre tanto, pero para los maoríes un documento no sustituía al otro: convivían, uno complementaba al otro.

Es en este contexto donde tenemos que preguntar qué es lo que se supone que cedieron los jefes de la Confederación en Waitangi a tenor del primer artículo del Tratado. En todas las versiones inglesas los jefes «ceden a Su Majestad la Reina de Inglaterra absolutamente y sin reserva todos los derechos y poderes de Soberanía». Aquí la cuestión radica en señalar qué querían decir los ingleses y qué entendían los maoríes por la palabra «Soberanía». ¿Quiere decir que los jefes cedían a la Corona su poder personal y *status* superior dentro de sus propias tribus o sólo algo que tenía que ver ante todo con lo meramente administrativo, como sugiere la palabra «gobierno»? De hecho la palabra usada por Henry Williams para traducir «Soberanía» era precisamente *kawana-tanga*, ni siquiera una traducción, sino una transliteración de «Gobernador» (*kawana*) con un sufijo para hacerlo abstracto. Fue así como tradujo en la liturgia del servicio matinal: «que todos nuestros actos puedan ser conformes a su gobierno». Lo que omitió significativamente al traducir «Soberanía» (lo que se pedía a los maoríes que cedieran) era la palabra correcta maorí *mana*, que significa el prestigio personal y el poder que emana de él, o incluso la palabra *rangatiratanga*, que significa jefatura, justamente las palabras que fueron empleadas en 1835 y 1839 para afirmar la soberanía maorí sobre Nueva Zelanda. Había usado ambas palabras al traducir la Epístola a los Corintios 15, 24, con sus referencias al «reino de Dios» y a «toda autoridad y poder». Al decidir no emplear ni *mana* ni *rangatiratanga* para indicar lo que los maoríes darían a cambio de «todos los derechos y privilegios de los súbditos británicos», Williams modificó el sentido, evidente en inglés, de que el Tratado era un documento de apropiación política⁸¹. El modo

⁸¹ No estoy acusando a Williams de haber intentado engañar a los maoríes por su elección de los términos. Los intentos de establecer una base legal para el control de los súbditos

en el que fue sancionado es ya bastante cuestionable de por sí, pero, al no haberlo leído así, si hubiera habido algún maorí que oyese que cedía su *mana* o *rangatiratanga* nunca hubiera aceptado los términos del Tratado. La versión maorí que Williams hizo de la inglesa de Hobson se parece a la trampa en la que cae el rey Lear cuando (en una versión publicada en 1608) dice a Albany y Cornwall:

I doe inuest you iointly in my powre,
Preheminence, and all the large effects
That troope with Maiestie, [...]
Onely we still retaine
The name and all the addicions to a King

tos británicos en Nueva Zelanda por jurisdicción extraterritorial se habían mostrado ineficaces. Además, al menos que Gran Bretaña asegurase la soberanía, ni Gran Bretaña ni los maoríes podrían fundamentar una reclamación exclusiva de las islas contra las pretensiones de otros poderes europeos. (La Declaración de Independencia de 1835 fue un intento de establecer los derechos territoriales colectivos de los jefes y adelantarse a una inminente reclamación francesa.) Al fomentar ambos intereses, aunque sea dudoso el exacto *status* legal del Tratado, el gobierno británico estaba ansioso por asegurarse el consentimiento maorí y sinceramente esperanzado de que la soberanía británica no trastornase la vida de los maoríes. No obstante, presupuestos culturales y lingüísticos de ambos lados, agravados por los tópicos europeos sobre la alfabetización y el *status* de los documentos, frustraron esa esperanza y posteriores (aunque no imprevistas) pautas de inmigración las arruinaron. Williams ciertamente se muestra, en esa época crucial, menos sensible que Colenso hacia los modos maoríes de comprensión.

Se puede encontrar un relato sucinto y equilibrado de muchos de los temas relacionados con el Tratado y la anexión británica de Nueva Zelanda en el estudio de Mary BOYD, «Cardinal Principles of British Policy in New Zealand», *The Treaty of Waitangi: Its Origins and Significance*, Wellington, 1972, pp. 3-25. W. A. McKean se ocupa de los aspectos de la ley internacional tal y como éstos afectaron al *status* e interpretación del tratado (*ibid.*, pp. 35-48), pero no justifica su propuesta de que no hay base para defender el razonamiento de que los jefes fueron engañados o no pudieron entender el alcance en inglés de lo que estaban firmando (pp. 45-46, notas 91 y 92). La mejor presentación de la evolución de la posición de la Colonial Office hacia la soberanía británica y los intereses maoríes es la obra de P. ADAMS, *Fatal Necessity: British Intervention in New Zealand 1830-1847*, Auckland, 1977. Una interesante presentación de las posteriores interpretaciones maoríes del tratado es la de C. ORANGE, «The Covenant of Kohimarama. A Ratification of the Treaty of Waitangi», *The New Zealand Journal of History* 14 (abril 1980), pp. 61-80. Las minutas de la Conferencia de Kohimarama de julio de 1860 sacan a relucir confusión o ignorancia acerca de lo que había significado el Tratado. Un jefe ngatiawa dijo: «Es verdad que recibí un manto. No entendía qué significaba; me fue dado sin ninguna explicación por Mr. Williams y Rellana». Paora Tuhaere despachó el Tratado diciendo que era un «asunto de los ngapihi» y los jefes ngapihi allí presentes dieron muestras de mayor comprensión y aceptación como un pacto que unificaba a pakehas y maoríes. Tuhaere también señaló: «El Tratado es correcto, pero vino en el tiempo de ignorancia y no fue entendido»; añadiendo que los maoríes que firmaron pero no estaban presentes en Waitangi tenían un menor conocimiento de él. La Conferencia bordeó la delicada cuestión de la soberanía para hacer hincapié en el papel de la reina como protectora, haciendo que los maoríes creyesen que conservaban la soberanía o *mana* sobre la tierra y la igualdad política con el Gobernador bajo la protección regia.

[Os invisto a los dos conjuntamente en mi poder, / preeminencia y amplios atributos / que rodean a la majestad, [...] / Sólo retendremos / el nombre y todos los honores de rey]

donde «adiciones» implica *mana*, los esenciales atributos de prestigio y soberanía personales como formas distintas de la autoridad meramente delegada.

Otros problemas textuales son los que originan las distintas versiones. En el segundo artículo la palabra *rangatiratanga* aparece en un contexto en el que (en maorí) busca garantizar a los jefes la *rangatiratanga* o «total posesión de sus tierras, sus casas y sus posesiones». Cuatro de las cinco versiones inglesas, no obstante, desarrollan este punto para leer «total, exclusiva y garantizada posesión de sus tierras y haciendas, bosques, pesquerías y otras propiedades que puedan colectiva o individualmente poseer». Aunque técnicamente las versiones inglesas carecen de autoridad textual, esas referencias explícitas a bosques y pesquerías se han convertido en un asunto de gran importancia y hoy los maoríes han encontrado una buena razón para defender esas versiones inglesas respecto al texto más reducido de la versión maorí⁸². De un lado, la palabra maorí empleada para expresar lo que garantizaba la Corona (*taonga*, o posesiones preciosas) es casi infinitamente extensible y puede abarcar todos y cada uno de los elementos de la cultura maorí, incluida la misma lengua. De forma aún más significativa, de hecho fatalmente, las versiones inglesas del segundo artículo también exigen a los jefes que «cedan a Su Majestad el derecho exclusivo de adquisición preferente sobre tales tierras cuando los propietarios de las mismas estén dispuestos a enajenarlas a los precios que se llegue a acordar». La versión maorí de Williams omitía formular esta frase y por tanto, al amparo del tratado, se legitima el derecho *de adquisición preferente* de la Corona respecto a los maoríes. En consecuencia, las versiones inglesas han sido empleadas para sustentar la legalidad de lo hecho por sucesivos gobiernos, mientras que la versión maorí parece justificar moralmente el sentido de profundo agravio que todavía hoy se padece en la cuestión territorial maorí⁸³. Una vez más, Colenso, en un escrito a la Church Missionary

⁸² Los derechos de pesca se han convertido en un asunto de controversia cuando en 1983 el entonces gobierno propuso arrojar al mar los desechos de una planta de petróleo sintético en Motunui. El consiguiente *Report, Findings and Recommendations of the Waitangi Tribunal on an Application... on Behalf of the Te Ahiawa Tribe in Relation to Fishing Grounds in the Waitara District*, Wellington, 1983, incluye un valioso resumen de muchos temas textuales presentes en este estudio.

⁸³ La traducción literal del segundo artículo en maorí hecha por sir Apirana Ngata dice: «La Reina de Inglaterra confirma y garantiza a los Jefes y Tribus y a todo el pueblo de Nueva Zelanda la total posesión de sus tierras, sus casas y todas sus propiedades, pero los jefes

Society, dice que ni «por un momento» supuso que los jefes eran conscientes de que «firmando el Tratado se impedían a sí mismos vender su tierra a quien quisieran» y citaba un maorí que, aunque había firmado el tratado, después había ofrecido tierra a la venta de forma privada. Cuando le dijeron que no podía hacerlo, replicó: «¿Qué? ¿Crees que no haré lo que me guste con lo que es mío?»⁸⁴.

Desde una perspectiva europea, condicionada a aceptar y aplicar testimonios históricos de base documental como «literalmente» verdaderos o falsos, las versiones inglesas del tratado han venido a ser una potente arma política para la legitimación del gobierno de los maoríes, incluso aunque los estándares de certeza textual e histórica que también derivan de las tradiciones europeas nos obligan a reconocer la versión maorí como el único documento autorizado, el que establece los términos y lleva las marcas escritas de consentimiento. Sobre la base de cualquier lectura razonable del maorí, se cede menos y se garantiza más que en todas las distintas versiones inglesas. Incluso así, desde el punto de vista maorí, la verdad no está tan confinada dentro de unos límites estrictos y las firmas no conllevan una autoridad absoluta. Para los maoríes, como ya he indicado, el «texto» era el consenso que se alcanza a través de la discusión, algo mucho más integrador y abierto que el documento base o cualquiera de sus ver-

reunidos y todos los otros jefes ceden a la Reina el derecho de enajenar tales tierras de las cuales los propietarios deseen disponer a un precio acordado entre los propietarios y la persona o personas señalados por la Reina para comprarlas en su nombre» (*The Treaty of Waitangi: an Explanation*, Christchurch, 1950, p. 7).

⁸⁴ Carta empedada el 24 de enero de 1840, citada por Bagnall y Petersen, pp. 93-94. Una vez más reconozco la amable ayuda de Paul McHugh. El derecho de adquisición preferente de la Corona a dar por finalizado el título indígena de propiedad ha sido ampliamente practicado en la colonización de territorios ultramarinos y fue fuertemente reafirmado por la *Royal Proclamation* de 1763, que fue considerada un medio de proteger las tierras de los indios norteamericanos contra apropiaciones sin escrúpulos. La asunción de la ley territorial inglesa de que todos los derechos a la tierra provienen de una concesión de la Corona no se aplica claramente a los nuevos territorios, donde el título de propiedad indígena se mantenía por ley, no como una concesión real, sino (excepcionalmente) bajo el reconocimiento de la Corona de los derechos aborígenes. Al entender de los británicos, no obstante, era impensable que la concepción indígena y salvaje de título de propiedad rigiese las formas de transferencia territorial de los colonos británicos y, así, el derecho a adquisición preferente fue un medio de convertir el título de propiedad reconocido por la Corona en un título de propiedad derivado de la Corona. Desde el punto de vista británico, esto era sin duda considerado una forma de prevenir el caos que se hubiera seguido de la aplicación de un sistema mixto y al mismo tiempo (si se administraba honradamente) una manera de proteger a los maoríes de los ladrones de tierras. Se ha de conceder que ni Hobson ni Williams habrían podido expresar todo lo que suponía «derecho de adquisición preferente» a quienes eran preguntados si asentían al tratado, pero al simplificar hasta tal punto el asunto en su traducción del segundo artículo en maorí, Williams, de nuevo, mostró menos capacidad que la que tuvo Colenso para penetrar en «la mente nativa» y «explicar la cosa en todas sus consecuencias... para que así fuese su propio acto y decisión». Se me podría acusar de argumentar de una forma retrospectiva si no fuera por la visión contemporánea de Colenso.

siones que se han conservado. Williams se defendió más tarde diciendo que había explicado el texto *oralmente*; pero sólo los documentos sobreviven y, a la hora de actuar, los sucesivos gobiernos han elegido los ingleses cuando servían mejor a sus objetivos. En una asamblea posterior del Tratado, Mohi Tawhaiu dijo que «lo que dicen los pakehas flota ligero, como la madera del árbol *whau* y siempre se puede ver, pero lo que dicen los maoríes se hunde hasta el fondo como piedra»⁸⁵. El manuscrito y el impreso, instrumentos de los pakehas, persisten, pero las palabras que se dicen mueren en cuanto se pronuncian.

La imprenta es algo todavía demasiado reciente para los maoríes. Las tradiciones orales se asientan sobre la desconfianza hacia el documento literal y sobre un rechazo de muchos jóvenes maoríes a aceptar las decisiones políticas basadas en él. Las versiones pakeha y maorí del pasado siguen entrando en colisión. Durante una amenaza de ataque ruso en la década de 1880 el gobierno del momento recurrió al derecho de adquisición preferente para comprar tierra maorí en Bastion Point, un hermoso lugar que domina el puerto de Auckland. Cuando un gobierno más reciente propuso venderlo para construir residencias de lujo, fue ocupado durante más de un año por maoríes como protesta. En mi memoria puedo leer todavía las vívidas imágenes de vehículos policiales y militares que se disponían a desalojar a los ocupantes el 25 de mayo de 1978 y que ofrecían los telediciarios. En tales momentos la alfabetización se define como una alianza entre la espada y la pluma, entre la política y la escritura —para desánimo y frustración de aquellos cuyos modos de comunicación son orales—. Los pakehas continúan presuponiendo «Soberanía» donde los maoríes radicales persisten en creer que nada tan sagrado como el *mana* ha sido cedido nunca al amparo del Tratado, que la soberanía maorí estaba, y está, intacta⁸⁶. De hecho, el texto maorí sirve de base a su reivindicación.

⁸⁵ Citado por Ross, *op. cit.*, p. 152, de los British Parliamentary Papers, 1845, XXXIII, 108, p. 10. Pese a la corta duración en el tiempo de la palabra hablada, hay una riqueza oral maorí en manuscritos que todavía no ha sido estudiada. Aunque algunas son *tapu* y es imposible consultarlas, las transcripciones de pruebas presentadas en tribunales territoriales maoríes son una rica fuente de información sobre el lenguaje y las formas de testimonio oral acerca de los derechos de tierras tal y como se presentaban en el tribunal. Elsdon Best recoge que, cuando fue secretario de la Land Commission, un anciano le recitó 406 canciones de memoria, una genealogía que tardaba tres días en recitar y que trataba de 1.400 personas en sucesión directa, y muchas otras pruebas sobre la ocupación de ciertas tierras: *The Maori School of Learning: Its Objects, Methods and Ceremonies*, Wellington, 1923, p. 5. Véase también J. McRAE, «Maori Manuscripts in Public Collections», *New Zealand Libraries* 44 (marzo 1983), pp. 8-11.

⁸⁶ Véanse por ejemplo D. AWATERE, *Maori Sovereignty*, Auckland, 1984 y B. JESSON, «Reviewing the Sovereignty Debate», *The Republican* 48, (diciembre 1983), pp. 3-17, 19-20.

En los informes que nos ha dejado, Colenso muestra cuál era su percepción de las complejas relaciones entre testimonios orales, texto e imprenta y poder político y económico. Para nosotros, los textos en contexto se deconstruyen con rapidez y pierden su autoridad «literal» —nunca ningún libro ha estado protegido por sus cubiertas—. El libro, en todas sus formas, entra en la historia sólo como testimonio material de la conducta humana y permanece activo sólo al servicio de las necesidades humanas.

Pero ¿la historia tiene que acabar aquí, en un conflicto de versiones irreconciliables? En términos de una sociología del texto, no es posible considerar la versión maorí como suficientemente completa, aunque posea la mayor autoridad textual, ni tampoco las inglesas que no están tan autorizadas, aunque son mucho más explícitas. Como muchos textos dramáticos, cada una de las versiones ha sido generada, aquí mutiladas y deformadas, en función de las presiones del contexto. En el enrarecido mundo de la erudición textual, sería digno del mayor elogio erudito negar la posibilidad de combinarlas, negar cualquier propuesta de que «el texto» del Tratado de Waitangi es algo más que sus versiones históricas diferenciadas. Combinar las versiones sería crear un texto que nunca existió. El reconocido erudito textual sir Walter Greg tenía poca paciencia con esta clase de apocamientos: muchos editores, escribió, «no producen en absoluto ediciones de las obras de su autor, sino tan sólo ediciones de las autoridades particulares de esas obras»⁸⁷. El principio de reconstruir un texto ideal a partir de todas las versiones se encuentra vivamente operativo en el ámbito jurídico a la hora de interpretar los tratados como documentos que tienen que ser explicados a la luz del espíritu en el que fueron redactados. En Nueva Zelanda, bajo la *Treaty of Waitangi Act*, se ha creado un tribunal consultor encargado por el gobierno «de determinar los significados y efecto del Tratado como se presenta en los dos [*sic*] textos» y «dirimir cuestiones surgidas por las diferencias entre ellos». Era esencialmente una orientación editorial que reconoció la *inutilidad social* de un montón de versiones como algo distinto al *valor social* de un texto armonizado.

El Tribunal de Waitangi, no obstante, afirmó un principio incluso superior:

Un acercamiento maorí al Tratado implicaría que su *wairua* o espíritu es algo más que lo que puede indicar una construcción literal de las palabras concretas empleadas. El espíritu del Tra-

⁸⁷ «The Rationale of Copy-text», en *Collected Papers*, edición de J. C. Maxwell, Oxford, 1966, p. 384.

tado trasciende la suma total de las palabras escritas que lo componen y coloca fuera de lugar las interpretaciones estrictas o literales⁸⁸.

El espíritu sólo se puede recuperar si los textos son considerados como algo más que construcciones verbales, sino como productos sociales. Para ese proceso es crucial el reconocimiento pakeha de su propio mito de la cultura escrita, así como del *status* de la cultura oral y del consenso hablado. Para muchos maoríes, el espíritu del Tratado está mejor reflejado en el texto maorí, en el cual *kawanatanga* significa lo que dice (gobierno, no soberanía), en el cual los *taonga* que garantiza la Corona incluyen todo lo que es material y espiritualmente precioso, en el que maoríes y pakehas comparten la protección de la reina como partícipes iguales. Entendido así, el Tratado en maorí es un pacto sagrado, *tapu*, y con *mana* que lo coloca más allá de la ley, mientras las versiones inglesas distorsionan su efecto y se quedan enredadas en la trama de la historia documental y de los procesos jurídicos. Como los maoríes supieron siempre, hay un mundo real más allá de las sutilezas del texto literal y en ese mundo existe una versión providencial que hoy se edita a sí misma en el *status* de un documento social y político de poder e intención. Las versiones materiales y sus formas fortuitas no son los únicos testimonios a los que atender: implícito en los accidentes de la historia hay un texto ideal que la historia ha empezado a descubrir, una reconciliación de lecturas que es también un encuentro de opiniones. El concepto de texto ideal como imperativo cultural y polí-

⁸⁸ *Report* pp. 52-63; la cita inmediata se encuentra en p. 55. *A Bill of Rights for New Zealand. A White Paper*, Wellington, 1985, p. 37, propone «que el Tratado de Waitangi ha de ser considerado siempre y será aplicado a las circunstancias a medida que se produzcan de forma que se cumpla su espíritu y verdadera intención». No obstante, la pretensión pakeha de dar efecto legal al Tratado en un *Bill of Rights*, aunque fuertemente atrincherada, destruiría su estado *tapu* y lo haría vulnerable a cambios legislativos: su *mana* por tanto se perdería. Como se indicó en la nota 35 *supra*, una cultura oral generará no un texto fijo, sino una variedad de versiones que tienen su valor local y tópicos al dar vida al *wairua* del «texto» que comprende y trasciende a todos ellos. Los tratados se van a convertir en una fuente usada con cada vez mayor frecuencia, no sólo para los estudios etnohistóricos, sino para cuestiones textuales en contextos complejos políticos, lingüísticos y culturales, por sus modos mixtos de discurso oral y escrito, por sus dimensiones sincrónica y diacrónica, por sus repercusiones humanas continuas (no son exactamente ficciones dramáticas) y por las circunstancias que compelen a la ley a ofrecer lo que son esencialmente juicios editoriales. David R. Miller de la Newberry Library me informa que la microfilmación de 9.552 documentos de tratados iroqueses había sido completada y que se había publicado un estudio anexo: *The History and Culture of Iroquois Diplomacy: an Interdisciplinary Guide to the Treaties of the Six Nations and League*, Syracuse, 1985. El valor de los tratados como textos para el análisis de la diplomacia como un asunto de contacto cultural y político se demuestra bien en D. V. JONES, *Licence for Empire: Colonisation by Treaty*, Chicago, 1983. A. S. KELLER; O. J. LISSITZYN y F. J. MANN, *Creation of Rights of Sovereignty through Symbolic Acts, 1400-1800*, Nueva York, 1938, sigue siendo un adecuado resumen histórico de las posturas y práctica europeas.

tico no lo impone la historia, sino que deriva de ella y de un entendimiento de las dinámicas sociales de la crítica textual.

Colenso murió en 1899 a la avanzada edad de ochenta y ocho años, treinta y seis horas después de haber escrito su última carta a Coupland Harding. Dejó a éste doscientas libras para su hijo, William Colenso Harding, y todos sus materiales tipográficos, incluyendo «mi componedor particular —con el que trabajé mucho tanto en Inglaterra como en Nueva Zelanda—». Harding fue un digno destinatario y más tarde escribió: «Fue este componedor con el que se compuso el Nuevo Testamento maorí de 1837 y también el Tratado de Waitangi —ciertamente, una reliquia venerable»⁸⁹.

⁸⁹ Carta a G. Robertson, 1 de marzo de 1899: Mitchell MS AC 83/4.

Postscript 1998. Desde que el texto precedente fue dado a conocer por primera vez en febrero de 1983, el Tratado de Waitangi ha sido objeto de numerosos libros y artículos, muchos de ellos con motivo de la celebración de su sesquicentenario el 6 de febrero de 1990. Al mismo tiempo las repercusiones políticas y económicas de las provisiones del Tratado han sido radicalmente reexaminadas por el Waitangi Tribunal, cuyas decisiones han conducido a la restauración de muchas tierras maoríes o la composición en lugar de su devolución, y al reconocimiento de los derechos maoríes en la pesca y en la explotación forestal. Quienes deseen profundizar cuestiones de tanta amplitud a través de bibliografía posterior deberían consultar al menos: *Maori and Pakeha Perspectives of the Treaty of Waitangi*, edición de I. H. Kawharu, Auckland, Oxford University Press, 1989; Jane KELSEY, *A Question of Honour? Labour and the Treaty 1984-1989*, Wellington, Allen & Unwin, 1990; Paul MCHUGH, *The Maori Magna Carta*, Oxford, Oxford University Press, 1991; Douglas GRAHAM, *Trick or Treaty?*, Wellington, Institute of Policy Studies, 1997; Alan WARD, *National Overview*, 3 vols., The Rangahau Whanui Research Programme, Wellington, The Waitangi Tribunal, 1996; Andrew SHARPE, *Justice and the Maori: the Philosophy and Practice of Maori Claims in New Zealand since the 1970s*, Auckland, Oxford University Press, 1997; y *Living Relationships. Kohiri Ngatahi: the Treaty of Waitangi in the New Millennium*, editado por Ken S. Coates y P. G. McHugh, Wellington, Victoria University Press, 1998.

Sobre asuntos más cercanos al presente ensayo, una reseña de Judith BINNEY en *Political Science* 38 (1986), pp. 185-186, sugiere que el declive en la alfabetización maorí en la década de 1840 refleja la reducción del interés misionero en promoverla y que las condiciones de la alfabetización sólo funcional a finales de los siglos XIX y XX son una consecuencia de la resistencia maorí a aprender inglés. En un posterior ensayo, la misma escritora considera los sucesos del Tratado de 1840 en el contexto de una sociedad maorí antes oral que alfabetizada: véase «The Maori and the Signing of the Treaty of Waitangi», en *Towards 1990*, Wellington, The Government Printing Office, 1989, pp. 20-31. Lyndsay HEAD y Buddy MIKAERE citan más pruebas anecdóticas de la alfabetización maorí en su artículo «Was Nineteenth-century Maori Society Literate?», *Archifacts* 2 (1988), pp. 17-20. De las sucesivas interpretaciones del Tratado como documento histórico, con mucho la presentación más completa es la de Claudia ORANGE, *The Treaty of Waitangi*, Wellington, Allen & Unwin y Port Nicholson Press, 1987. Un estudio especialmente valioso, por su análisis cuidadoso de las firmas del Tratado, es el de Miria STIMPSON, *Nga Tohu o te Tiriti: Making a Mark. The Signatories to the Treaty of Waitangi*, Wellington, The National Library of New Zealand, 1990; y una presentación más

reciente de la introducción de la cultura escrita, el desarrollo de una ortografía maorí y el uso maorí de la escritura e imprenta es ofrecido por Jane McRAE en *Book and Print in New Zealand. A Guide to Print Culture in Aotearoa*, editado por Penny Griffith, Ross Harvey, Keith Maseln, Wellington, Victoria University Press, 1997, pp. 17-40.

Ningún otro estudio del Tratado, sin embargo, ha explorado por completo todavía las distintas cuestiones propuestas en el presente texto que lo vinculan más a la *histoire du livre* y los usos ampliados de la disciplina bibliográfica y de la crítica textual que defiende el presente libro: en particular, el intento de introducir escritura y lectura en una sociedad completamente oral; el mito europeo de la eficacia de la imprenta para extender la alfabetización con toda rapidez y por tanto para crear las condiciones necesarias para la escritura, la lectura y la firma de un documento como es un tratado; la necesidad, como un imperativo político, económico y cultural, de volver a concebir dichos textos como expresiones de condiciones más complejas sociológicamente que lo que los desnudos registros de manuscritos o impresos pueden transmitir; y el continuo actuar recíproco entre lo hablado y lo impreso en la evolución de los textos. Para un análisis de esos mismos temas en el contexto bastante distinto de la Inglaterra del siglo XVII, véase D. F. MCKENZIE, «Speech-Manuscript-Print», en *New Directions in Textual Studies*, editados por D. Oliphant y R. Bradford, Austin, Harry Ransom Humanities Research Centre, 1990, pp. 86-109.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

1. «El Shakespeare de Droeschout en el *First Folio*», por Nicholas Wade, en *Word and Image* I, n.º 3 (1985), p. 259 47
2. Bajorrelieve de la firma del Tratado de Waitangi. Reproducido por cortesía de la Alexander Turnbull Library, Wellington 94
3. Caja de Colenso. Reproducida por cortesía de la Alexander Turnbull Library, Wellington 112
4. Página del Nuevo Testamento de Colenso. Reproducida por cortesía de la Alexander Turnbull Library, Wellington 118
- 5 a-b. Firmas de la Declaración de Independencia y del Tratado de Waitangi. Reproducidas por cortesía de la Alexander Turnbull Library, Wellington 130

ÍNDICE GENERAL

<i>Prólogo</i>	5
<i>Introducción</i>	19
BIBLIOGRAFÍA Y SOCIOLOGÍA DE LOS TEXTOS	
I. EL LIBRO COMO FORMA EXPRESIVA	27
II. EL MATRAZ ROTO: TEXTOS NO LIBRARIOS	48
III. LA DIALÉCTICA DE LA BIBLIOGRAFÍA HOY	69
LA SOCIOLOGÍA DE UN TEXTO: CULTURA ORAL, ALFABETIZACIÓN E IMPRENTA EN LOS PRIMEROS AÑOS DE NUEVA ZELANDA	92
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	141